

LA LIBERTAD

El peso de las alas

SALVADOR RANGEL ABUD



LA LIBERTAD

El peso de las alas

Una novela de Salvador Rangel Abud

Sinopsis

Tres generaciones de la familia Barraquer. Tres regímenes políticos. Tres jaulas diferentes. Una misma búsqueda imposible: la libertad.

Roberto Barraquer, abogado laboralista, vive bajo el autoritarismo perfectamente administrado del PRI, donde las reglas del juego eran claras y brutalmente honestas. Sara, su hija, crece en la democracia imperfecta del cambio democrático, entre promesas incumplidas, una guerra absurda que llena al país de muertos, y la tragedia de Ayotzinapa que marca su generación. David, su sobrino, arquitecto pragmático que solo quiere construir cosas útiles, presencia cómo un nuevo mesías promete liberación mientras concentra el poder como no se veía en décadas, convirtiendo cada crítica en traición y cada contrapeso en enemigo del pueblo.

A través de cuatro décadas de historia mexicana (1985-2024), *LA LIBERTAD: El peso de las alas* explora cómo México ha confundido tres veces la promesa con la salida, cambiando barrotes por discursos y cerrojos por aplausos. Del terremoto de 1985 al régimen de la Cuarta Transformación, de las batallas sindicales del priismo a la militarización del espacio público, de Tlatelolco a Ayotzinapa, esta novela documenta cómo la libertad se pierde no con estrépito sino en silencio, mientras la vida parece continuar intacta.

Una exploración descarnada sobre ese momento terrible en que comprendes que la libertad no desaparece cuando llegan las botas, sino cuando el poder convence a la gente de que no las necesita. Sobre cómo tres generaciones aprenden, tarde y sin consuelo, que la libertad nunca se pierde de golpe: se entrega, se negocia, se racionaliza. Y siempre, siempre, alguien promete cuidarla mejor que tú.

Sobre el autor

Salvador Rangel Abud es médico cirujano dedicado toda su vida a la salud pública y escritor. Su trabajo literario combina rigor analítico con profunda exploración de las estructuras políticas y sociales que definen la condición humana contemporánea.

Detalles de la publicación

Género: Novela política / Ficción histórica contemporánea

Idioma: Español

Año de publicación: 2025
Publicado en: Internet Archive

Nota del autor

LA LIBERTAD: El peso de las alas es una exploración sobre cómo las sociedades entregan su libertad voluntariamente, creyendo que la están recuperando. Sobre ese instante en que comprendes que la libertad no es la ausencia de poder, sino el límite al poder. No es fervor, es estructura. No es un regalo, es una construcción frágil que se rompe con facilidad y se defiende con dificultad.

Esta novela documenta cuatro décadas de la historia política mexicana a través de los ojos de quienes vivieron el autoritarismo del PRI, la transición democrática imperfecta, y el retorno del autoritarismo disfrazado de liberación. Es un testimonio de cómo cada generación debe aprender de nuevo que la alternativa a la libertad imperfecta no es la libertad perfecta, sino la esclavitud perfecta.

Licencia

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).

Usted es libre de:

Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

Atribución — Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios.

NoComercial — Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

SinDerivadas — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, no puede distribuir el material modificado.

Texto completo de la licencia: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

© 2025 Salvador Rangel Abud

**Todos los derechos reservados bajo los términos de la licencia
CC BY-NC-ND 4.0**

Palabras clave

México contemporáneo, autoritarismo, transición democrática, PRI, MORENA, Cuarta Transformación, tres generaciones, 1985-2024,

terremoto del 85, Ayotzinapa, López Obrador, poder político, historia mexicana, análisis político, novela de ideas, militarización

Cómo citar esta obra

Rangel Abud, Salvador (2025). *LA LIBERTAD: El peso de las alas*. Internet Archive. Licencia CC BY-NC-ND 4.0.

ÍNDICE

PRÓLOGO: TRES JAULAS, TRES ILUSIONES

PRIMERA PARTE: "ROBERTO" (1985-1995)

CAPÍTULO 1: LAS GRIETAS Septiembre de 1985

CAPÍTULO 2: LA BATALLA DE LOS SINDICATOS 1988-1989

CAPÍTULO 3: EL PRECIO DE LOS PRINCIPIOS 1990-1991

CAPÍTULO 4: LA TRAICIÓN 1994

CAPÍTULO 5: LA CRISIS Diciembre de 1994 - 1995

SEGUNDA PARTE: "SARA" (2006-2015)

CAPÍTULO 6: LA HIJA DEL TRAIIDOR 2006

CAPÍTULO 7: LA GUERRA QUE NO PEDIMOS 2008-2010

CAPÍTULO 8: EL AMOR EN TIEMPOS DE GUERRA 2011-2012

CAPÍTULO 9: AYOTZINAPA 2014

CAPÍTULO 10: EL ESPEJO 2015

TERCERA PARTE: "DAVID" (2018-2024)

CAPÍTULO 11: LA PROMESA Y LA TRAMPA 2018-2019

CAPÍTULO 12: LA MILITARIZACIÓN DEL ESPACIO 2019-2020

**CAPÍTULO 13: LA PANDEMIA Y EL AUTORITARISMO DESNUDO
2020-2021**

CAPÍTULO 14: LA DEMOLICIÓN CONSTITUCIONAL 2022-2023

CAPÍTULO 15: LA INAUGURACIÓN AMARGA 2024

EPÍLOGO DESPUÉS DEL RÉGIMEN 2024

PRÓLOGO

TRES JAULAS, TRES ILUSIONES

La libertad no siempre se pierde con estrépito. No siempre llegan soldados ni se oyen disparos. A veces se pierde en silencio, mientras la vida parece continuar intacta. A veces se pierde con palabras suaves, con promesas bien dichas, con relatos que tranquilizan. A veces la libertad no es arrebatada: es entregada con alivio.

Roberto Barraquer aprendió eso sin saber que lo estaba aprendiendo. Hoy tiene setenta y un años y una memoria poblada de escenas que no envejecen. Creció en un país donde el poder no pedía permiso y tampoco lo necesitaba. El PRI gobernaba como gobiernan las montañas o los ríos: no porque fueran justos, sino porque estaban ahí desde siempre. No hablaba de libertad. No la invocaba. Ofrecía algo más concreto y más eficaz: orden, estabilidad, continuidad.

La vida transcurría dentro de límites visibles. El que no los cruzaba podía estudiar, trabajar, casarse, ascender, comprar una casa, incluso enriquecerse. Había reglas no escritas que todos conocían. Se aprendían pronto. La corrupción no era un escándalo sino una rutina, no tan escandalosa, pero persistente.

El autoritarismo no gritaba: administraba. No necesitaba justificar su violencia porque la usaba con cálculo, con precisión quirúrgica. No buscaba aterrorizar a todos, solo a los necesarios. Era una jaula clara, transparente, perfectamente delimitada. Ofrecía una libertad administrada con gran eficiencia para la mayoría.

Roberto supo que esa jaula existía cuando empezó a notar los silencios. Las fotografías que no aparecían en los periódicos. Las conversaciones que se interrumpían cuando alguien bajaba la voz. Los nombres que no se pronunciaban en público. Lo entendió cuando vio, en copias mal impresas, los cuerpos de estudiantes tendidos en la Plaza de las Tres Culturas. Cuando escuchó hablar del Halconazo como quien habla de una tormenta que no debe mencionarse. Cuando comprendió que los sindicatos no defendían a los obreros sino al presidente, que las organizaciones campesinas no respondían a la tierra sino al despacho presidencial.

El régimen hablaba de revolución mientras administraba obediencia. Llamaba instituciones a sus prolongaciones. Llamaba familia a su estructura de control. Llamaba unidad al silencio. Y lo más inquietante: llamaba estabilidad al miedo al Estado.

Y sin embargo —y esta verdad persiguió a Roberto durante décadas— el sistema funcionaba. Funcionaba para millones. Creó una clase media donde antes no la había. Construyó carreteras que atravesaron montañas. Escuelas donde antes hubo polvo. Hospitales donde antes hubo resignación. El milagro mexicano no fue una mentira completa. Fue una verdad comprada. Desarrollo a cambio de docilidad. Pan a cambio de voz. Seguridad a cambio de conciencia.

Roberto decidió que eso no bastaba. Que la vida no podía reducirse a obedecer bien. Que la libertad debía ser algo más que moverse sin chocar contra los barrotes. Luchó contra ese sistema convencido de que cualquier cosa sería mejor. No sabía entonces que algunas jaulas no se anuncian como tales porque hay cárceles que se disfrazan de promesa.

Su hija Sara nació cuando la estructura comenzó a cruji. Creció viendo caer certezas que parecían eternas. El llamado fraude del 88 que enseñó a una generación que el voto podía ser una ficción. El levantamiento zapatista que mostró la pobreza que el milagro había ocultado. La crisis del 94 que borró ahorros, proyectos y futuros en cuestión de semanas. Su infancia estuvo marcada por la sensación de que algo grande se estaba agotando.

Y luego ocurrió lo impensable. El PRI perdió.

La democracia no llegó con épica ni con héroes. Llegó torpe, incompleta, llena de grietas. Pero llegó. Por primera vez el poder tuvo límites visibles. Por primera vez hubo instituciones que no obedecían de manera automática. Por primera vez la prensa podía morder sin ser clausurada. Las calles podían llenarse sin que aparecieran tanques. No era justicia plena. No era igualdad. Pero era aire.

Fox hizo muchos cambios pero si no fuera porque tuvo tino en escoger un gabinete capaz, el desastre hubiera sido mucho mayor porque fue un presidente torpe y con escasa estatura diplomática. A pesar de esto, el país empezó a crecer económicamente y la desigualdad empezó a reducirse. Había servicios de salud para casi todos y educación más o menos aceptable con libertad de cátedra. Pero los sindicatos antaño casi domesticados, empezaron a tener vida propia y crecer en forma desmedida en cuanto a su poder.

Sara aprendió que podía haber protesta sin desaparición. Crítica sin permiso. A que el pueblo pudiera organizarse sin que el Estado fuera el verdugo directo. Vio gobiernos mediocres, decisiones pequeñas, promesas incumplidas. Vio una guerra absurda que llenó al país de muertos y fosas. Vio militares en las calles y miedo en los pueblos. Pero también vio jueces que se atrevían a decir no al régimen. Periodistas que

investigaban sin ser encarcelados. Elecciones cuyo resultado no estaba escrito antes de ocurrir.

Calderón declaró su guerra al crimen organizado y el país se empezó a teñir de rojo. Empezó a haber gran violencia en las calles, asesinatos, secuestros, desapariciones y toda una gama de desgracias que afectaban directamente a una sociedad que había estado sometida durante 7 décadas, pero más o menos respetada en su estructura social y familiar. Ahora los militares y los delincuentes se peleaban en las calles haciéndolas campos de guerra que arrasaban con la sociedad en su estructura más esencial. Había terror. Pero había democracia y equilibrio de poderes. Había negociación entre las fuerzas políticas. Había autonomía de instituciones que frenaban la voracidad del poder del Estado.

Sin embargo esa democracia era frustrante. Era incompleta. Era aún desigual para el pueblo. Pero tenía una virtud fundamental: no mentía del todo. No llamaba libertad a la obediencia. No exigía gratitud por someterse.

Con los años, el cansancio se acumuló. La corrupción no se erradicó y se hizo persistente y la violencia empezó a crecer sin castigo. La impunidad rebasó al Estado y alcanzó al crimen organizado. Entonces se tuvo la sensación de que el cambio había sido superficial.

Cuando apareció López Obrador prometiendo una transformación total, la palabra libertad volvió a sonar irresistible. Librarse del saqueo. Librarse del neoliberalismo. Tener libertad para el pueblo. Esta vez parecía no venía con límites, sino con fe.

Su primo David creció dentro de esa fe convertida en régimen. Y lo que vio no fue liberación, sino demolición.

El poder volvió a concentrarse como no se veía desde hacía décadas, pero ahora envuelto en aplausos. Cada institución que estorbaba fue presentada como enemiga del pueblo. Cada contrapeso, como traición. Cada crítica, como conspiración. El presidente empezó a gobernar desde el capricho y las decisiones que rayaban en la estupidez. Todo era para la conveniencia personal y creció la corrupción y el nepotismo que hizo de su familia, la clase reinante del régimen.

Aunque cuando se denunciaban sus tropelías, el mesías negaba todo y culpaba absolutamente a los regímenes anteriores de todos los males. Hablaba en nombre del pueblo mientras lo despojaba de sus defensas. La ley se volvió moldeable. La Constitución, un estorbo narrativo. El ejército y las fuerzas armadas se volvieron cómplices y no subordinadas leales del Estado. La militarización que ofreció desaparecer, solo la institucionalizó de manera grotesca y maledicente.

David entendió algo que a los otros les tomó una vida aprender: la libertad no desaparece cuando llegan las botas. Desaparece cuando el poder convence a la gente de que no la necesita. Cuando logra que

confundan protección con obstáculo, límite con traición, disidencia con enemistad.

Era fácil la comparación: el viejo PRI no fingía y te decía hasta dónde podías llegar. La democracia imperfecta del Panismo te dejaba intentar ir más lejos. Pero el nuevo régimen te aseguraba que ya eras libre mientras cerraba todas las salidas. No te prohibía hablar: te exponía. No te encarcela: te señalaba. No te silenciaba: te convertía en enemigo.

En una cafetería de la Condesa, una tarde cualquiera de diciembre de 2025, tres generaciones se sientan frente a sus tazas como si fueran espejos. El ruido de la ciudad entra amortiguado por los ventanales. La vida sigue afuera con una normalidad casi ofensiva.

Roberto observa su café y recuerda un país donde la opresión era clara. Brutal, sí. Pero honesta. Sabías dónde estabas parado. Sabías qué no podías decir. Sabías qué no debías tocar.

Sara piensa en los años en que creyó que las cosas podían corregirse. En las puertas que se abrieron solo un poco. En las llaves que nunca terminaron de girar.

David mira su teléfono, las noticias del día, las descalificaciones, los linchamientos digitales, la mentira repetida hasta volverse consigna. Y dice lo que más duele: ahora le piden al pueblo agradecer sus cadenas.

Comprenden entonces que la libertad no es la ausencia de poder. Es el límite al poder. No es fervor. Es estructura. No es un regalo. Es una construcción frágil que se rompe con facilidad y se defiende con dificultad.

México ha confundido tres veces la promesa con la salida. Ha cambiado barrotes por discursos, cerrojos por aplausos. Y cada vez el precio ha sido mayor.

Afuera, la ciudad sigue viva. Gente que trabaja, que ama, que sobrevive. No sabe —o no quiere saber— que el espacio invisible que hacía posible disentir se encoge un poco más cada día.

Los Barraquer entienden, tarde y sin consuelo, que la libertad nunca se pierde de golpe. Se entrega. Se negocia. Se racionaliza.

Y siempre, siempre, alguien promete cuidarla mejor que tú.

Y cuando te das cuenta, ya no queda nadie a quien reclamarle.

PRIMERA PARTE

"ROBERTO"

(1985-1995)

CAPÍTULO 1

LAS GRIETAS

Septiembre de 1985

Roberto Barraquer Guzmán tiene treinta y tres años cuando el suelo de la Ciudad de México decide recordarles a todos que la tierra no perdona. Es la mañana del jueves 19 de septiembre de 1985, y está sentado frente a su escritorio de metal gris en el piso ocho de un edificio de los años cuarenta en la Avenida Juárez, revisando un expediente de demanda laboral contra Pemex. Lleva un traje barato, corbata estrecha, zapatos desgastados. Gana poco defendiendo sindicatos porque eligió hace años este camino: la libertad individual como valor supremo, el Estado corporativista del PRI como el gran opresor, y él mismo como un guerrero de la libertad en las trincheras legales.

Cree firmemente que la única libertad verdadera es aquella que protege al individuo del poder concentrado. Por eso defiende trabajadores, por eso lee a Hayek y a Von Mises en las noches, por eso vota por la oposición al régimen en las elecciones siempre desiguales, donde sabe que su voto no cuenta, por eso discute acaloradamente con sus colegas sobre la naturaleza del Estado.

Para Roberto, el PRI es el Leviatán perfecto: un sistema que devora libertades individuales en nombre de la estabilidad colectiva, que convierte ciudadanos en súbditos, que transforma derechos en concesiones revocables en un mundo donde todo se vuelve líquido.

A las 7:19 de la mañana todo cambia. Primero es un sonido imposible, como si la ciudad entera gruñera desde sus entrañas. Luego el piso deja de ser piso y se convierte en oleaje. Roberto ve su café danzar sobre el escritorio, ve los libros de derecho laboral saltar de los estantes, ve las grietas aparecer en las paredes como venas negras que se ramifican con velocidad obscena. El edificio se mueve de formas que los edificios no deberían moverse: izquierda, derecha, arriba, abajo, un vals psicótico dirigido por la furia geológica.

No tiene tiempo de pensar en la libertad individual cuando se lanza bajo su escritorio guareciéndose en la estructura metálica mientras el mundo colapsa a su alrededor. Escucha gritos, escucha explosiones de cristales, escucha el rugido insoportable del concreto que se quiebra.

El movimiento dura noventa segundos que se sienten como noventa años. Y cuando finalmente para, cuando la tierra decide que ya cumplió su mensaje, Roberto está vivo pero el México que conocía acaba de morir.

Sale a la calle tambaleándose, cubierto de polvo blanco, y lo que ve lo deja sin aliento. La Avenida Juárez es un paisaje de guerra sin guerra. Los edificios están colapsados sobre sí mismos como castillos de naipes gigantes. Las nubes de polvo convierten el aire en niebla gris. Las personas corriendo en todas direcciones, algunas sangrando, otras en shock absoluto. Los autos aplastados bajo toneladas de escombros.

Roberto camina como autómatas hacia el sur, hacia el Centro Histórico. No sabe qué busca. Quizá evidencia de que todo esto es una pesadilla. Pero no lo es. En la esquina de Juárez y Balderas ve el Hotel Regis completamente derrumbado, una montaña de concreto y acero retorcido donde hace una hora había habitaciones, personas, vidas. Hay gente gritando nombres hacia los escombros. Hay otras que solo miran con ojos vacíos.

Y es ahí, en esa esquina del horror, donde Roberto presencia algo que transformará su comprensión de la libertad.

Son jóvenes, estudiantes por su aspecto, que llegan corriendo con palas improvisadas, con manos desnudas, organizándose espontáneamente para excavar. No esperan órdenes. No piden permisos. Simplemente ven que hay gente atrapada y comienzan a trabajar. En minutos se forma una cadena humana: unos excavan, otros pasan cubetas con escombros, otros más traen agua. No hay jerarquías. No hay líderes designados. Es coordinación emergente, pura y hermosa, sin Estado que la organice.

Roberto se les une sin pensar. Sus manos de abogado, suaves de empujar papeles, sangran al tercer minuto de mover piedras. No le importa. Trabaja hombro con hombro con un estudiante de la UNAM que lleva una camiseta con la imagen del Che Guevara, con un oficinista que viste traje como él, con un taxista que dejó su coche en medio de la calle. En ese momento las diferencias ideológicas no importan. Las clases sociales no importan. Solo importa sacar a los atrapados.

Y el Estado, ese Leviatán que supuestamente existía para proteger al pueblo, está completamente ausente en una inoportunidad imperdonable.

No llegan ambulancias. No llegan bomberos. No llegan equipos de rescate. No llega el ejército. No llega el presidente, que en estos momentos está reunido en Los Pinos decidiendo cómo controlar la narrativa del desastre antes de ayudar a las víctimas. El Estado, tan omnipresente cuando se trata de controlar, cooptar, reprimir, es invisible cuando se trata de servir.

Roberto trabaja durante horas. El sol alcanza su cenit y luego comienza a descender. Sus manos están destrozadas, su espalda grita de dolor, su traje es ahora un trapo empolvado. Y en algún momento de la tarde, mientras excavan cerca de lo que fue el vestíbulo del hotel, escuchan una voz. Débil, quebrada, pero viva. Es una mujer. Redoblan esfuerzos. Mueven escombros con desesperación controlada. Y finalmente la ven: una costurera de unos cuarenta años, atrapada bajo una viga pero consciente, con una pierna quebrada en un ángulo imposible pero viva, gloriosamente viva.

La sacan con cuidado infinito. No tienen camilla, así que hacen una con tablas y camisas. La llevan a un espacio improvisado que surgió mágicamente en un parque cercano, atendido por médicos y enfermeras

que simplemente llegaron y comenzaron a trabajar sin que nadie los llamara.

Cuando dejan a la mujer con los médicos, ella agarra la mano de Roberto con fuerza sorprendente. Sus ojos están llenos de lágrimas de dolor y gratitud. Le dice:

—Nadie vino por nosotras. Gracias por sacarme.

Roberto asiente, incapaz de hablar. Tiene un nudo en la garganta del tamaño de un puño.

Sale de la clínica de “guerra” y se sienta en la banqueta, agotado más allá de cualquier cansancio físico. Y es entonces cuando formula el pensamiento que definirá los próximos años de su vida:

Esto es el triunfo de la libertad sobre el autoritarismo sin lugar a dudas.

Ve a su alrededor y confirma su hipótesis. Por toda la ciudad, sin que nadie lo ordene, sin que exista un plan central, sin que el Estado intervenga para nada, la sociedad civil se auto organiza para sobrevivir. Personas que rescatan a sus vecinos. Estudiantes que forman brigadas de búsqueda. Amas de casa que cocinan para los rescatistas improvisados. Médicos que atienden en la calle. Comerciantes que donan agua, comida, medicinas. Universidades que abren sus instalaciones como refugios. La Cruz Roja que trabaja hasta el colapso. Voluntarios que llegan en olas interminables de todas partes de la ciudad.

Es autoorganización espontánea en su forma más pura. Es el individuo libre, sin ataduras burocráticas, demostrando que es capaz de todo cuando el Estado no actúa, pero no estorba. Es la prueba viviente de que la libertad no necesita ser otorgada desde arriba: surge naturalmente cuando se le da espacio.

Roberto camina de vuelta a su departamento en la Narvarte mientras anochece. Las calles están destruidas pero llenas de vida. Hay fogatas donde la gente comparte comida. Hay grupos improvisados de vigilancia para evitar saqueos. Hay asambleas espontáneas donde los vecinos deciden cómo organizarse. Es un caos, sí, pero es un caos productivo. Eso es libertad pura que muestra un contraste con el Estado que no podría ser más brutal.

Porque mientras la sociedad civil se organiza espontáneamente para salvar vidas, el gobierno de Miguel de la Madrid está más preocupado por controlar la información que por ayudar. Cuando finalmente aparece en televisión, veinticuatro horas después del terremoto, minimiza el desastre. Dice que “todo está bajo control”. Rechaza la ayuda internacional porque aceptarla, sería admitir que el régimen no puede manejar la crisis. Ordena a sus voceros y a los medios oficiales que censuren las imágenes más devastadoras. Despliega al ejército no para

rescatar sino para "mantener el orden", que es parte medular del código para "asegurarse de que esto no se politice".

El PRI, ese sistema perfecto de control corporativista, se revela en su verdadera naturaleza: un aparato diseñado para perpetuar el poder, no para servir al pueblo. Durante más de cincuenta años les han vendido la mentira de que sin el PRI habría caos, que el pueblo mexicano necesita un Estado fuerte que lo guíe, que la libertad sin control conduce a la anarquía.

Y aquí está la respuesta del pueblo: cuando el Estado colapsa y desaparece, cuando no hay autoridad que ordene, la sociedad no cae en la anarquía. Se organiza. Se ayuda. Sobrevive.

Roberto llega a su edificio en la Narvarte. Tiene grietas pero está en pie. Sube las escaleras (el elevador obviamente no funciona) y entra a su departamento de dos habitaciones. Está solo. Su esposa Carmen lo dejó hace seis meses, harta de que él antepusiera "sus pinches ideales" a la necesidad de ganar más dinero, de tener una vida más cómoda, de estar siempre en conflicto con el sistema. Se llevó a su hija Sarita de cinco años que Roberto ve un fin de semana al mes.

Se sienta en su sillón gastado, todavía cubierto de polvo de terremoto, y enciende un cigarro. No tiene electricidad, así que la única luz es la luna que entra por la ventana. La ciudad está oscura. No hay televisión, no hay radio, no hay comunicación oficial. Hay solo el murmullo de millones de personas organizándose en la oscuridad.

Y Roberto sonríe. Sonríe porque finalmente tiene la prueba empírica de lo que siempre supo intuitivamente: el Estado no es necesario para tener libertad. Pareciera que el Estado es un obstáculo para gozar de libertad. Los individuos libres, actuando por convicción propia, sin coerción externa, sin planificación centralizada, son capaces de resolver problemas que ningún burócrata sentado en una oficina gubernamental podría resolver.

El terremoto del 85 es su confirmación ideológica. Es su momento de claridad absoluta.

Lo que Roberto no sabe todavía, no puede saberlo, es que está cometiendo el error más común de los idealistas: confundir un momento extraordinario con la regla general. La auto organización espontánea funciona en emergencias, cuando todos comparten un objetivo claro (sobrevivir). Es instinto cuando las diferencias de interés desaparecen ante la amenaza compartida. Pero la vida ordinaria no es una emergencia permanente. La vida ordinaria está llena de conflictos de interés, de desigualdades de poder, de actores que no quieren cooperar sino dominar.

Lo que Roberto no ve todavía es que esa costurera a la que rescató trabajaba en un taller clandestino que colapsó porque el dueño sobornó a los inspectores para ignorar las violaciones al código de construcción.

Que esas costureras estaban ahí, en condiciones inhumanas, porque el "libre mercado" sin regulación las forzó a aceptar salarios de hambre. Que la libertad de los dueños para explotar significaba la esclavitud de las trabajadoras para sobrevivir.

Lo que Roberto no comprende todavía es que el Estado no falló por ser Estado. Falló por ser corrupto, corporativista, diseñado para proteger al poder en lugar de limitar el poder.

Está convencido que un Estado democrático, con instituciones autónomos, con división de poderes real, con transparencia y rendición de cuentas, podría haber respondido rápido y efectivamente. El problema no era la existencia del Estado. Era la naturaleza de un Estado mexicano como ese que tenía.

Pero esta noche, sentado en su sillón mientras la ciudad arde en silencio, Roberto Barraquer cree haber encontrado la verdad absoluta sobre la libertad. Y esa certeza lo acompañará durante los siguientes años, guiando sus decisiones, justificando sus batallas, cegándolo ante las contradicciones que se acumulan en los márgenes de su ideología.

Afuera, en las calles oscuras de la Ciudad de México, miles de personas continúan rescatando, alimentando, curando, organizándose sin el Estado. Es hermoso. Es inspirador. Es real. Es una tragedia, sí, pero es auténtico.

Y es completamente insostenible como forma permanente de organización social.

Pero Roberto no lo sabe todavía. Esta noche, él cree que ha presenciado el nacimiento de un nuevo México. Un México donde los ciudadanos finalmente se dan cuenta de que no necesitan tanto al gobierno. Un México que es capaz de organizarse sin el Estado, porque la libertad individual es suficiente para construir una sociedad justa.

Esta noche, Roberto Barraquer es un hombre con una misión. Va a luchar contra el régimen burocrático autoritario. Va a defender las libertades individuales contra el corporativismo estatal. Va a construir un México donde los individuos sean verdaderamente libres.

Esta noche, no sabe que está construyendo su propia jaula ideológica. Una jaula hecha de principios absolutos y certezas inquebrantables. Una jaula que, como todas las jaulas, lo atraparé precisamente cuando crea estar más libre.

Enciende otro cigarro y mira hacia la ciudad oscurecida. Mañana volverá a los escombros. Volverá a rescatar. Volverá a confirmar su fe en la libertad individual como valor supremo.

Y el México que creía conocer seguirá desmoronándose, grieta por grieta, revelando verdades más complejas de lo que cualquier ideología simple puede capturar.

Pero eso, Roberto lo aprenderá después. Mucho después. Cuando ya sea demasiado tarde para evitar los errores que esta certeza absoluta lo llevará a cometer.

Por ahora, en esta noche de septiembre de 1985, mientras la tierra todavía tiembla ocasionalmente con réplicas que hacen que su edificio cruja, Roberto Barraquer es un hombre libre. Libre de dudas. Libre de ambigüedades. Libre de contradicciones.

Completamente libre.

Y completamente equivocado.

CAPÍTULO 2

LA BATALLA DE LOS SINDICATOS

1988-1989

Roberto piensa que defender a los sindicatos es defender la libertad de los trabajadores frente al capital y el Estado. Se siente un guerrero de la libertad en las trincheras legales. Tres años después del terremoto, su convicción ideológica no solo permanece intacta sino que se ha profundizado. El 85 le enseñó que la sociedad civil puede organizarse sin el Estado. Ahora quiere demostrar que los trabajadores pueden liberarse tanto de la explotación capitalista como del corporativismo fomentado por el régimen.

Su pequeña oficina en un segundo piso de la calle de Donceles, cerca de la Suprema Corte, está siempre atestada de expedientes. Gana poco. Su ex esposa Carmen le reclama constantemente que no puede pagar la colegiatura de Sarita, que apenas cumple con la pensión alimenticia. Pero Roberto tiene principios. Defiende a trabajadores petroleros contra los despidos arbitrarios. Representa a los telefonistas que se organizan para exigir mejores condiciones. Asesora a los electricistas que se oponen a las cuotas sindicales abusivas. Cada caso es una batalla por la libertad laboral...o al menos eso cree él.

En marzo de 1988, Roberto está en la sección 10 del sindicato de Pemex en Azcapotzalco, una nave industrial enorme donde el olor a aceite quemado se mezcla con el de sudor y metal. Ha sido llamado por un grupo de trabajadores de base que quieren destituir al líder seccional por malversación de fondos. Tienen todas las pruebas: facturas falsas, contratos fantasma, nóminas infladas. Roberto revisa los documentos con meticulosidad. El caso es sólido. Pueden ganar.

Pero cuando llega la asamblea, algo está mal. Los trabajadores que lo contactaron están callados, tensos. El líder seccional, un hombre gordo de cincuenta años llamado Rodolfo Estrada, camina entre los trabajadores con la confianza de quien sabe que controla el territorio. Cuando Roberto intenta presentar las pruebas, Estrada lo interrumpe con una sonrisa cínica.

—Licenciado, aquí todos sabemos cómo funcionan las cosas. Usted es nuevo en esto, ¿verdad?

Roberto insiste. Muestra las facturas, explica las irregularidades, argumenta que los trabajadores tienen derecho a elegir libremente a sus representantes. Algunos aplauden tímidamente. La mayoría permanece en silencio.

Estrada deja de sonreír.

—Mire, jovencito. Este sindicato lleva sesenta años funcionando así. Tenemos acuerdos con la empresa, con el gobierno, con quien tenga que ser. Los muchachos aquí tienen trabajo, prestaciones, seguridad. Usted viene a querer cambiar todo con sus papelititos. ¿Quién cree que es?

La asamblea termina sin destituir a nadie. Después, en el estacionamiento, uno de los trabajadores que lo contactó se acerca a Roberto. Se llama Esteban, tiene cuarenta y tres años, dos hijos en la universidad. Habla en voz baja, mirando constantemente a su alrededor.

—Licenciado, discúlpenos. No podíamos hacer nada.

—¿Por qué? Tienen pruebas suficientes.

Esteban ríe amargamente.

—¿Pruebas? ¿De qué sirven las pruebas? Estrada controla las plazas. Controla quién entra a trabajar, quién es despedido o quién tiene turnos buenos o malos. Controla los créditos del sindicato, las becas para los hijos, hasta los permisos médicos. Si me enfrento a él, me quedo en la calle. Y no solo yo. Mi hijo que acaba de entrar a trabajar aquí también. ¿Entiende? El sindicato es más poderoso que la empresa.

Roberto siente algo helado instalarse en su estómago.

—Pero eso no es un sindicato. Eso es... eso es una mafia.

—Exacto, licenciado. Pero es la mafia que nos da de comer.

En los meses siguientes, Roberto defiende más casos laborales. Y en cada uno descubre la misma estructura. Los sindicatos mexicanos, lejos de ser instrumentos de liberación obrera, son extensiones del poder del régimen en un contubernio corporativista que funciona bien aceitadito. El régimen coopta a los líderes sindicales, les da poder político y económico, y a cambio ellos controlan a las bases. Los trabajadores están atrapados entre dos fuegos: la empresa que los explota y el sindicato que los extorsiona y los maneja como rebaño de corderos.

En mayo de 1988, Roberto representa a un grupo de telefonistas que quieren impugnar una votación sindical amañada. Los líderes del sindicato de Telmex, controlado férreamente por ese régimen, han reelegido al secretario general en una asamblea donde nadie pudo votar libremente. Roberto prepara el amparo. Tiene testigos, tiene documentos, tiene jurisprudencia.

Una noche, mientras trabaja en su oficina pasadas las once, tocan a la puerta. Tres hombres entran sin esperar respuesta. No son matones de película. Son tipos de traje, bien peinados, educados. El que habla se presenta como asesor del comité ejecutivo nacional del sindicato.

—Licenciado Barraquer, venimos en son de paz. Solo queremos platicar.

Roberto no se levanta de su escritorio.

—No tengo nada que platicar con ustedes.

El hombre sonríe.

—Entendemos su posición. Es usted un hombre de principios. Respetable. Pero debe entender la realidad. Este amparo no va a proceder. El juez ya tiene instrucciones. Usted va a perder, sus clientes van a perder, y lo único que va a lograr es ponerse en la lista negra.

—¿Me están amenazando?

—No, licenciado. Le estamos ofreciendo más opciones. El sindicato necesita buenos abogados. Podríamos contratarlo. Salario fijo, prestaciones, viáticos. Digamos... cinco veces lo que gana ahorita. Todo legal, todo transparente. Lo único que pedimos es que retire este amparo y en el futuro, cuando tenga clientes con problemas laborales, los oriente de forma... constructiva.

Roberto siente la rabia trepar por su garganta.

—Salgan de mi oficina.

El hombre suspira, genuinamente decepcionado.

—Es una lástima, licenciado. Los idealistas siempre sufren más. Pero allá usted.

Salen con la misma calma con la que entraron. Roberto se queda solo en su oficina, las manos temblando. No de miedo. De furia impotente. Porque sabe que el tipo tiene razón: el amparo no va a proceder. El sistema está amañado de arriba abajo. El régimen controla a los jueces como controla a los sindicatos como controla todo.

Y Roberto comprende algo terrible: defender sindicatos no es defender la libertad de los trabajadores. Es pelear dentro de un sistema corporativista donde los trabajadores son peones en un juego entre poderes que los usan.

Pero todavía cree que hay esperanza en 1988 que es año electoral. Y este año, por primera vez en décadas, hay una alternativa real al PRI.

Cuauhtémoc Cárdenas, hijo del general Lázaro Cárdenas, ha roto con el PRI y formado el Frente Democrático Nacional. Su candidatura enciende algo en México que había estado dormido desde el 68: la esperanza de que el cambio democrático es posible. Roberto se vuelve cardenista con fervor religioso. Pega calcomanías en su despacho, asiste a mítines, convence a trabajadores de que voten por Cárdenas. Porque si Cárdenas

gana, todo cambiará. El corporativismo priista se acabará. Los sindicatos se democratizarán. Los trabajadores serán finalmente libres.

La noche del 6 de julio de 1988, Roberto está pegado a la televisión en su departamento de la Narvarte. Las primeras casillas favorecen abrumadoramente a Cárdenas. Todo México lo sabe. La capital está pintada de amarillo, el color del Frente. Los mítines cardenistas llenan el Zócalo. Es evidente. Cárdenas va a ganar.

Y entonces, a las ocho de la noche, en pleno conteo, Manuel Bartlett, secretario de Gobernación, aparece en televisión para anunciar que se cayó el sistema. Los contadores electrónicos de votos dejaron de funcionar. Las transmisiones se suspenden. Hay que esperar.

Roberto se queda mirando la pantalla en blanco, incrédulo. Su teléfono suena. Es Esteban, el trabajador petrolero.

—Licenciado, nos están robando la elección.

—No pueden. Es demasiado obvio.

—¿Demasiado obvio? Licenciado, llevan setenta años haciéndolo. ¿Por qué ahora sería diferente?

Tienen razón. Cuando el sistema "vuelve" horas después, milagrosamente Carlos Salinas de Gortari, el candidato del PRI, está ganando. Los números no cuadran. Las actas son inconsistentes. Los observadores denuncian irregularidades masivas. Pero da igual. El PRI controla la maquinaria electoral, controla el Congreso que califica la elección, controla todo.

Salinas es declarado presidente electo con el 50.7% de los votos. Cárdenas con 31.1%. Todo México sabe que es mentira. Pero todo México también sabe que no pueden hacer nada al respecto.

Roberto sale a la calle esa noche. La ciudad está sumida en una depresión colectiva. Hay pequeñas protestas, gritos aislados, pero nada organizado. La rabia es palpable pero impotente. Ha visto el fraude con sus propios ojos. Ha visto cómo el sistema se cae convenientemente cuando los votos no favorecen al PRI. Y ha comprendido algo devastador:

¿De qué sirve su libertad individual si el sistema está amañado desde la raíz?

Puede defender trabajadores, puede pelear contra sindicatos corruptos, puede creer en la auto organización ciudadana. Pero si el poder electoral está concentrado, si las instituciones responden al PRI y no a los ciudadanos, si los votos no cuentan, entonces toda su lucha es teatro. Es pelear dentro de una jaula fingiendo que eres libre.

En septiembre de 1988, Roberto está en su oficina cuando entra un trabajador nuevo. Se llama Arturo, tiene veintiocho años, trabaja en Pemex como ingeniero. Viene recomendado por Esteban. Se sienta frente a Roberto con expresión cansada.

—Licenciado, necesito su consejo.

—Dime.

Arturo explica su situación. Su jefe inmediato lo obliga a trabajar horas extras sin pago. Cuando Arturo se quejó, el jefe lo amenazó con despedirlo. Arturo fue al sindicato a pedir ayuda. El líder seccional le dijo que no se meta en problemas y que aprenda a llevarse bien con los superiores. Cuando Arturo insistió, el líder le explicó que su jefe le pasa una cuota mensual al sindicato. Si Arturo hace olas, el sindicato lo va a dejar solo. Y sin respaldo sindical, Pemex puede despedirlo con cualquier pretexto.

Roberto escucha en silencio. Conoce esta historia. La ha escuchado cincuenta veces con diferentes nombres.

—Entonces, ¿qué hago, licenciado?

Roberto quiere decirle que pelee, que denuncie, que exija sus derechos. Pero sabe cómo termina esa historia. Arturo peleará, perderá su trabajo, el sindicato lo abandonará, y terminará en la lista negra de Pemex sin poder conseguir empleo en ninguna paraestatal.

—¿Necesitas el trabajo? —pregunta Roberto.

—Tengo esposa e hijo. Estoy pagando un departamento.

Roberto asiente lentamente.

—Entonces aguanta. No pelees. No vale la pena.

Arturo lo mira con ojos tristes.

—¿Eso es todo lo que puede decirme?

—Eso es todo lo que puedo decirte honestamente...porque eso es lo único que puedes hacer en este sistema.

Cuando Arturo se va, Roberto se queda mirando sus manos. Las mismas manos que sangraron sacando escombros en el 85, creyendo que la libertad ciudadana podía cambiar México. Las mismas manos que han escrito cientos de amparos, demandas, defensas, creyendo que la ley podía proteger a los débiles.

Y ahora esas manos están quietas, inútiles, sobre un escritorio lleno de expedientes de causas perdidas.

En diciembre de 1988, Carlos Salinas toma posesión como presidente. Roberto ve la ceremonia en un café cerca de su oficina. Salinas promete modernizar México, acabar con la corrupción, democratizar las instituciones. Todo lo dice con palabras bonitas, pero palabras vacías.

Un trabajador de Telmex se sienta junto a Roberto en la barra. Se llama Bernardo, lleva veinte años en la empresa. Roberto lo ha visto en algunas asambleas sindicales. Bernardo pide un café y mira la televisión con cinismo.

—Licenciado, usted que estudió leyes, explíqueme algo.

—Dime.

—¿Qué es la libertad?

Roberto está a punto de responder con su fórmula habitual: la libertad es la ausencia de coerción estatal, la capacidad de los individuos para tomar decisiones sin interferencia, el derecho a organizarse sin control corporativo. Pero las palabras se le atorán en la garganta.

Bernardo continúa sin esperar respuesta.

—Mi patrón en Telmex me explota. Me hace trabajar horas extras que no me paga completas. Cuando me quejo, me amenaza con despedirme. Pero tengo familia. Necesito el trabajo. ¿Soy libre de renunciar? No. Porque no hay otros empleos. El mercado está controlado.

Toma un sorbo de café.

—Entonces voy al sindicato. Pero el líder sindical también me explota. Me cobra cuotas que se roba. Me obliga a asistir a marchas de apoyo al PRI. Si no coopero, me deja solo cuando tengo problemas. ¿Soy libre de no pertenecer al sindicato? No. Porque sin respaldo sindical, la empresa puede hacer lo que quiera conmigo.

Mira a Roberto directamente.

—Entonces voto. Voto por Cárdenas porque promete cambiar el sistema. Pero me roban mi voto. El PRI hace fraude. ¿Soy libre de elegir a mis gobernantes? No. Porque el sistema electoral está amañado.

Se termina el café.

—Entonces dígame, licenciado. Usted que sabe de leyes y de libertades. ¿Cuál es mi libertad?

Roberto abre la boca. La cierra. Abre de nuevo. No tiene respuesta.

Bernardo se levanta, deja unas monedas en la barra.

—Exacto. No hay respuesta. Porque mi libertad no existe. Estoy atrapado entre el patrón que me explota y el sindicato que me extorsiona. Y arriba de todo está el PRI que controla todo. Y usted, con todo respeto, licenciado, quisiera hablarme de libertad individual como si las palabras cambiaran la realidad.

Sale del café. Roberto se queda mirando su café frío. La ceremonia presidencial continúa en la televisión. Salinas sonríe, saluda, promete.

Y Roberto Barraquer, el guerrero de la libertad en las trincheras legales, comprende algo que le duele en el alma:

Ha estado peleando la batalla equivocada.

No se trata de defender la libertad individual contra el Estado. Porque hay muchas formas de no ser libre. Puedes ser esclavo del patrón que te explota. Puedes ser esclavo del sindicato que te controla. Puedes ser esclavo del sistema electoral que no cuenta tus votos. Y todas esas

esclavitudes se entrelazan, se refuerzan mutuamente, creando una jaula tan perfecta que ni siquiera la ves.

El PRI entendió esto hace setenta años. Por eso creó el corporativismo: controla a los sindicatos, los sindicatos controlan a los trabajadores, los trabajadores dependen económicamente de las empresas, las empresas necesitan al gobierno para funcionar. Es un sistema cerrado. Una jaula perfecta donde cada barra sostiene a las demás.

Y Roberto ha estado tratando de liberar a las personas cortando una barra a la vez, sin darse cuenta de que la jaula entera necesita ser demolida.

Esa noche, camina de vuelta a su departamento bajo una lluvia fina. Piensa en el terremoto del 85, en su certeza absoluta de que la libertad ciudadana podía cambiar todo. Piensa en los tres años que ha pasado defendiendo trabajadores, creyendo que cada caso ganado era una victoria para la libertad.

Y piensa en Bernardo preguntándole: "¿Cuál es mi libertad?"

No tiene respuesta.

Entra a su edificio empapado. Sube las escaleras. Su departamento está frío, oscuro. Enciende la luz. El lugar está lleno de libros sobre libertad económica, sobre derechos individuales, sobre la tiranía del Estado. Los ha leído todos. Los ha creído todos.

Y ahora se pregunta si alguno de ellos entiende realmente lo que significa ser un trabajador mexicano atrapado entre múltiples poderes que lo explotan.

Se sienta en su sillón. No enciende la televisión. Se queda en silencio, escuchando la lluvia golpear la ventana.

Y por primera vez desde el terremoto, Roberto Barraquer duda.

Duda de que la libertad individual sea suficiente. Duda de que la auto organización ciudadana pueda vencer a un sistema estructuralmente diseñado para impedir el cambio. Duda de sus propios principios.

Y esa duda, esa pequeña grieta en su certeza absoluta, es más dolorosa que cualquier derrota legal.

Porque si la libertad individual no es la respuesta, ¿qué es?

No lo sabe.

Todavía.

CAPÍTULO 3

EL PRECIO DE LOS PRINCIPIOS

1991-1992

Roberto empieza a descubrir que su libertad está condicionada por necesidades materiales que nunca controló. No es tan libre como creía.

Dos años han pasado desde el fraude electoral del 88, dos años desde la pregunta devastadora de Bernardo. Y ahora Carlos Salinas de Gortari está transformando México con una palabra mágica: modernización.

Febrero de 1991. Roberto lee en el periódico que el gobierno vendió Telmex a un consorcio encabezado por Carlos Slim. La empresa telefónica más grande de México, construida con dinero público durante décadas, ahora es propiedad privada. El precio: 1,757 millones de dólares. Una ganga considerando que Telmex genera 2,000 millones de dólares anuales en ingresos.

Roberto conoce a decenas de trabajadores de Telmex. Los ha defendido en casos laborales. Sabe que muchos llevan veinte, treinta años en la empresa. Ahora el sindicato ha negociado con los nuevos dueños. Habrá recortes. Habrá reestructuraciones. Algunos trabajadores conservarán sus empleos con nuevas condiciones. Otros serán liquidados con indemnizaciones mínimas.

Bernardo, el trabajador que le preguntó sobre la libertad, llega a su oficina un martes por la tarde. Trae un sobre manila lleno de documentos. Se sienta frente a Roberto con la resignación de quien ya conoce el final de la historia.

—Me están liquidando, licenciado.

Roberto revisa los papeles. Veinte años de antigüedad. Liquidación de 180,000 pesos. Es legal. Técnicamente justo según la ley laboral. Y es una miseria para lo que Bernardo necesita: tiene dos hijos en la secundaria, una esposa que no trabaja, una casa que todavía está pagando.

—Es lo que corresponde según la ley —dice Roberto, sintiendo las palabras como ceniza en su boca.

—¿Y ahora qué hago, licenciado? Tengo cuarenta y cinco años. ¿Quién me va a contratar?

Roberto no tiene respuesta. Sabe que Bernardo tiene razón. El mercado laboral mexicano no perdona a los trabajadores de mediana edad. Las empresas privadas quieren jóvenes, baratos, sin derechos laborales consolidados.

—¿Puedo pelear? —pregunta Bernardo con un hilo de esperanza en la voz.

—Puedes. Y vas a perder dos años en tribunales para terminar con la misma liquidación o menos. Y quedarás marcado para no conseguir empleo en ningún lado.

Bernardo asiente. Ya lo sabía. Solo necesitaba escucharlo de alguien más.

Cuando sale, Roberto se queda mirando el expediente. Veinte años de trabajo convertidos en 180,000 pesos. Esa es la libertad económica del régimen: libertad para que los dueños despidan, libertad para que los

mercados se auto regulen, libertad para que los trabajadores busquen nuevas oportunidades en un mercado donde no hay oportunidades.

Es abril de 1991. Un hombre de traje impecable toca a la puerta de su oficina. No es amenazante como aquellos enviados del sindicato. Es cordial, profesional, casi amable. Se presenta como director de Recursos Humanos de GELMEX, una transnacional que acaba de adquirir una paraestatal eléctrica.

—Licenciado Barraquer, hemos seguido su trabajo. Es usted un abogado laboralista con excelente reputación. Ético. Preparado. Conocedor del sector.

Roberto lo escucha con cautela.

—Estamos formando un departamento de relaciones laborales. Necesitamos alguien que entienda a los trabajadores, que pueda mediar entre la empresa y el sindicato, que ayude en la transición hacia las nuevas condiciones. El sueldo inicial es de 15,000 pesos mensuales. El triple de lo que usted gana ahora. Prestaciones superiores a la ley. Vales de despensa. Fondo de ahorro. Seguro de gastos médicos mayores.

Roberto hace cuentas mentalmente. Gana 5,000 pesos al mes defendiendo trabajadores que no pueden pagarle. Vive en un departamento de dos habitaciones en la Narvarte que se está cayendo a pedazos. Su hija Sarita tiene ocho años. Su ex esposa Carmen lo llama cada semana para reclamarle que no puede pagar la colegiatura del colegio privado donde estudia la niña.

—¿Por qué yo? —pregunta Roberto.

El hombre sonríe.

—Porque usted no es corrupto. Y porque conoce el sector. Necesitamos a alguien que entienda las complejidades laborales pero que también entienda hacia dónde va México. La modernización es inevitable, licenciado. Usted puede ser parte de ella o puede quedarse atrás defendiendo un modelo que ya murió.

—¿Y qué tendría que hacer exactamente?

—Asesorar a la empresa en procedimientos de reestructuración. Asegurarse de que los despidos sean legales. Negociar con el sindicato las nuevas condiciones. Defender a la empresa en casos de demandas laborales. Básicamente, usar su conocimiento para el otro lado.

Ahí está. La oferta clara. Pasar del lado de los trabajadores al lado del capital. Convertirse en lo que siempre criticó.

—Necesito pensarlo —dice Roberto.

El hombre asiente, deja su tarjeta sobre el escritorio.

—Por supuesto. Tómese su tiempo. Pero no mucho. Estas oportunidades no duran para siempre.

Cuando se va, Roberto se queda mirando la tarjeta. El logotipo elegante de GELMEX. El título impreso: Director de Recursos Humanos. Y abajo, escrito a mano: 15,000 pesos mensuales.

Esa noche, Roberto va a recoger a Sarita a casa de Carmen. Su ex esposa vive en un departamento mucho mejor que el suyo en la colonia Del Valle. Se casó hace un año con un contador que trabaja en una empresa de consultoría. Tienen estabilidad económica. Una vida predecible y cómoda.

Sarita sale corriendo a abrazarlo. Tiene ocho años pero ya hace preguntas incómodas. Ya nota las diferencias entre la casa de su mamá y el departamento de su papá.

—Papi, ¿podemos ir al cine?

—Hoy no, mi amor. Papá no tiene dinero.

—¿Por qué ya no tenemos dinero?

Roberto mira a su hija. Esos ojos enormes llenos de una pregunta que no sabe cómo responder. Podría decirle que papá tiene principios, que papá lucha por los trabajadores, que papá eligió la justicia sobre el dinero. Pero ¿cómo explicarle eso a una niña de ocho años que solo quiere ir al cine?

—Es complicado, mi amor.

Carmen aparece en la puerta con expresión de reproche que Roberto conoce bien.

—Roberto, necesitamos hablar.

Entran al departamento. Carmen le sirve un café que no quiere. Se sientan en la sala. La tensión es palpable.

—La escuela me mandó un aviso. Llevas dos meses de retraso en la colegiatura.

—Lo sé. Estoy esperando que me paguen unos casos.

—Llevas años esperando que te paguen casos. —Carmen eleva la voz y luego la baja, consciente de que Sarita está en su habitación—. Mira, entiendo que tengas tus ideales. Pero nuestra hija necesita educación. La escuela pública se está cayendo a pedazos con el recorte de presupuesto. Si queremos que tenga futuro, necesita un buen colegio.

—Lo sé.

—¿Y? ¿Cuándo vas a conseguir un trabajo que pague lo suficiente?

Roberto piensa en la tarjeta de GELMEX que está en su bolsillo. 15,000 pesos mensuales. Suficiente para pagar la colegiatura, para comprar ropa nueva para Sarita, para llevarla al cine cuando quiera.

—Estoy viendo opciones —dice.

Carmen lo mira con una mezcla de tristeza y fastidio.

—Roberto, dejé de creer en tus opciones hace años. Mira, David puede ayudar con la colegiatura. Pero no es su obligación. Es la tuya.

David. El nuevo esposo. El contador exitoso que sí pudo darle a Carmen la vida que Roberto nunca pudo. Roberto siente la humillación como ácido en el estómago.

—No quiero su ayuda.

—¿Pero vas a aceptar que tu hija sufra por tu orgullo?

Esa pregunta se queda flotando en el aire como acusación. Roberto no tiene respuesta. Se despide de Sarita con la promesa de llevarla al parque el próximo fin de semana. Baja las escaleras del edificio de Carmen sintiendo el peso de su propia hipocresía.

Ha pasado años defendiendo la libertad individual. Libertad de los trabajadores frente al Estado. Libertad de elegir. Libertad de decidir tu propio destino. Y ahora descubre que su libertad de elegir es una ficción. Está atrapado entre dos opciones que odia: traicionar sus principios o dejar que su hija pague las consecuencias de su idealismo.

Es julio de 1991. Roberto llama al director de Recursos Humanos de GELMEX. Acepta el puesto. Su voz suena firme aunque por dentro se está desmoronando.

Comienza a trabajar en agosto. Le dan una oficina en el piso 15 de una torre corporativa en Santa Fe. El contraste con su despacho de Donceles es obsceno. Aquí hay aire acondicionado, computadoras modernas, secretarías eficientes, café de calidad. Su escritorio es de madera fina. Tiene vista panorámica de la ciudad. Usa trajes nuevos que compró con su primer sueldo.

Y cada día, revisa expedientes de trabajadores a los que hay que liquidar. Calcula indemnizaciones mínimas dentro de la ley. Negocia con el sindicato reducciones de personal. Defiende a la empresa en demandas laborales. Hace exactamente lo que juró nunca hacer.

Su primer caso grande: un trabajador de cincuenta y dos años llamado Efrén que lleva treinta años en la empresa. Tiene antigüedad suficiente para una pensión completa. Pero la nueva administración quiere liquidarlo antes de que califique. Le piden a Roberto que encuentre la forma legal de hacerlo.

Roberto revisa el expediente. Encuentra tecnicismos. Días de ausencia justificada que no fueron documentados correctamente. Permisos que no tienen las firmas adecuadas. Suficiente para construir un caso de incumplimiento laboral que justifique el despido sin pensión completa.

Escribe el dictamen legal. Siente que está escribiendo su propia sentencia moral. Lo entrega. Efrén es despedido una semana después. El sabor es amargo para Roberto, pero eligió con libertad ese camino.

Ahora es septiembre de 1991 y Roberto se muda a un departamento más grande en Polanco. Tres habitaciones, balcón, estacionamiento.

Inscribe a Sarita en un colegio bilingüe de prestigio. La niña está feliz. Carmen está satisfecha. David, el contador, deja de pagar la colegiatura. Ya no es necesario.

Roberto debería sentirse aliviado. Ha resuelto su problema económico. Su hija tiene futuro asegurado. Ha cumplido sus responsabilidades como padre.

Pero cada noche, cuando se queda solo en su departamento nuevo con sus muebles nuevos y su televisión nueva, se siente como un fraude. Se mira en el espejo y no reconoce al hombre que le devuelve la mirada. Ese hombre de traje caro que despide trabajadores para aumentar márgenes de ganancia de los tiburones no es Roberto Barraquer, el abogado idealista que defendía la libertad individual.

O tal vez sí lo es. Tal vez siempre lo fue. Tal vez su idealismo era un lujo que podía pagar cuando no tenía responsabilidades reales. Tal vez la libertad individual que tanto defendía era solo posible para quienes no tienen hijos que alimentar...igual que los trabajadores que pretendía defender y que no lo apoyaban porque tenían, igual que él, una familia que mantener.

Para enero de 1992 Roberto lleva ya seis meses en GELMEX. Ha participado en la liquidación de 200 trabajadores. Ha negociado contratos colectivos que reducen las prestaciones. Ha defendido a la empresa en veinte demandas laborales. Ha ganado todas.

Es bueno en su trabajo. Demasiado bueno. Conoce la ley mejor que nadie. Sabe exactamente hasta dónde puede empujar sin romper la legalidad. Es el abogado perfecto para una empresa que quiere maximizar ganancias mientras mantiene una fachada de legalidad.

Un día, uno de los liquidados pide hablar con él. Es Arturo, el ingeniero que hace tres años le preguntó qué hacer con su jefe abusivo. Roberto le dijo entonces: aguanta, no pelees, no vale la pena.

Arturo aguantó. Tres años más. Pero ahora está en la lista de liquidaciones. Lo van a despedir.

Roberto revisa su expediente. Diez años de antigüedad. Liquidación de 120,000 pesos. Legal. Justo según la ley. Insuficiente para lo que Arturo necesita.

—¿No hay forma de que me quede, licenciado?

Roberto lo mira. Podría pelear por él. Podría argumentar que es un empleado valioso. Podría usar su influencia para salvarlo de la lista. Pero hacerlo significaría poner en riesgo su propia posición. Y tiene una hija que depende de él.

—Lo siento, Arturo. La empresa tomó la decisión. Yo solo proceso el papeleo.

Arturo asiente. Se levanta para irse. En la puerta, se detiene.

—Licenciado, ¿se acuerda cuando le pregunté hace años qué debía hacer?

—Me acuerdo.

—Usted me dijo que aguantara. Que no peleara. Que no valía la pena.

—Sí.

—Tenía razón. No valía la pena. Pero tampoco valió la pena aguantar. Al final me despiden igual. No hay opción que valga la pena para gente como yo.

Sale de la oficina. Roberto se queda mirando el expediente. Tiene razón. No hay opción que valga la pena. El sistema está diseñado para que los trabajadores pierdan sin importar qué elijan con libertad... supuestamente.

Y él, Roberto Barraquer, ahora es parte de ese sistema. Ya no lo combate. Lo administra.

Esa noche, Roberto saca de una caja vieja su tesis universitaria. La libertad sindical como derecho humano fundamental. Escrita hace quince años con la arrogancia del que cree que las palabras cambian el mundo.

Lee fragmentos al azar. Habla de libertad individual, de derechos naturales, de la dignidad del trabajo. Todas sus certezas juveniles están ahí, impresas en papel amarillento.

Lee su conclusión: La verdadera libertad solo es posible cuando el individuo puede elegir sin coerción estatal ni corporativista, cuando sus decisiones son expresión de su voluntad autónoma y no imposición de estructuras de poder externas.

Roberto cierra la tesis y ríe. Ríe con amargura. Porque ahora sabe lo que no sabía entonces:

Su libertad de elegir nunca fue real. Estaba condicionada desde el principio. Por su necesidad de mantener a su hija. Por su responsabilidad como padre. Por el sistema económico que premia a quien traiciona principios y castiga a quien los mantiene. Por la realidad material que no respeta ideologías.

Eligió traicionar sus principios para que su hija tuviera futuro. ¿Es eso libertad o es esclavitud disfrazada de elección?

Guarda la tesis en la caja. Cierra la caja. La mete en el clóset. No la volverá a abrir.

Porque ahora sabe que se está mintiendo. No lo hizo solo por ella. Lo hizo también porque él quería vivir mejor, porque estaba cansado de la pobreza digna, porque la comodidad material es seductora incluso cuando viene envuelta en traición moral.

Y esa noche, Roberto Barraquer comprende algo que le duele en el alma:

Cuando tienes que elegir entre tus principios y tu hija, no hay elección real.

Solo hay dolor.

Y la certeza amarga de que nunca fuiste tan libre como creías.

CAPÍTULO 4

LA TRAICIÓN

1993-1994

Roberto comprende amargamente que aceptó su jaula. Ya no se siente libre, pero tampoco puede salir. Está atrapado en la contradicción. Han pasado dos años desde que aceptó el puesto en GELMEX. Dos años de traicionar diariamente lo que alguna vez creyó. Y lo peor no es la traición misma, sino descubrir que te acostumbras a ella.

Vive ahora en un departamento de cuatro habitaciones en Polanco con vista al Parque Lincoln. Sarita tiene su propia habitación decorada como quiso: paredes rosas, pósters de bandas de pop, una colección de peluches que crece cada mes. Está en quinto año de primaria en el Colegio Alemán. Habla inglés fluidamente y está aprendiendo alemán. Tiene clases de piano los martes, natación los jueves. Es una niña de clase media alta que no recuerda la pobreza de hace tres años.

Roberto usa trajes italianos hechos a la medida. Tiene tres pares de zapatos ingleses. Conduce un BMW que cambió por el Tsuru. Come en restaurantes donde el menú no tiene precios. Asiste a comidas de negocios en el club de golf. Juega tenis los sábados con otros ejecutivos. Ha aprendido a hablar de inversiones, de fusiones, de mercados globales. Ha aprendido el lenguaje de la clase que alguna vez despreciaba.

Y cada noche, cuando se mira en el espejo antes de dormir, ve a un extraño bien vestido que ocupó el cuerpo de Roberto Barraquer.

En diciembre de 1993 GELMEX cierra el año con utilidades récord. La reestructuración fue exitosa. Despidieron al 40% de la planta laboral. Los que quedaron aceptaron la reducción de prestaciones a cambio de conservar sus empleos. La productividad aumentó 35%. Los accionistas están felices. Roberto recibe un bono de fin de año equivalente a seis meses de sueldo.

La fiesta de la empresa es en el salón de banquetes del Hotel Camino Real. Roberto llega con traje oscuro, corbata de seda. Bebe champán francés. Come canapés que cuestan más que el salario diario de los trabajadores que ayudó a despedir. Escucha a los directivos felicitarse mutuamente por el año exitoso.

El director general, un estadounidense de cincuenta años llamado Richard Thompson, da un discurso:

—Este año demostramos que México puede competir globalmente. Eliminamos la grasa, aumentamos la eficiencia, maximizamos el valor para los accionistas. Y lo hicimos dentro de la ley, gracias al excelente trabajo de nuestro equipo legal encabezado por Roberto Barraquer.

Todos aplauden. Roberto sonríe, levanta su copa, acepta el reconocimiento. Por fuera es el ejecutivo exitoso. Por dentro se siente un fraude monumental.

Después del discurso, Thompson se acerca a él con dos copas de whisky escocés de 30 años.

—Roberto, quiero agradecerte personalmente. Tu trabajo este año fue fundamental. Por eso quiero ofrecerte algo. El próximo año vamos a expandirnos a Centroamérica. Necesitamos a alguien que dirija la estrategia laboral regional. El puesto incluye oficina en Miami, salario en dólares, todos los beneficios. ¿Te interesa?

Roberto toma un sorbo de whisky. Sabe a éxito. Sabe a dinero. Sabe a traición.

—Necesito pensarlo. Tengo a mi hija aquí.

—Por supuesto. Pero piénsalo bien. Es una oportunidad que no se repite. Y entonces, en la madrugada del primero de enero de 1994, mientras duerme la borrachera del año nuevo, México se parte en dos.

Roberto despierta con el teléfono sonando. Son las ocho de la mañana. Tiene resaca. Contesta con voz pastosa.

Es Carmen, su ex esposa. Está alterada.

—¿Ya viste las noticias?

—¿Qué noticias?

—Enciende la televisión. Hay un levantamiento armado en Chiapas.

Roberto cuelga, enciende la televisión. Y lo que ve lo deja completamente despierto.

El Ejército Zapatista de Liberación Nacional ha tomado cinco cabeceras municipales en Chiapas. Hombres y mujeres encapuchados con pasamontañas, armados con rifles viejos y machetes. Indígenas que declaran la guerra al gobierno mexicano. Su Primera Declaración de la Selva Lacandona es un grito de rabia contra el neoliberalismo, contra el olvido, contra quinientos años de opresión.

Roberto lee la declaración en el periódico esa tarde. Las palabras lo golpean como puñetazos: Somos producto de 500 años de luchas... Somos los herederos de los verdaderos forjadores de nuestra nacionalidad... Somos millones y llamamos a todos nuestros hermanos a que se sumen a este llamado como el único camino para no morir de hambre ante la ambición insaciable de una dictadura de más de 70 años encabezada por una camarilla de traidores.

Roberto siente algo que no había sentido en años: algo parecido a la vergüenza. Porque sabe que él es parte de esa camarilla de traidores. Él es parte del sistema que los zapatistas están combatiendo. Él es uno de los arquitectos del neoliberalismo que está destruyendo a los campesinos e indígenas.

El dos de enero siguiente Roberto debe asistir a una comida de negocios en Las Mañanitas de Cuernavaca. Un grupo de directivos de empresas transnacionales. Llega en su BMW, viste un Armani, bebe vino francés. La conversación inevitablemente deriva al levantamiento zapatista.

Un director de una empresa minera, gordo y satisfecho, da su opinión:

—Terroristas. Eso es lo que son. Delincuentes disfrazados de revolucionarios.

Un gerente de una maquiladora asiente:

—El gobierno debe actuar con mano dura. Aplastar la rebelión antes de que se extienda. No podemos permitir que un grupo de indios armados amenace la estabilidad del país.

Richard Thompson, el director de GELMEX, interviene:

—Entiendo la preocupación por la seguridad, pero también hay que ver el lado práctico. Este levantamiento afecta la imagen de México justo cuando entramos al TLCAN. Los inversionistas extranjeros van a dudar. Debemos presionar al gobierno para que resuelva esto rápido.

Todos asienten. Roberto permanece en silencio, cortando su filete, bebiendo su vino.

El director de la minera lo nota.

—Roberto, tú que eres mexicano, ¿qué opinas?

Roberto levanta la vista. Todos lo miran esperando que confirme su visión. Que diga que sí, que son terroristas, que el gobierno debe aplastarlos. Eso es lo que esperan de él. Eso es lo que su posición exige.

Pero por un momento, solo un momento, Roberto considera decir la verdad. Querría decir que: Los zapatistas tienen razón. Que el TLCAN va a destruir la agricultura campesina. Que las reformas neoliberales están concentrando riqueza mientras millones caen en la pobreza. Que quinientos años de opresión indígena no se pueden ignorar. Que el se siente sucio siendo parte del sistema que ellos combaten.

Pero no lo dice. Porque si lo dice, pierde su trabajo. Y si pierde su trabajo, Sarita pierde su escuela, su cuarto rosa, sus clases de piano, su futuro.

—Son un problema de seguridad que el gobierno debe manejar —dice finalmente Roberto—. Pero también reflejan problemas estructurales que no podemos ignorar.

Es una respuesta diplomática. Tibia. Cobarde. Todos asienten satisfechos y siguen comiendo.

Roberto ha traicionado una vez más. Esta vez ni siquiera por dinero. Solo por no incomodar a sus colegas.

Esa noche, solo en su departamento, Roberto lee todo lo que puede sobre el EZLN. Lee entrevistas al Subcomandante Marcos. Lee análisis políticos. Lee testimonios de indígenas. Y mientras lee, siente crecer algo que había tratado de matar: su conciencia.

Los zapatistas están haciendo lo que él dejó de hacer: rebelarse contra la injusticia. Están arriesgando sus vidas mientras él disfruta su cómodo salario corporativo. Son todo lo que él pudo ser y eligió no ser.

En marzo de 1994 Roberto está en Monterrey en una conferencia sobre derecho laboral internacional. Es un miércoles. Termina su presentación, regresa al hotel, enciende la televisión para relajarse.

Y ve algo que lo deja paralizado.

Imágenes borrosas de una ambulancia. Reporteros gritando. Policías corriendo. Sangre en el piso. Y la noticia que rompe todo:

Luis Donaldo Colosio, candidato del PRI a la presidencia, ha sido asesinado en un mitin en Tijuana.

Roberto se sienta en la cama del hotel, mirando la televisión sin poder procesar lo que ve. Colosio muerto. Un balazo en la cabeza. Asesinado en plena campaña. El candidato ungido por Salinas para sucederlo.

Las imágenes se repiten en bucle. Colosio cayendo. La confusión. La gente gritando. El asesino arrestado. Mario Aburto. Un nombre que se quedará grabado en la historia negra de México.

Roberto pasa la noche viendo televisión. Los análisis van y vienen. ¿Quién mató a Colosio? ¿Fue un loco solitario? ¿Fue el narcotráfico? ¿Fue el mismo PRI eliminando a alguien que amenazaba con reformar el sistema?

Nadie sabe. O nadie se atreve a decir.

Lo que Roberto sí sabe, con una certeza que le duele en el estómago, es que algo se rompió definitivamente. México entró al TLCAN en enero con la promesa de modernidad. Los zapatistas se levantaron ese mismo día gritando que esa modernidad estaba construida sobre sangre indígena. Y ahora asesinan al candidato presidencial tres meses antes de la elección.

La modernidad neoliberal que Salinas prometía, que Roberto ayudó a construir, está manchada de sangre.

Regresa al Distrito Federal al día siguiente. La ciudad está en shock. Nadie habla de otra cosa. En su oficina, sus colegas especulan sobre el asesinato entre café y cigarros. Algunos creen que fue el narco. Otros que fue una conspiración interna del PRI. Nadie cree la versión oficial del asesino solitario.

Richard Thompson convoca a una reunión de emergencia.

—El asesinato de Colosio genera incertidumbre. Los mercados están nerviosos. Necesitamos evaluar riesgos políticos para nuestras operaciones.

Hablan de México como si fuera un producto en el mercado. Analizan escenarios. Calculan probabilidades. Redactan planes de contingencia. Todo son números, análisis de riesgo, estrategia corporativa.

Y nadie, absolutamente nadie, habla del hombre que murió. De Luis Donaldo Colosio Murrieta, el ser humano que tenía familia, que tenía un hijo pequeño, que tenía sueños de reformar el PRI desde dentro.

Roberto sale de la junta con náusea. Va al baño. Se mira en el espejo. El hombre que le devuelve la mirada viste traje de tres mil dólares pero tiene ojos vacíos.

Esa noche, Roberto hace algo que no hacía desde hace años. Va a un bar en la Roma, lejos de Polanco, donde no se encontrará con nadie de su círculo corporativo. Se sienta en la barra. Pide mezcal.

A su lado hay un hombre de unos sesenta años que lee el periódico. El titular: Colosio Asesinado. El hombre meneea la cabeza.

—Este país no tiene remedio —dice en voz alta, a nadie en particular.

Roberto toma su mezcal.

—¿Por qué dice eso?

El hombre lo mira. Tiene ojos cansados de haber visto demasiado.

—Porque llevamos sesenta y cinco años con el mismo partido en el poder. Porque cuando alguien amenaza con cambiar el sistema, lo matan. Porque privatizaron todo lo que construimos en décadas. Porque los zapatistas se levantan en armas y en lugar de escucharlos los queremos masacrar. Porque asesinan a un candidato presidencial en plena luz del día y todos sabemos que nunca sabremos quién lo ordenó.

Toma un trago de su cerveza.

—Y porque tipos como yo, que luchamos en el 68, que creímos que podíamos cambiar las cosas, terminamos derrotados. Y tipos como usted, si me permite decirlo por su traje caro, terminan siendo parte del sistema que destruye al país.

Roberto quiere defenderse. Quiere decir que él también luchó, que defendió trabajadores, que tuvo principios. Pero las palabras no salen. Porque el viejo tiene razón.

—¿Y usted qué hace? —pregunta Roberto.

—Soy maestro. Jubilado. Gano una miseria de pensión. Pero al menos puedo mirarme al espejo.

El hombre termina su cerveza, deja dinero en la barra, se va. Roberto se queda solo con su mezcal y su conciencia.

Para abril de 1994 Ernesto Zedillo es designado candidato sustituto del PRI. Nadie lo eligió. Lo designó Salinas, como siempre ha sido. El dedazo. La tradición antidemocrática que nunca terminó pese a todas las promesas de modernización.

Roberto ve la ceremonia en televisión. Zedillo promete continuar la obra de Salinas. Promete estabilidad. Promete crecimiento. Las mismas promesas de siempre.

Y Roberto se da cuenta de algo terrible: ya no cree en nada.

No cree en el PRI que lleva sesenta y cinco años en el poder mediante fraudes y asesinatos. No cree en la oposición que es demasiado débil para cambiar algo. No cree en el sistema corporativo que sirve mientras traiciona tus principios. No cree en la libertad individual porque descubrió que nunca fue libre. No cree en la lucha social porque vio cómo termina: derrotada o cooptada.

Vive en Polanco. Gana bien. Viste bien. Su hija está bien. Y está completamente vacío por dentro.

En junio de 1994 Roberto está en su oficina revisando contratos cuando suena el teléfono. Es la secretaria de Richard Thompson.

—Roberto, el señor Thompson quiere verte.

Roberto sube al piso ejecutivo. Thompson lo recibe con una sonrisa.

—Roberto, tengo buenas noticias. La junta directiva aprobó tu ascenso. Serás vicepresidente de Asuntos Laborales para Latinoamérica. Oficina en Miami. Salario de 200,000 dólares anuales. Auto de la empresa. Casa pagada. Escuela privada para tu hija.

Es el sueño americano. Es el éxito total. Es la victoria completa del sistema sobre el individuo.

—¿Y si digo que no? —pregunta Roberto.

Thompson lo mira confundido.

—¿Por qué dirías que no? Es una oportunidad increíble.

—¿Y si digo que no puedo seguir haciendo esto? ¿Que cada contrato que redacto me hace sentir como un fraude? ¿Que extraño defender trabajadores en lugar de explotar trabajadores?

Thompson se recarga en su escritorio. Su expresión cambia de confusión a algo parecido a la decepción paternal.

—Roberto, todos pasamos por eso. Todos sentimos culpa al principio. Pero se te pasa. Entiendes que así funciona el mundo. Que si no aprovechas las oportunidades, otro lo hará. Que cuidar a tu familia es más importante que ideales abstractos.

—¿Y si no se me pasa?

—Entonces desperdicias tu vida siendo infeliz cuando podrías ser infeliz pero rico. Al menos así tu hija tiene futuro.

Roberto sale de la oficina sin dar respuesta.

Esa noche, Roberto llega a su departamento. Sarita está en la sala haciendo tarea. Lo ve entrar y corre a abrazarlo.

—¡Papi! Mira, saqué diez en el examen de matemáticas.

Roberto la abraza. La niña huele a champú caro, a infancia protegida, a futuro asegurado. Y Roberto sabe que por ella, por ese abrazo, por ese diez en matemáticas, por esa inocencia que el dinero corporativo protege, haría todo de nuevo. Traicionaría de nuevo. Aceptaría de nuevo. Se vendería de nuevo.

Porque al final, cuando tienes una hija que depende de ti, la libertad de elegir es un lujo filosófico que no puedes pagar. Y esa noche, mientras Sarita duerme en su habitación rosa y México se desmorona entre zapatistas, asesinatos y privatizaciones, Roberto Barraquer acepta lo que es:

Un traidor bien pagado. Un hipócrita confortable. Un hombre que cambió sus principios por estabilidad económica y que volvería a hacerlo sin dudarlo.

Y esa aceptación duele más que cualquier derrota, porque es admitir que nunca fue tan libre, tan íntegro, tan valiente como creía porque solo era un hombre asustado que eligió la jaula más cómoda disponible.

Y ahora vive en ella, mirando a través de los barrotes dorados, viendo un país que se desmorona mientras él cuenta su dinero manchado de sangre.

Esa es su libertad.

Esa es su victoria.

Esa es su condena.

CAPÍTULO 5

LA CRISIS

Diciembre de 1994 - 1995

Roberto llega a la conclusión de que nunca fue libre. Todas sus decisiones estuvieron condicionadas por fuerzas que no controlaba: la economía, el contexto político, sus responsabilidades familiares, su necesidad de sobrevivir. Es diciembre de 1994 y el peso mexicano está a punto de enseñarle la lección final sobre la ilusión de la libertad individual.

Primero de diciembre. Ernesto Zedillo Ponce de León toma posesión como presidente de México. Roberto ve la ceremonia en la televisión de su oficina en GELMEX. Zedillo promete continuar la modernización económica de Salinas. Promete estabilidad. Promete que México está listo para competir en el mercado global.

Son promesas hermosas. Son mentiras que todos quieren creer.

Richard Thompson entra a la oficina de Roberto con una botella de champán.

—Roberto, tenemos que celebrar. México tiene nuevo presidente y tú tienes nueva posición. Miami te espera.

Roberto todavía no ha dado respuesta definitiva sobre el ascenso. Ha estado postergando la decisión durante semanas. Sarita tiene diez años ahora, está establecida en su escuela, tiene amigas. Mudarla a Miami significaría arrancarla de su vida.

Pero 200,000 dólares anuales no es una oferta que puedas rechazar fácilmente.

—Necesito hablar con mi hija —dice Roberto.

Esa tarde, Roberto recoge a Sarita de la escuela. La lleva a comer helado a una cafetería en Polanco. La niña habla emocionada sobre su obra de teatro navideña, sobre sus amigas, sobre el regalo que quiere para Navidad.

Roberto la escucha, buscando el momento para decirle que quizá se muden a Miami. Pero no encuentra las palabras. Porque sabe lo que significaría: arrancarla de todo lo que conoce para que él pueda ganar más dinero traicionando trabajadores en otros países.

—Papi, ¿por qué estás callado? —pregunta Sarita.

—Estaba pensando.

—¿En qué?

—En que eres muy afortunada, mi amor. Tienes buena escuela, amigas, una vida feliz.

Sarita lo mira con esos ojos que ya empiezan a ver demasiado.

—¿Tú eres feliz, papi?

La pregunta lo toma desprevenido. Roberto abre la boca. La cierra. ¿Es feliz? Tiene dinero, estatus, comodidad. Pero cada mañana se mira al espejo y ve a un extraño. Cada contrato que redacta es una traición a lo que alguna vez creyó.

—Soy feliz cuando estoy contigo —dice finalmente.

No es respuesta. Es evasión. Pero es lo único honesto que puede decir.

Veinte de diciembre. Roberto está en una junta con los directivos de GELMEX. Están revisando proyecciones para 1995. El nuevo gobierno está enviando señales confusas sobre política económica. Los inversionistas están nerviosos. El peso está bajo presión.

Richard Thompson está preocupado.

—Necesitamos mover nuestros activos a dólares. Si el peso se devalúa, perdemos millones.

El director financiero interviene.

—Ya estamos protegidos. Tenemos cobertura cambiaria. Pero necesitamos preparar planes de contingencia por si la devaluación es severa.

—¿Qué tan severa? —pregunta Thompson.

—En el peor escenario, 20-30%.

Todos ríen. Es impensable. El gobierno acaba de decir que el peso está fuerte. Que la economía está sólida. Que no hay riesgo de devaluación.

Roberto no ríe. Ha aprendido a desconfiar de las promesas gubernamentales.

El 19 de diciembre está cenando solo en su departamento cuando el teléfono suena. Es su contacto en el Banco de México. Un economista que conoció en una conferencia.

—Roberto, mueve tu dinero a dólares. Ya.

—¿Qué está pasando?

—No puedo decir más. Solo hazlo. Mañana temprano.

Cuelga. Roberto se queda con el teléfono en la mano. Al día siguiente, 20 de diciembre, convierte todos sus ahorros a dólares. Es una cantidad considerable: tres años de bonos, inversiones, ahorros. Los cambia a un tipo de cambio de 3.46 pesos por dólar.

No le dice a nadie. Ni siquiera a Carmen.

Veinte de diciembre por la noche, el gobierno mexicano anuncia que el peso se devaluará en un rango controlado. Suena técnico. Suena manejable. Suena a mentira.

Veintiuno de diciembre. Los mercados entran en pánico. El peso se desploma. No es una devaluación controlada. Es un colapso. Para el final del día, el peso ha perdido 40% de su valor. Los ahorros de millones de mexicanos se evaporan. Las deudas en dólares se duplican de la noche a la mañana. Las empresas que no se cubrieron están en bancarrota.

Es el error de diciembre. Aunque no fue error. Fue incompetencia criminal. Fue mentir a los mercados. Fue proteger a los que sabían mientras millones perdían todo.

Roberto ve las noticias con una mezcla de horror y culpa. Horror porque sabe lo que viene. Culpa porque él salvó su dinero mientras millones no tuvieron esa oportunidad.

Veintidós de diciembre. GELMEX convoca junta de emergencia. El director financiero da la noticia: la empresa está protegida. Tienen cobertura cambiaria. No perderán dinero con la devaluación.

Pero hay un problema: sus clientes mexicanos están en crisis. No podrán pagar. Habrá que recortar operaciones.

Thompson va directo al grano.

—Necesitamos reducir personal. 30% de la plantilla. Roberto, tú sabes cómo hacerlo legal y rápido.

Y ahí está. La crisis económica que destruirá millones de vidas le da a Roberto una oportunidad de demostrar su valor para la empresa. Sobrevivirá los recortes precisamente porque es el arquitecto de los recortes.

Roberto pasa la Navidad redactando planes de reestructuración. Mientras otras familias celebran sin saber que perderán sus empleos en enero, él está en su oficina calculando quién se va y quién se queda.

Usa los contratos que él mismo redactó. Las cláusulas que permiten despidos sin causa justa mediante indemnización mínima. Los tecnicismos que protegen a la empresa. Todo legal. Todo frío. Todo eficiente.

Treinta de diciembre. Roberto entrega el plan. Thompson lo revisa, asiente satisfecho.

—Excelente trabajo. Esto nos ahorra millones. Te has ganado tu ascenso a Miami.

Enero de 1995. Comienzan los despidos. GELMEX llama a los trabajadores uno por uno. Les dan cartas de liquidación. Les explican que es por la crisis económica. Les agradecen su servicio.

Muchos lloran. Tienen hipotecas que ahora valen el doble en pesos. Tienen tarjetas de crédito en dólares que están impagables. Tienen familias que alimentar en una economía colapsada.

Roberto ve el desfile de devastación desde su oficina. Cada trabajador que sale llorando es un recordatorio de lo que él hizo. Él redactó los contratos. Él calculó las liquidaciones. Él hizo esto posible.

Y sobrevivió precisamente por eso.

Un día de enero, uno de los liquidados toca a su puerta. Es Miguel, un ingeniero de cincuenta años que lleva veinte en la empresa. Roberto lo conoce. Revisó su caso personalmente. Encontró un tecnicismo para despedirlo sin pensión completa.

Miguel entra a la oficina. No está llorando. Está más allá de las lágrimas. Está vacío.

—Licenciado, solo quiero entender. ¿Por qué yo?

Roberto podría explicarle los tecnicismos legales. Podría hablarle de reestructuración necesaria. Podría usar toda la jerga corporativa que aprendió.

Pero Miguel merece honestidad.

—Porque yo encontré la forma legal de despedirte sin pagar lo que mereces.

Miguel lo mira largo rato y al cabo de un minuto endurece la mirada y le dice:

—¿Y puede dormir por las noches?

—No. No puedo.

Miguel asiente lentamente.

—Al menos es honesto.

Sale de la oficina. Roberto se queda mirando el espacio vacío donde estuvo sentado. No, no puede dormir por las noches. Y no debería poder.

Para marzo de 1995 Sarita cumple once años. Roberto le hace una fiesta en su departamento. Invita a sus amigas del colegio. Hay pastel, regalos, globos. Las niñas ríen, juegan, son felices.

Pero Sarita ya no es tan niña. Ha empezado a hacer preguntas incómodas. A notar contradicciones. A ver grietas en el mundo ordenado que Roberto construyó para ella.

Después de la fiesta, cuando las amigas se van, Sarita se sienta junto a Roberto en el sofá.

—Papi, ¿por qué Ana ya no vino a mi fiesta?

Ana es su mejor amiga. Hija de un ejecutivo de nivel medio que fue despedido en los recortes.

—Su familia está pasando por un momento difícil, mi amor.

—¿Por qué?

—El papá de Ana perdió su trabajo.

—¿Por qué lo despidieron?

—Por la crisis económica.

Sarita piensa un momento.

—La mamá de Lucía dice que tu empresa despidió a muchas personas.

—Sí.

—¿Tú despediste al papá de Ana?

La pregunta cae como piedra en agua quieta. Roberto podría mentir. Podría decir que no. Podría explicar que él solo redactó documentos, que otros tomaron las decisiones.

Pero Sarita merece honestidad.

—Yo ayudé. Sí.

Los ojos de Sarita se llenan de lágrimas.

—¿Por qué? Ana dice que su papá llora por las noches. Que ya no tienen dinero. Que quizá tengan que cambiarla de escuela.

—Fue una decisión de la empresa, no mía.

—Pero tú trabajas para la empresa. —Sarita lo mira con una mezcla de confusión y decepción que parte el corazón de Roberto—. Papi, ¿tú trabajas para los malos?

Roberto siente que algo se rompe dentro de él. Su hija de once años acaba de hacer la pregunta que él ha estado evitando durante años.

—El mundo no es blanco y negro, mi amor. No hay buenos y malos. Hay gente haciendo lo que puede para sobrevivir.

—Pero el papá de Ana está sufriendo. Y tú lo hiciste sufrir. Eso está mal.

—Sí. Está mal.

No tiene más argumentos. No tiene racionalizaciones. Su hija de once años tiene más claridad moral que él.

Sarita se va a su habitación. Roberto se queda en el sofá, mirando los restos de la fiesta. Globos desinflándose. Pedazos de pastel. Regalos caros que compró con dinero manchado de sangre.

En mayo de 1995 Roberto debe dar su respuesta final sobre Miami. La oferta sigue en pie. 200,000 dólares anuales. Escape de este México en crisis. Una nueva vida.

Pero algo cambió. La pregunta de Sarita lo persigue. ¿Trabajas para los malos? Y peor: ¿Eres uno de los malos?

No tiene respuesta. O sí la tiene, pero no quiere admitirla.

Una noche, solo en su departamento, Roberto hace algo que no había hecho en años. Va al clóset del cuarto de invitados. Saca la caja de cartón que guardó hace años. La caja con sus libros de derecho laboral de la universidad.

Abre la caja. El olor a papel viejo lo golpea. Saca libros con márgenes llenos de notas entusiastas de su yo de veintidós años. Tratados sobre justicia social. Manuales sobre derechos de los trabajadores. Toda su educación idealista.

Y en el fondo de la caja, su tesis. La libertad sindical como derecho humano fundamental. Escrita en 1979. Cuando creía que las palabras cambiaban el mundo.

La saca. La hoja de portada está amarillenta. Su nombre impreso: Roberto Barraquer Guzmán. Título: Licenciado en Derecho.

Abre al azar. Lee un párrafo de la conclusión:

La verdadera libertad solo es posible cuando el individuo puede elegir sin coerción estatal ni corporativista, cuando sus decisiones son expresión de su voluntad autónoma y no imposición de estructuras de poder externas.

Roberto lee el párrafo una vez. Dos veces. Tres veces...y se pone a llorar.

Llora porque ese joven que escribió esas palabras creía genuinamente que la libertad individual era posible. Creía que el Estado de derecho

protegía a los débiles. Creía que él mismo podría ser instrumento de esa protección.

Y se convirtió exactamente en lo opuesto. Se convirtió en el abogado que usa el Estado de derecho para explotar a los trabajadores. Que usa su conocimiento de la ley para maximizar la extracción de valor y minimizar la protección laboral.

Es la antítesis de lo que alguna vez quiso ser.

Llega al agradecimiento: A mi padre, que me enseñó que la justicia no es un concepto abstracto sino una práctica diaria. A mi madre, que me mostró que la dignidad no depende de la riqueza. Y a todos los trabajadores que luchan día a día por condiciones justas: esta tesis es por ustedes y para ustedes.

Roberto cierra la tesis. La aprieta contra su pecho. Y solloza con una violencia que no sentía desde que era niño.

Porque comprende finalmente, con una claridad brutal, que su vida ha sido una sucesión de jaulas:

La jaula del idealismo juvenil que ignoraba responsabilidades reales. Cuando creía que defender trabajadores era suficiente, cuando no entendía que tener una hija significa que no puedes darte el lujo de ser pobre dignamente.

La jaula de la paternidad que lo obligó a traicionar sus principios. Porque elegir entre tus ideales y el bienestar de tu hija no es realmente una elección. Es una trampa moral donde pierdes sin importar qué decidas.

La jaula del sistema económico que no da alternativas reales. Que te dice que eres libre de elegir mientras estructura todas las opciones para que solo una sea viable. Que te ofrece pobreza digna o traición cómoda, y luego te culpa por elegir la comodidad.

Y la jaula final, la más brutal: la comprensión de que nunca fue libre. Que todas sus decisiones estuvieron condicionadas por fuerzas que no controlaba. La economía. El contexto político. Sus responsabilidades familiares. Su necesidad de sobrevivir.

Nunca fue libre. Nadie lo es.

La libertad individual que defendió toda su vida es una ficción. Un concepto bonito para filósofos y estudiantes que no tienen hipotecas que pagar ni hijos que alimentar.

Roberto guarda la tesis en la caja. Cierra la caja. No la regresa al clóset. La deja en medio de la sala, como evidencia de un crimen que no tiene nombre.

Un sábado por la tarde, Sarita está en su habitación haciendo tarea. Roberto está en la sala leyendo el periódico. La niña sale con su mochila.

—Papi, necesito ayuda con una tarea.

—Dime.

—Tenemos que escribir sobre qué significa ser libre. ¿Tú qué crees?

Roberto baja el periódico. Mira a su hija. Esa pregunta. Esa maldita pregunta que lo ha perseguido toda su vida.

—¿Qué crees tú? —pregunta Roberto, posponiendo la respuesta.

—Creo que ser libre es poder hacer lo que quieres sin que nadie te diga que no.

Es la definición de un niño. Simple. Hermosa. Completamente equivocada.

—¿Y tú, papi? ¿Tú eres libre?

Ahí está de nuevo. La pregunta directa. La que no tiene respuesta fácil.

Roberto podría decir que sí. Podría explicar que tiene dinero, que puede comprar lo que quiere, que puede ir a donde quiera. Podría darle la definición neoliberal de libertad como capacidad de consumo.

Pero Sarita merece honestidad.

—No, mi amor. No soy libre.

—¿Por qué?

—Porque mis decisiones no son realmente mías. Están condicionadas por muchas cosas: por la necesidad de cuidarte, por el sistema económico, por lo que la sociedad espera de mí. Creí que era libre porque podía elegir. Pero elegir entre opciones malas no es libertad.

—¿Entonces nadie es libre?

—No lo sé, mi amor. Quizá la libertad no es lo que creemos. Quizá no se trata de hacer lo que quieres, sino de entender las fuerzas que te condicionan y elegir conscientemente dentro de esos límites.

—No entiendo.

—Yo tampoco. Y llevo treinta años tratando.

Sarita regresa a su habitación a terminar su tarea. Roberto se queda en la sala con la pregunta flotando en el aire como acusación:

¿Eres libre?

No.

Nunca lo fue.

Y lo peor: ya ni siquiera puede pretender que sí.

En junio de 1995 Roberto da su respuesta final sobre Miami. Rechaza el ascenso.

Thompson está confundido.

—¿Por qué? Es una oportunidad increíble.

—Porque mi hija está establecida aquí. Porque arrancarla de su vida sería otra forma de traición.

—Roberto, todos hacemos sacrificios por nuestras carreras.

—Ya hice suficientes sacrificios. Sacrifiqué mis principios. Eso fue suficiente.

Thompson lo mira con decepción.

—Entonces te quedarás aquí. Mismo puesto. Mismo salario.

—Está bien.

No está bien. Pero es lo único que puede hacer. Una decisión que no cambia nada pero al menos no empeora las cosas.

Esa noche, Roberto se sienta en su balcón mirando la ciudad. Una urbe de veintitrés millones de personas atrapadas en sus propias jaulas. Todos creyendo que eligen. Todos condicionados por fuerzas que no controlan.

Y Roberto Barraquer, abogado corporativo de cuarenta y tres años, padre de una niña de once, traidor de sus propios principios, comprende finalmente la verdad más amarga:

La libertad no existe. Nunca existió porque solo existe la ilusión de elegir entre jaulas diferentes. Y él eligió la más cómoda. Esa es su libertad. Esa es su condena. Esa es su vida.

Y mañana volverá a su oficina a redactar contratos que explotan trabajadores. Y el próximo mes recibirá su bono. Y el próximo año Sarita necesitará colegiatura. Y todo seguirá igual. Porque así es la vida cuando finalmente aceptas que nunca fuiste libre y sigue adelante sin ilusiones, sin esperanza y solo con la amarga certeza de que hiciste lo que pudiste con las opciones que tenías que nunca fueron realmente tuyas.

Roberto bebe su whisky mirando las luces de la ciudad que nunca duerme y acepta lo que es. Un hombre en una jaula como todos los demás y ya no finge que es libre.

Y esa, quizá, es la única honestidad que le queda.

SEGUNDA PARTE

"SARA"

(2006-2015)

CAPÍTULO 6

LA HIJA DEL TRAIADOR

2006

Sara Barraquer Velázquez cree que su generación sí logrará la libertad verdadera porque, a diferencia de la generación de su padre, no se venderá al sistema. Ella está convencida que la libertad es romper con todo: familia burguesa, Estado corrupto, capitalismo depredador. Tiene veinte años y una certeza absoluta que su padre perdió hace décadas.

Estudia tercer año de Sociología en la UNAM y vive en un departamento compartido en la Condesa con tres compañeras activistas: Daniela, que estudia Filosofía; Mónica, de Ciencias Políticas; y Alejandra, de Trabajo Social. El departamento es un caos hermoso de libros de Gramsci y Bourdieu, pósters del EZLN, ceniceros desbordados y debates que se extienden hasta la madrugada sobre hegemonía cultural y movimientos contrahegemónicos.

Pagan 8,000 pesos de renta divididos entre cuatro. Es barato porque el edificio está medio derrumbado y el dueño no invierte en mantenimiento. Es perfecto.

Sara desprecia profundamente a su padre Roberto Barraquer porque lo considera el símbolo perfecto de la traición generacional. Un idealista que se vendió. Un abogado que defendía trabajadores y terminó despidiéndolos por miles. Un hombre que tuvo principios y los cambió por un departamento en Polanco y un BMW.

Cuando Sara lo ve cada dos meses en comidas obligatorias de cumpleaños o Navidad, siente una mezcla de rabia y desprecio que apenas puede disimular. Cuando Roberto intenta conversar, Sara responde con monosílabos. Cuando Roberto le pregunta por sus estudios, Sara le dice que no le pregunte porque no entendería. Cuando Roberto le ofrece ayuda económica adicional, Sara se ofende como si le hubieran escupido en la cara.

Aunque, y esto es algo que Sara prefiere no examinar demasiado, Roberto le deposita 5,000 pesos mensuales en su cuenta llamándola "mesada". Aunque Sara tiene veinte años y ya debería estar trabajando, pero ella racionaliza este dinero como lo mínimo que puede hacer después de traicionar sus ideales. Prefiere verlo como una forma de reparación. Si el sistema le robó su integridad, que al menos le pague por ello. Piensa que es dinero manchado de sangre que ella usa para vivir mientras lucha contra el sistema que lo genera, pero aun así la contradicción no le molesta porque todavía "no alcanza a verla".

Con esos 5,000 pesos más lo que gana dando clases particulares de Sociología a estudiantes de prepa (otras 3,000 pesos al mes), Sara sobrevive. No viste bien. Come mal. Fuma Marlboro rojos. Bebe cerveza barata. Pero se siente absolutamente libre. No tiene compromisos laborales permanentes. No tiene pareja estable (sale con varios compañeros de la facultad ocasionalmente, nada serio, relaciones horizontales sin ataduras patriarcales). No tiene vínculos familiares que le importen. No tiene nada que la ate al sistema.

Es pura potencia revolucionaria.

Es diciembre de 2006 y Vicente Fox termina su sexenio. Fueron seis años de un presidente mediocre que llegó con la promesa de romper setenta años de priismo y terminó siendo, en palabras de Sara, un ranchero pendejo que solo sirvió a los empresarios. Pero al menos, y esto Sara lo

reconoce a regañadientes, podían criticarlo abiertamente. Podían protestar. Podían organizarse. Había libertad de expresión, de manifestación, de asociación. Todas esas libertades que su padre le contó que no existían en la época del PRI.

Felipe Calderón toma posesión el primero de diciembre. Lo hace en una ceremonia tensa en San Lázaro. Hay acusaciones de fraude electoral contra López Obrador. Hay violencia. Hay vallas metálicas. Sara no participó activamente en esa campaña electoral porque desconfía del electoralismo, del reformismo, de la ilusión de que votar cambia algo. Pero observó el proceso con curiosidad analítica.

Y entonces, once días después de tomar posesión, Calderón hace algo que cambiará a México para siempre: le declara la guerra al narcotráfico. Envía al ejército a Michoacán. Militariza el país. Anuncia que es una batalla que México debe ganar.

Sara ve el discurso en la televisión del departamento de la Condesa. Daniela, Mónica y Alejandra están con ella. Las cuatro fuman, toman café, comentan.

—Es un pretexto para militarizar —dice Mónica—. Calderón necesita legitimidad después de la elección cuestionada. Qué mejor que declararse el presidente que combate el narco.

—Y el narco lo creó el mismo Estado —agrega Daniela—. Es una contradicción sistémica del capitalismo. El narcotráfico es parte del modelo económico neoliberal.

Alejandra, siempre la más pragmática, interviene:

—El narco existe porque hay demanda en Estados Unidos y pobreza en México. Mientras no cambies esas dos cosas, la guerra es puro teatro.

Sara escucha y asiente. Está de acuerdo. Pero algo en el discurso de Calderón le parece especialmente perverso. No es solo la guerra. Es la forma en que la justifica. Como si fuera por el bien del país. Como si enviar militares a hacer trabajo policial fuera normal. Como si pudiera resolver con violencia lo que es un problema estructural.

—Vamos a protestar —dice Sara.

—¿Contra qué específicamente? —pregunta Daniela.

—Contra la militarización. Contra el uso del ejército en funciones civiles. Contra la guerra que nadie pidió.

Y así, en enero de 2007, Sara participa en su primera marcha contra la guerra de Calderón. No son muchos todavía. Quinientas personas quizá. Marchan de la UNAM al Zócalo. Llevan pancartas: NO A LA MILITARIZACIÓN. EL EJÉRCITO A LOS CUARTELES. LA GUERRA SOLO GENERA VIOLENCIA.

Sara grita consignas, siente la adrenalina de la protesta, la solidaridad de marchar junto a otros que piensan como ella. Se siente parte de algo

histórico. Por primera vez en su vida, no solo critica al sistema desde la comodidad académica: actúa contra él.

En marzo de 2007 Sara está en su cumpleaños número veintiuno. Roberto insiste en verla. Carmen, su madre, la llama.

—Sara, tu papá quiere festejar tu cumpleaños. Preparó comida. Ven el domingo.

—No puedo. Tengo asamblea en la facultad.

—Sara, es tu cumpleaños. Dos horas. Por favor.

Sara cede. Odia ceder. Pero Carmen tiene esa forma de pedir que hace difícil negarse.

El domingo, Sara llega al departamento de su padre en Polanco a la una de la tarde. Toca el timbre con desgano. Roberto abre. Cincuenta y cinco años. Pelo canoso. Traje casual de domingo (pantalón de vestir, camisa sin corbata, todo caro). Sigue pareciendo exitoso. Sigue siendo todo lo que Sara desprecia.

—Hija, feliz cumpleaños.

Sara entra sin abrazarlo. El departamento está impecable. Demasiado ordenado. Demasiado burgués. Huele a dinero y traición.

Carmen ya está ahí. Se casó hace años con David, el contador, pero se divorciaron amigablemente. Ahora vive sola, trabaja en una galería de arte. Saluda a Sara con abrazo genuino. Al menos su madre no se vendió al sistema corporativo.

Se sientan a comer. Roberto preparó lasaña. Es bueno cocinando. Aprendió cuando Sara era niña y Carmen lo dejó. La lasaña está perfecta. Sara lo admite a regañadientes mientras come en silencio.

La comida transcurre en conversación banal. El clima. Las noticias. Nada político. Carmen evita temas explosivos. Conoce a su hija. Conoce a Roberto. Sabe que cualquier chispa puede incendiar todo.

Pero Roberto, inevitablemente, pregunta:

—¿Cómo van tus estudios?

—Bien.

—¿Qué materias llevas este semestre?

—Teoría crítica latinoamericana. Movimientos sociales contemporáneos. Metodología cualitativa.

—Suenan interesantes. ¿Ya piensas en tu tesis?

Sara lo mira directamente. Esos ojos de Roberto que parecen cansados, que miran con algo que no es enojo ni juicio sino una tristeza profunda que Sara no entiende.

—Voy a investigar la cooptación de los movimientos sociales por el neoliberalismo. Cómo el sistema absorbe la disidencia y la neutraliza.

Cómo convierte revolucionarios en empleados de ONGs financiadas corporativamente.

Roberto asiente lentamente. Capta el mensaje implícito. Siempre lo capta.

—Es un tema importante.

—Sí. Me interesa entender cómo gente que tuvo ideales termina trabajando para el sistema que combatía. —Pausa deliberada, mirándolo fijamente—. Cómo se venden.

Carmen interviene rápidamente:

—Sara, no empieces.

Pero Sara ya empezó. Lleva veinte años esperando este momento. Veinte años viendo a su padre vivir cómodamente con dinero manchado de sangre. Veinte años escuchando sus intentos patéticos de justificarse.

—No, mamá. Es una pregunta académica legítima. —Mira a Roberto—. ¿Cómo pasa, papá? ¿Cómo alguien que defendía trabajadores termina despidiéndolos por miles? ¿Cómo alguien que luchaba contra el sistema corporativo se convierte en su mejor abogado?

Roberto deja sus cubiertos cuidadosamente. La mira con esa expresión de tristeza que Sara odia porque no es defensiva, no es enojada, es algo peor: es comprensión. Como si la entendiera. Como si hubiera estado exactamente donde ella está.

—Es complicado, Sara.

—No. Es simple. Te vendiste.

—Sara, basta —dice Carmen con voz firme.

—¿Qué? Es verdad. —Sara se está calentando, sintiendo la rabia de años subir—. Toda mi infancia escuché tus historias románticas de cuando defendías sindicatos. De cuando luchabas por la justicia social. Del terremoto del 85 cuando salvaste a esa costurera. Y luego, cuando tenía ocho años, de repente teníamos departamento nuevo en Polanco, yo entraba a escuela cara, todo pagado con dinero de despedir trabajadores. ¿Cómo le llamas a eso?

Roberto respira hondo. No se defiende. No ataca. Solo explica con voz calmada que hace todo más frustrante:

—Le llamo tomar decisiones difíciles cuando tienes responsabilidades que no puedes ignorar. Le llamo descubrir que los ideales no pagan la colegiatura de tu hija. Le llamo crecer.

—Debería haberle llamado “venderte”.

—Tal vez. Pero esa venta te pagó la educación. Te permitió ir a la UNAM en lugar de trabajar en una maquiladora a los quince años.

Sara se levanta de la mesa bruscamente. La silla raspa el piso.

—No me eches en cara tu traición. Yo no te pedí que te vendieras. Hubiera preferido mil veces crecer pobre con un padre íntegro que rica con un traidor.

—Sara, siéntate —ordena Carmen.

Pero Sara ya está tomando su mochila, su chamarra de mezclilla llena de parches de bandas punk y pins políticos.

—Yo no voy a ser como tú —le dice a Roberto, señalándolo con dedo acusador—. Mi generación no se va a vender. No vamos a traicionar nuestros principios por dinero. Vamos a cambiar este país. Vamos a acabar con el sistema corrupto que gente como tú construyó.

Roberto la mira con esa tristeza insoportable. No dice nada por un momento. Luego, con voz muy suave:

—Yo también creí eso a tu edad.

—Tú te vendiste. Yo nunca lo haré.

Sale del departamento azotando la puerta. El sonido resuena en el pasillo elegante de Polanco como grito de guerra.

En el elevador, bajando, Sara siente las lágrimas de rabia quemándole los ojos. Odia a su padre. Odia lo que representa. Odia que haya tenido ideales y los traicionara por comodidad burguesa. Odia que ella lleve su apellido, su sangre, su ADN de traidor.

Pero más que nada, odia la forma en que la miró. Como si supiera algo que ella no sabe. Como si hubiera visto su futuro y le diera lástima. Como si pensara que ella terminará igual.

Pero no. Sara no es Roberto. Sara no se venderá. Sara es diferente.

Sale del edificio a Polanco. Todo le parece obscuro. Los restaurantes caros. Las boutiques de diseñador. Los BMWs y Audis estacionados. La gente bien vestida caminando con bolsas de Liverpool y Palacio de Hierro. Este mundo que su padre compró con dinero de explotar trabajadores.

Camina hacia Reforma para tomar el metro. Necesita regresar a su mundo. A la Condesa. A su departamento medio derrumbado. A sus compañeras que sí tienen principios. A su vida libre de compromisos burgueses.

En el metro, apretujada entre trabajadores que regresan de sus turnos dominicales, Sara piensa en la conversación. En la acusación. En la mirada de Roberto.

Y se pregunta, solo por un segundo antes de reprimir el pensamiento: ¿Y si tiene razón? ¿Y si todos creen que serán diferentes hasta que las circunstancias los obligan a elegir?

No. Sara sacude la cabeza. Ella es diferente. No tiene hijos que alimentar. No tiene hipotecas que pagar. No tiene nada que perder. Es completamente libre.

¿Verdad?

En abril de 2007 la guerra de Calderón se intensifica pues los muertos empiezan a acumularse. Todavía no son miles, pero ya son cientos por enfrentamientos entre cárteles, operativos militares, ejecuciones. El país empieza a sentir que algo cambió, que entraron a un territorio nuevo y peligroso.

Sara participa en marchas cada vez más frecuentes contra la militarización, organiza foros en la UNAM sobre violencia de Estado, escribe artículos en periódicos estudiantiles denunciando el uso del ejército en funciones policiales.

Se siente útil y comprometida con el lado correcto de la historia.

Una tarde, después de una asamblea particularmente acalorada sobre estrategias de protesta, Sara está fumando en la explanada de Rectoría con Daniela.

—¿Tú crees que podemos cambiar algo? —pregunta Daniela.

Sara la mira sorprendida.

—¿Qué? Claro que sí. Por eso estamos aquí.

—No sé. A veces siento que solo estamos jugando a la revolución. Que marchamos, gritamos, nos sentimos radicales, y todo sigue igual.

—Esto toma tiempo porque los cambios estructurales no pasan de la noche a la mañana.

—¿O tal vez estamos repitiendo los errores del 68? Creer que con consignas y movilizaciones podemos cambiar el sistema.

Sara apaga su cigarro con fuerza.

—Si piensas así, ¿para qué estás aquí?

Daniela se encoge de hombros.

—Porque es lo único que se me ocurre hacer, aunque eso no significa que crea que funcionará.

La conversación incomoda a Sara porque ella necesita creer que su activismo importa. Que su sacrificio de comodidad burguesa tiene sentido, que no está solo jugando a ser revolucionaria mientras vive de la mesada de su padre traidor.

Pero piensa constantemente que si no puede cambiar el sistema, ¿entonces qué? ¿Aceptarlo como hizo Roberto? ¿Venderse también?

Niega con la cabeza...no...esa no es opción porque ella es diferente y nunca se venderá, porque si lo hiciera, si traicionara sus principios como hizo su padre, entonces toda su identidad se derrumbaría y su desprecio hacia Roberto se revelaría como un desprecio hacia sí misma y su libertad se revelaría como una mera ilusión...y eso no podía ser porque ella es libre...completamente libre... Pero no está segura y se pregunta en su interior: ¿Verdad?

CAPÍTULO 7

LA GUERRA QUE NO PEDIMOS

2008-2010

Sara descubre que incluso su rebeldía tiene códigos, ya que dentro del movimiento estudiantil hay discursos permitidos y otros prohibidos. Empieza a sentir las primeras grietas en su libertad absoluta, pues la guerra de Calderón le está mostrando algo que no esperaba: que cambiar de jaula no es lo mismo que ser libre.

Para 2008 la violencia en México se dispara. El sexenio de Calderón apenas lleva dos años y ya van 6,000 muertos relacionados con el narcotráfico, que no son solo narcos matándose entre ellos. Son civiles atrapados en fuego cruzado, son retenes militares donde desaparecen personas, son operativos donde mueren inocentes porque el ejército no está entrenado para el trabajo policial y se nota: cada operativo deja una estela de abusos, de violaciones a derechos humanos, de terror.

Sara, ahora de veintidós años, está más involucrada que nunca en el movimiento estudiantil. Organiza marchas, coordina brigadas de información en colonias populares, participa en foros sobre militarización. El departamento de la Condesa se ha convertido en centro de operaciones: siempre hay reuniones, asambleas improvisadas, compañeros durmiendo en el piso después de jornadas largas de activismo.

Sus compañeras de departamento siguen siendo Daniela, Mónica y Alejandra, aunque la dinámica ha cambiado. Ya no solo son amigas que comparten renta al convertirse en una célula política, como una familia ideológica, que como todas las familias, tiene sus reglas no escritas.

En mayo de ese año, Sara está en una asamblea del Colectivo Estudiantil contra la Militarización junto con unas cincuenta personas en un salón de la Facultad de Ciencias Políticas. Están discutiendo estrategias para la próxima marcha.

Sara propone algo que le parece sensato:

—Deberíamos buscar alianzas con organizaciones de derechos humanos que tienen contacto con legisladores. Si logramos que se presente una iniciativa en el Congreso para limitar el uso del ejército en funciones civiles, tendríamos un cambio concreto.

El silencio que sigue es incómodo. Algunos compañeros intercambian miradas. Mónica, su compañera de departamento, la mira con algo que parece advertencia.

Un compañero de Sociología, Omar, líder informal del colectivo, habla:

—Sara, ese tipo de estrategias reformistas no nos llevan a ningún lado. Trabajar con el sistema solo legitima el sistema. Nuestra lucha debe ser

radical, anticapitalista, antiestatal. No podemos dialogar con el Estado burgués.

—Pero si logramos que se apruebe una ley que limite la militarización, eso ayudaría a la gente que está sufriendo ahorita —insiste Sara.

—Eso es pensar dentro de la lógica del sistema —responde Omar con tono condescendiente—. Nosotros no buscamos reformar el sistema. Buscamos destruirlo.

Varios asienten. Sara siente que está siendo juzgada. No por lo que dijo, sino por cómo lo dijo. Por sugerir trabajar dentro de instituciones en lugar de combatir las desde afuera.

—¿Entonces qué propones? —pregunta Sara—. ¿Seguir marchando cada mes mientras los muertos se acumulan?

—Propongo construir el poder popular desde abajo con organización comunitaria que pueda hacer autogestión... No pedirle al Estado que nos dé migajas.

La asamblea continúa. La propuesta de Sara es descartada sin votación formal. Se decide que la siguiente marcha será más "radical", que ocuparán Reforma, que no pedirán permisos.

Cuando termina la asamblea, Sara sale con Daniela a fumar.

—¿Qué fue eso? —pregunta Sara.

Daniela da una fumada larga antes de responder.

—Omar tiene mucha influencia. Y tiene línea muy clara de lo que es aceptable y lo que no.

—¿Desde cuándo buscar cambios concretos no es aceptable?

—Desde que se considera reformismo. Ya sabes cómo es. Hay ortodoxia.

—Creí que estábamos contra las ortodoxias. Que luchábamos por la libertad de pensamiento.

Daniela la mira con cansancio.

—Estamos contra las ortodoxias del sistema, pero tenemos nuestras propias ortodoxias. Todos los movimientos las tienen.

Sara fuma en silencio. Algo le incomoda profundamente. Cambió la autoridad de su padre por la autoridad del colectivo. Cambió los discursos burgueses por los discursos revolucionarios. Pero siguen siendo discursos obligatorios. Sigue habiendo cosas que puedes decir y cosas que no.

¿Dónde estaba quedando su libertad individual?

Para junio Sara está en una marcha contra la militarización, donde unos tres mil manifestantes avanzan por Reforma gritando consignas: FUERA EL EJÉRCITO DE LAS CALLES. CALDERÓN ASESINO. NO A LA GUERRA.

En uno de los retenes policiales que vigilan la marcha, Sara ve algo que la detiene. Un oficial joven, no más de veinticinco años, que observa la

manifestación con expresión neutra. No agresiva. No despectiva. Solo observando.

Sus ojos se cruzan por un momento. El oficial la mira. Sara lo mira. Hay algo en esa mirada que no es hostilidad. Es curiosidad. Tal vez reconocimiento.

La marcha sigue y Sara pierde de vista al oficial. Pero algo quedó.

En el mes siguiente Sara está en un café de la Condesa preparando un ensayo para su clase de Teoría Política. El tema: autoritarismo y movimientos sociales. Está leyendo a Hannah Arendt cuando alguien se acerca a su mesa.

Es el oficial de la marcha. Sin uniforme. Jeans, camisa casual. Se ve diferente. Más joven. Más humano.

—Disculpa, ¿te puedo invitar un café?

Sara lo mira con desconfianza automática.

—¿Me estás siguiendo?

—No. Vivo cerca. Vengo seguido aquí. Te vi y quise saludar.

—¿Por qué?

Él sonríe con timidez.

—Porque me pareció que en la marcha me mirabas como persona, no como enemigo. Eso es raro.

Sara debería decirle que se vaya. Debería recordar que él es parte del aparato represor del Estado. Que su trabajo es vigilarlos, contenerlos, posiblemente reprimirlos si la orden llega.

Pero hay algo en su expresión que desactiva sus defensas automáticas.

—Siéntate —dice Sara.

Se llama Rodrigo. Tiene veinticuatro años. Creció en Neza en el seno de una familia de clase trabajadora. Su papá era mecánico y murió cuando él tenía dieciséis. Su mamá limpia casas. Entró al Ejército a los dieciocho porque necesitaba trabajo estable, sueldo fijo, prestaciones. Hizo carrera y ahora está en el Estado Mayor Presidencial y le toca custodiar Los Pinos.

Sara le cuenta que estudia Sociología. Que participa en movimientos estudiantiles. Que está contra la militarización.

—Entonces estás contra lo que yo hago —dice Rodrigo sin resentimiento.

—Estoy contra el sistema que te usa. No contra ti personalmente.

—¿Cuál es la diferencia?

Sara no tiene respuesta inmediata. Porque él tiene razón: ¿cuál es la diferencia? Si el sistema “son” sus agentes, si el aparato represor son personas como Rodrigo siguiendo órdenes, entonces ¿dónde está la frontera?

Hablan durante dos horas. Rodrigo no es el monstruo que Sara imaginaba. Es inteligente. Lee. Hace preguntas genuinas. Admite tener dudas sobre la guerra de Calderón, sobre el papel del ejército, sobre si lo que hacen realmente ayuda.

Cuando se despiden, intercambian números.

Sara camina de regreso al departamento de la Condesa sintiéndose confundida. No debería haber hablado con él. No debería haberle dado su número. No debería estar pensando en él. Pero lo está.

En agosto Sara y Rodrigo se siguen viendo en secreto porque Sara no le ha dicho a nadie, especialmente a sus compañeras del colectivo... porque ¿Cómo explicarles que está saliendo con un oficial del Estado Mayor? ¿Cómo justificar que se está enamorando de alguien que representa exactamente lo que ella combate?

Se ven en cafés discretos lejos de la Condesa y de Polanco. Hablan de todo: política, filosofía, música, sus vidas. Rodrigo le cuenta del ejército por dentro: las órdenes que no tienen sentido, los operativos mal planeados, los compañeros que también tienen dudas pero no pueden expresarlas.

—¿Por qué no renuncias? —pregunta Sara una tarde.

—¿Y hacer qué? Tengo que mantener a mi mamá. Pagar su casa. Mi hermana está en la prepa. Necesita útiles, uniformes. El ejército me da sueldo fijo, prestaciones, seguridad. ¿A dónde voy si renuncio?

Sara reconoce el argumento. Es el mismo argumento de su padre. Las responsabilidades reales que atan a las personas más fuerte que cualquier ideología.

—¿Eso significa que nunca podemos cambiar nada? ¿Que todos estamos atrapados por necesidades económicas?

—No lo sé —responde Rodrigo honestamente—. Pero sé que yo no puedo darme el lujo de tus principios. Tú tienes a tu papá que te deposita cada mes, en cambio en mi caso, soy yo el que tiene que depositar.

La observación duele porque es cierta. Sara vive su libertad revolucionaria gracias al dinero de Roberto. Rodrigo no tiene esa opción. Para él, el ejército no es una traición ideológica. Es supervivencia.

Para 2009 la violencia se dispara: 9,000 muertos en el año. Ciudad Juárez se convierte en la ciudad más peligrosa del mundo. Hay fosas clandestinas. Descuartizados colgados de puentes. Mensajes del narco escritos en cuerpos. México se está convirtiendo en algo irreconocible.

Sara participa en más marchas, más protestas, más foros. Pero algo ha cambiado en ella. Ya no tiene la certeza absoluta de antes. Ya no ve enemigos claros y aliados puros. Ve personas atrapadas en estructuras que no eligieron, haciendo lo que pueden con las opciones que tienen.

Como Rodrigo. Como su padre. Como ella misma.

En octubre de 2009 Sara está en una asamblea del colectivo. Están planeando una acción directa: ocupar las oficinas de la Secretaría de la Defensa Nacional para exigir que el ejército regrese a los cuarteles.

Sara, que ahora tiene veintitrés años y un poco más de experiencia, pregunta:

—¿Han pensado en las consecuencias? Si ocupamos SEDENA, la respuesta puede ser violenta. Podríamos terminar lastimados o arrestados.

Omar, el líder informal, responde con impaciencia:

—Eso es exactamente lo que el sistema quiere. Que tengamos miedo. Que nos autocensuremos. La lucha implica riesgos.

—No hablo de miedo. Hablo de estrategia. ¿Qué ganamos con ocupar SEDENA un día si nos reprimen y perdemos capacidad de organización por meses?

—Ganamos visibilidad. Ganamos que la gente vea que hay resistencia.

—¿O ganamos que nos vean como irresponsables que ponen en riesgo a estudiantes para una foto mediática?

El ambiente se tensa. Mónica interviene antes de que escale:

—Propongo que votemos. Los que estén a favor de la ocupación, los que prefieran otra estrategia.

Se vota. Sara es minoría. Se hará la ocupación.

Después de la asamblea, Omar se acerca a Sara.

—¿Qué te pasa? Antes eras de las más radicales. Ahora pareces asustada.

—No estoy asustada. Estoy pensando.

—A veces pensar demasiado es una forma de parálisis. De complicidad con el sistema.

Sara lo mira directamente.

—¿Estás diciendo que cuestionar las decisiones del colectivo es traición?

—Estoy diciendo que el individualismo burgués es enemigo de la organización colectiva.

Sara siente rabia subir. Pero se contiene. Dice algo que sabe que se arrepentirá:

—Voy a pasar de esta acción.

El silencio que sigue es gélido. No pasar en una acción colectiva es casi como desertar. Es romper el principio básico de solidaridad.

—Está bien —dice Omar con frialdad—. Es tu decisión.

Pero todos saben que no está bien. Que Sara acaba de cruzar una línea.

En noviembre de 2009 Sara no participó en la ocupación de SEDENA. Fue exactamente como predijo: ocuparon las instalaciones durante cuatro horas, la policía los desalojó violentamente, hubo detenidos, golpeados. La cobertura mediática los pintó como irresponsables. El colectivo perdió legitimidad.

Nadie le dice nada directamente a Sara. Pero el trato cambió. Ya no la invitan a todas las reuniones. Ya no consultan sus opiniones. Se convirtió en miembro periférico del colectivo que antes era su familia política.

Daniela, su compañera de departamento, es la única que todavía le habla con honestidad:

—Te marcaron como tibia. Como poco comprometida.

—¿Porque pensé que la estrategia era mala?

—Porque te saliste de la línea. En los movimientos sociales hay poco espacio para disidencia interna.

—¿No ves la ironía? Luchamos contra el autoritarismo del Estado pero reproducimos autoritarismo dentro del movimiento.

Daniela suspira.

—Todos los grupos humanos tienen dinámicas de poder. Los movimientos sociales no son excepciones. Creemos que somos diferentes, pero al final reproducimos las mismas estructuras que criticamos.

Sara siente que algo fundamental se está rompiendo. Su identidad durante tres años fue ser parte del movimiento estudiantil. Ser activista. Ser revolucionaria. Y ahora el movimiento la está expulsando por pensar diferente.

¿Dónde está su libertad individual?

La violencia alcanza 15,273 homicidios relacionados con el narco en 2010. El sexenio de Calderón lleva cuatro años y el país está sangrando. La guerra no se está ganando. Solo está generando más violencia, más corrupción, más terror.

Sara sigue estudiando. Sigue dando clases particulares. Sigue viviendo en la Condesa con sus compañeras, aunque la relación está tensa. Sigue recibiendo los 5,000 pesos mensuales de Roberto, aunque cada depósito le duele un poco más porque ahora entiende mejor la contradicción.

Y sigue viendo a Rodrigo en secreto. Su relación es la única cosa en su vida que se siente genuina, no performativa, pues con él no tiene que fingir ser más radical de lo que es y no tiene que usar jerga revolucionaria. Puede simplemente ser Sara: confundida, contradictoria, tratando de entender un país que se desmorona.

Una noche de diciembre de 2010, después de hacer el amor en un hotel discreto (no pueden ir al departamento de ella ni al cuartel de él), Sara le pregunta:

—¿Tú crees que somos libres?

Rodrigo piensa antes de responder.

—Creo que tenemos pequeñas libertades dentro de estructuras grandes que no controlamos. Yo puedo elegir qué leer, qué pensar, a quién amar. Pero no puedo elegir salirme del ejército sin joder a mi familia. Tú puedes elegir a qué marchas ir, qué denunciar. Pero no puedes elegir no vivir en un país en guerra. Nadie nos preguntó si queríamos esta guerra.

—Entonces no somos libres.

—No del todo. Pero no somos esclavos tampoco. Estamos en medio.

Sara se acurruca contra él.

—Odio estar en medio. Antes todo era más claro. Sabía quién era el enemigo. Sabía qué había que hacer. Ahora solo tengo dudas.

—Tal vez las dudas son el principio de la libertad real —dice Rodrigo—. Dejar de seguir líneas ideológicas ciegamente. Pensar por ti misma. Aunque eso signifique quedarte sin tribu.

Sara no responde. Porque sabe que tiene razón. Pero también sabe que quedarse sin tribu es aterrador. Los humanos necesitan experimentar la pertenencia, como ya dijo Maslow en sus niveles de satisfacción. Y ella está perdiendo su pertenencia.

¿A dónde va alguien que ya no cree completamente en su movimiento pero tampoco puede regresar al mundo burgués que desprecia?

¿A dónde va alguien que descubrió que su libertad era solo cambiar de jaula?

Sara no tiene respuesta. Solo tiene a Rodrigo, que también está atrapado en su propia jaula. Dos personas en medio de una guerra que no pidieron, tratando de encontrar espacios pequeños de libertad dentro de estructuras inmensas que los determinan.

Y Sara empieza a entender, con horror creciente, lo que su padre trató de decirle:

La libertad absoluta no existe. Nunca existió. Solo existe la ilusión de elegir entre opciones limitadas que alguien más determinó.

Y esa comprensión duele más que cualquier traición. Porque significa que Sara no es tan diferente de Roberto como creía.

Que tal vez todos terminan descubriendo la misma verdad amarga.

Que tal vez la libertad es el mito más cruel que nos contamos para seguir adelante.

CAPÍTULO 8

EL AMOR EN TIEMPOS DE GUERRA

2011-2012

Sara enfrenta la paradoja más dolorosa: debe elegir entre su libertad ideológica (pertenecer al movimiento) y su libertad afectiva (amar a quien quiera). Descubre que ambas son mutuamente excluyentes. Y que elegir es perder sin importar qué elijas.

Para 2011 Sara tiene veinticinco años. Lleva un año con Rodrigo y sabe que lo ama...y ahí está el problema, porque en sus adentros sabe que no debería amar a un oficial del Estado Mayor Presidencial, que no debería despertarse cada mañana pensando en él, que no debería sentir que su presencia hace que el mundo tenga sentido en medio del caos.

Pero lo hace. Y eso la está destruyendo.

Vive una doble vida que la agota. En el departamento de la Condesa, es Sara la activista, Sara la crítica del sistema, Sara que sigue participando (aunque marginalmente) en protestas contra la militarización. En los hoteles discretos donde se encuentra con Rodrigo, es Sara simplemente: mujer enamorada, vulnerable, humana.

Sus compañeras de departamento notan algo. Daniela le pregunta una mañana:

—¿Estás viendo a alguien?

Sara casi escupe el café.

—¿Por qué preguntas?

—Porque desapareces. Llegas tarde. Estás... diferente.

—No estoy viendo a nadie serio.

Es mentira. Rodrigo es lo más serio que le ha pasado en su vida. Pero no puede decirlo. ¿Cómo explicarles que está enamorada de alguien que representa exactamente lo que ellas combaten?

En febrero de 2011 la violencia continúa escalando pues ya van más de 60,000 muertos desde que empezó la guerra de Calderón. El país está roto. Hay fosas clandestinas por todos lados. Familias buscando desaparecidos. Periodistas asesinados. México se convirtió en algo irreconocible.

Sara participa en una marcha del Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad, encabezado por el poeta Javier Sicilia cuyo hijo fue asesinado en marzo. La marcha es masiva: decenas de miles exigiendo paz, exigiendo que pare la guerra.

Sara camina entre la multitud con Daniela y Alejandra. Mónica ya no vive con ellas; se fue a Oaxaca a trabajar con comunidades indígenas. El departamento de la Condesa es más vacío ahora.

Durante la marcha, Sara ve familias cargando fotos de sus desaparecidos. Ve madres llorando. Ve jóvenes como ella gritando que no querían esta guerra. Y siente una tristeza abrumadora porque sabe que Rodrigo está del otro lado. Rodrigo forma parte del aparato que, aunque no directamente responsable, sostiene la guerra.

¿Cómo se ama a alguien que es parte del problema?

Esa noche, se encuentra con Rodrigo en el hotel de siempre. Hacen el amor con urgencia, como si trataran de borrar el mundo exterior. Después, acostados en la oscuridad, Sara le cuenta de la marcha.

—Vi a una señora que lleva tres años buscando a su hijo. Veintiún años. Desapareció en un retén militar en Tamaulipas. Nunca lo volvió a ver.

Rodrigo guarda silencio. Finalmente dice:

—Sé lo qué pasa. Sé que hay abusos. No todos somos así, pero sí... pasa. Y no puedo hacer nada para detenerlo.

—¿Por qué no?

—Porque si denuncio, me arrestan y me corren. Y mi familia se queda sin nada. Mi hermana está en la universidad ahora. Yo le pago todo. Mi mamá tiene problemas de salud. El seguro militar la cubre. Si renuncio o me corren, todo eso se acaba.

—Entonces estás atrapado.

—Todos estamos atrapados, Sara. Tú también.

—Yo no estoy atrapada. Yo elegí esto.

—¿En serio? ¿Elegiste enamorarte de mí? ¿Elegiste tener que ocultarme? ¿Elegiste vivir mintiendo a tus amigas?

Sara no responde porque él tenía razón. No eligió nada de esto. Solo pasó. Y ahora vive en una contradicción que la está partiendo en dos.

En marzo de 2012 comienza oficialmente la campaña presidencial. Hay tres candidatos principales: Josefina Vázquez Mota por el PAN, Andrés Manuel López Obrador por el PRD (segunda vez que compite), y Enrique Peña Nieto por el PRI.

El regreso del PRI después de doce años de gobiernos panistas genera resistencia automática en muchos jóvenes. Sara incluida. No vivió el priismo autoritario hegemónico de antes, pero escuchó las historias. Y ve cómo Televisa está construyendo a Peña Nieto como producto mediático: guapo, joven, moderno. Un PRI nuevo que promete ser diferente... y Sara sabe que es mentira. Sara lo sabe. El PRI es el PRI. No importa cuánto maquillaje le pongan.

Para mayo de 2012 Peña Nieto visita la Universidad Iberoamericana para dar una conferencia. Los estudiantes lo confrontan por la represión de Atenco en 2006 cuando él era gobernador del Estado de México. Peña Nieto se defiende torpemente. Televisa y otros medios reportan que los estudiantes eran acarreados por el PRD, que no eran realmente universitarios.

Y entonces sucede algo nuevo, algo que cambiará la forma de hacer política en México: 131 estudiantes de la Ibero suben un video a YouTube mostrando sus credenciales universitarias, demostrando que sí son

estudiantes genuinos, que nadie los acarreó, que su rechazo a Peña Nieto es legítimo.

El video se viraliza. En días, miles de estudiantes de otras universidades suben videos solidarizándose. Se llaman a sí mismos #YoSoy132: el estudiante 132, el que se suma a la causa.

Sara ve el primer video con sus compañeras de departamento. Todas están emocionadas.

—Esto es diferente —dice Daniela—. Esto es movimiento horizontal, sin líderes verticales, usando redes sociales.

—Podemos cambiar las elecciones —dice Alejandra, que regresó de Oaxaca justo para esto—. Podemos evitar que regrese el PRI.

Sara siente la emoción también. Por primera vez en meses, siente esperanza. Tal vez su generación sí puede cambiar algo. Tal vez la tecnología les da herramientas que generaciones anteriores no tuvieron.

Se vuelca al movimiento. Participa en asambleas en la UNAM. Ayuda a organizar marchas. Coordina con estudiantes de otras universidades. El #YoSoy132 no es solo contra Peña Nieto; es contra la manipulación mediática, contra el duopolio televisivo (Televisa y TV Azteca), contra el sistema político corrupto.

Es, piensa Sara, lo más cerca que ha estado de sentirse verdaderamente libre: parte de un movimiento genuino, horizontal, sin las ortodoxias sofocantes de los colectivos tradicionales.

Pero no puede decirle a nadie que está con Rodrigo. Porque Rodrigo custodia Los Pinos. Rodrigo es parte del Estado Mayor Presidencial que protege a Calderón. Y aunque Calderón no es Peña Nieto, sigue siendo parte del sistema que #YoSoy132 combate.

En junio de 2012 las marchas de #YoSoy132 son masivas. Decenas de miles de jóvenes van a las calles. Hay acampadas en universidades. Hay asambleas constantes. Sara casi no duerme. Vive en un estado de activismo permanente.

Rodrigo le manda mensajes preocupados:

"¿Estás bien?" "Hace días que no te veo." "Te extraño."

Sara responde con monosílabos. No tiene energía emocional para él. Está volcada en el movimiento. Y además, cada vez que piensa en Rodrigo, siente culpa. ¿Cómo puede estar con él mientras lucha contra todo lo que él representa?

Una noche, después de una asamblea particularmente intensa, Sara se encuentra con Rodrigo en el hotel. Él la abraza. Ella se derrumba llorando.

—No puedo hacer esto —dice entre sollozos.

—¿Hacer qué?

—Esto. Nosotros. No puedo estar contigo y ser parte del movimiento. Son incompatibles.

Rodrigo la separa para mirarla a los ojos.

—¿Por qué son incompatibles? Yo no soy Peña Nieto. Yo no soy Calderón. Soy yo.

—Pero formas parte del sistema. Tu trabajo es proteger a Calderón. Tu trabajo es sostener el Estado que nosotros estamos tratando de cambiar.

—Mi trabajo es ganar dinero para mantener a mi familia. El Estado que yo sostengo es el que paga mi sueldo. Eso es todo.

—No es solo eso. Nada es solo eso.

Rodrigo se sienta en la cama, derrotado.

—¿Entonces qué? ¿Terminamos?

Sara quiere decir que sí. Sería lo coherente. Lo políticamente correcto. Lo que esperan de ella.

Pero no puede. Porque lo ama. Y el amor, descubre Sara con horror, no respeta coherencias políticas.

—No lo sé —dice finalmente—. No sé nada.

Es julio de 2012, el día de la elección, Sara trabaja como observadora electoral para #YoSoy132. Vigila casillas. Documenta irregularidades. Hay reportes de compra de voto con tarjetas Soriana. Hay confusión en muchas casillas. El sistema electoral mexicano es un desastre.

Esa noche, los resultados preliminares van llegando. Peña Nieto va adelante. López Obrador segundo. Vázquez Mota tercera. #YoSoy132 no pudo evitarlo: el PRI regresa.

Sara está en el departamento de la Condesa con Daniela y Alejandra viendo las noticias. Las tres en silencio. En shock. Después de todo el activismo, todas las marchas, todos los videos virales, toda la esperanza... perdieron.

—No puede ser —murmura Alejandra.

—La gente votó por el PRI —dice Daniela con amargura—. A pesar de todo. Setenta años de dictadura perfecta y la gente vota por ellos otra vez.

—Hubo fraude —dice Sara—. Compra de votos, manipulación mediática, todo irregular.

—Pero también hubo millones que votaron por él genuinamente. Porque les gusta. Porque Televisa los convenció. Porque quieren que el PRI regrese.

Sara siente que algo se rompe. Lucharon tanto. Creyeron tanto. Y no sirvió de nada.

Ellos no querían que el PRI regresara, pero tampoco querían que el PAN siguiera gobernando. Querían creer en las promesas del PRD y su

mesiánico líder, aunque ni siquiera se imaginaban el sinsentido que el futuro daría a esta posibilidad.

Para agosto de 2012. Sara está en un café de la Condesa con Daniela y Alejandra. Necesitan procesar la derrota. Entender qué falló.

—Fuimos demasiado clasemedieros —dice Alejandra—. #YoSoy132 era principalmente estudiantes de universidades privadas y UNAM. No conectamos con la gente que realmente necesita cambio: los pobres, los marginados.

—O tal vez el electoralismo nunca funciona —dice Daniela—. Ya pasó un intento en 2006 y López Obrador perdió. Hubo otro intento ahora y volvió a perder. El sistema está diseñado para que no podamos cambiarlo votando.

Sara escucha pero no participa. Está agotada. Emocionalmente, físicamente, espiritualmente.

Y entonces ve algo que la congela: Rodrigo entrando al café. Con uniforme. Con dos compañeros oficiales.

Sus ojos se cruzan. Rodrigo también la ve. Hay un momento de pánico mutuo.

Las compañeras de Sara notan su expresión. Siguen su mirada. Ven a los tres oficiales.

Rodrigo camina hacia ella. Sara quiere que se detenga. Que se vaya. Pero él sigue avanzando.

—Sara —dice cuando llega a la mesa.

—¿Se conocen? —pregunta Daniela con desconfianza.

Sara sabe que este es el momento. Puede negar. Puede mentir. Puede pretender que solo lo conoce casualmente.

O puede decir la verdad y perder todo.

—Sí —dice finalmente—. Nos conocemos.

Rodrigo capta el tono. Entiende que Sara está a punto de ser honesta. Dice rápido:

—Sara me dio clases particulares de Sociología el año pasado. Solo quería saludar.

Y se va. Con sus compañeros. Deja el café.

Daniela y Alejandra lo miran irse. Luego miran a Sara.

—¿Te dio clases? —pregunta Daniela.

Sara siente las lágrimas venir. No puede sostener la mentira más.

—No. Estoy con él. Llevo casi dos años con él.

El silencio que sigue es peor que cualquier grito.

—¿Estás con un militar? —pregunta Alejandra con voz plana.

—Es oficial del Estado Mayor.

—¿Y lo has ocultado dos años?

—Sabía que no lo entenderían.

Daniela se levanta.

—Tienes razón. No lo entendemos. No entendemos cómo puedes estar en #YoSoy132 protestando contra el sistema mientras coges con alguien que lo protege.

—No es así de simple.

—Sí lo es —dice Alejandra también levantándose—. O estás con nosotras o estás con ellos. Elegiste estar con ellos.

—Elegí amarlo. No tiene nada que ver con política.

—Todo tiene que ver con política —dice Daniela—. Especialmente con quién te acuestas.

Las dos se van del café. Dejan a Sara sola con su taza de café frío.

Sara se queda sentada. No llora. Está más allá de las lágrimas.

Perdió la elección. Perdió el movimiento. Y ahora perdió a sus amigas...si es que alguna vez fueron realmente sus amigas...porque en ese momento se daba cuenta que jamás la habrían podido entender, como un amigo hace con otro amigo.

¿Por qué? Por amor. Por elegir su libertad afectiva sobre su libertad ideológica.

Pero ¿es libertad si al elegir una pierdes la otra?

Sara sale del café. Camina sin rumbo por la Condesa. Las calles que antes eran su hogar ahora se sienten ajenas.

Su celular suena. Es Rodrigo.

—Lo siento. No quería que te descubrieran así.

—No importa cómo me descubrieran. El resultado habría sido el mismo.

—¿Qué vas a hacer?

Sara piensa. ¿Qué va a hacer? Puede regresar al departamento, disculparse con Daniela y Alejandra, terminar con Rodrigo, recuperar su lugar en el movimiento. Puede volver a ser Sara la activista.

O puede aceptar que ama a Rodrigo. Que eso no cambiará. Que no puede elegir a quién amar según coherencia ideológica.

Pero si elige a Rodrigo, pierde su identidad política. Pierde su tribu. Pierde su sentido de propósito.

Y si elige el movimiento, pierde al único hombre que la conoce completamente, que la acepta con todas sus contradicciones, que no le exige pureza ideológica.

—No lo sé —dice finalmente—. Pero creo que ya elegí sin darme cuenta.

—¿Qué elegiste?

—A ti. Te elegí a ti.

Y en ese momento, Sara entiende lo que su padre le trató de decir hace años:

Cuando tienes que elegir entre cosas que necesitas, no hay elección real. Solo hay pérdida.

Y la libertad de elegir es solo otra forma de decir: ¿Qué estás dispuesto a perder?

Sara eligió el amor y con ello eligió automáticamente perder su pertenencia.

Ahora tendrá que aprender a vivir sin su tribu completamente sola...con esa soledad que da haber tenido una libertad de elección terrible y vacía.

CAPÍTULO 9

AYOTZINAPA

2014

Sara experimenta la desilusión total. Comprende que ni el Estado ni los movimientos sociales ofrecen libertad real. Ambos son prisiones diferentes. Y ella está atrapada en el medio, sin casa ideológica, viendo un país que se desmorona mientras trata de encontrar algo en qué creer.

Para entonces Sara tiene veintiocho años. Vive con Rodrigo en un departamento pequeño en la Nápoles con dos habitaciones, cocina integral, balcón con vista a la calle. Pagan 9,000 pesos de renta. Es un espacio neutro: ni Polanco ni la Condesa. Ni burguesía ni bohemia. Justo en medio, como sus vidas.

Rodrigo sigue en el Estado Mayor Presidencial. Custodia Los Pinos ahora bajo el gobierno de Peña Nieto. Odia a Peña, le parece un títere de Televisa, pero necesita el sueldo. Su hermana está por graduarse de Comunicación. Su mamá tuvo una cirugía cara el año pasado. Rodrigo sigue siendo el sostén familiar.

Sara trabaja medio tiempo en una ONG de derechos humanos llamada Red de Defensa y Dignidad. Hace investigación de campo, documenta casos de abuso policial y militar, escribe reportes. Gana 8,000 pesos al mes. Con lo de Rodrigo (12,000 pesos mensuales) sobreviven. No es cómodo pero alcanza.

Ya no habla con Daniela ni con Alejandra. Después de que descubrieron su relación con Rodrigo, el contacto se cortó definitivamente. Sara intentó tímidamente mandarles mensajes, explicarles, reconciliarse. Pero ellas nunca respondieron...y Sara terminó pensando que así fue mejor. Para el movimiento estudiantil, Sara se volvió una traidora. Una que eligió al enemigo.

Roberto sigue depositándole 5,000 pesos mensuales. Sara ya no racionaliza ese dinero como reparación. Lo acepta con vergüenza, sabiendo que lo necesita para pagar las cosas básicas que su sueldo de la ONG no cubre. Es su secreto más patético: activista de derechos humanos que vive parcialmente del dinero de papá.

La relación con Roberto mejoró un poco. No mucho, pero un poco. Se ven cada dos meses para comer. Ya no pelean. Solo hablan de cosas superficiales. Ambos saben que llegaron al mismo lugar por caminos diferentes: comprometidos con sistemas que no les gustan, pero que tienen que aceptar porque necesitan sobrevivir.

En septiembre de 2014 Sara está en la oficina de la ONG cuando Mariana, su jefa, entra con cara de horror.

—Acaba de pasar algo en Ayotzinapa Guerrero. Estudiantes normalistas han desaparecidos. Parece ser que está implicada la policía municipal. No se sabe cuántos.

Sara enciende la computadora. Las primeras noticias están saliendo: grupo de estudiantes de la Normal de Ayotzinapa fueron atacados por policía municipal de Iguala la noche del 26 de septiembre. Hay muertos confirmados. Hay heridos. Y hay estudiantes desaparecidos. No se sabe cuántos exactamente. Las versiones varían: 40, 43, o más.

Sara lee obsesivamente. Actualiza las noticias cada cinco minutos. Los detalles que van saliendo son cada vez más horribles: los normalistas iban a una protesta, la policía los interceptó, los atacó, los subió a patrullas, los entregó a Guerreros Unidos (un cártel local). Nadie sabe dónde están.

—Tenemos que ir —dice Sara a Mariana—. La ONG tiene que documentar esto.

—Ya hablé con el director. Vamos mañana. Tú, Patricio y yo.

Esa noche, Sara llega al departamento. Rodrigo está viendo las noticias. La misma cara de horror.

—¿Ya viste? —pregunta Sara.

—Es una mierda. Una puta mierda completa.

—¿Cómo pasa esto? ¿Cómo la policía entrega estudiantes a un cártel y nadie hace nada?

Rodrigo apaga la televisión.

—Porque en Guerrero el narco y el gobierno son lo mismo. El alcalde de Iguala está con Guerreros Unidos. La policía trabaja para el narco. El Estado se coludió con el crimen organizado.

—Tú eres parte del Estado —dice Sara. No es acusación. Es constatación.

—Yo custodio Los Pinos. No tengo nada que ver con lo que pasa en Guerrero.

—Pero es el mismo Estado. La misma estructura. Peña Nieto es el comandante supremo de las fuerzas armadas. El que tú proteges.

Rodrigo la mira con cansancio.

—¿Vamos a pelear por esto?

Sara niega con la cabeza. Está demasiado cansada para pelear. Demasiado triste.

—No. Solo... no sé cómo procesar esto. Cuarenta y tres estudiantes desaparecidos. Por estudiar. Por protestar. Por existir.

Rodrigo se acerca, la abraza.

—Yo tampoco sé.

Sara viaja a Guerrero con Mariana y Patricio. Entrevistan a familiares de los desaparecidos. Documentan testimonios. Toman fotos. Graban videos.

Las madres de los normalistas son lo más desgarrador que Sara ha visto en su vida. Mujeres pobres, campesinas, indígenas, que mandaron a sus hijos a la Normal de Ayotzinapa porque era la única forma de darles educación y futuro. Y ahora sus hijos no están. No están muertos (oficialmente). No están vivos (nadie los ha visto). Están en ese limbo terrible de los desaparecidos.

Una madre, Hilda, le dice a Sara:

—Yo solo quiero saber dónde está mi hijo. Si está muerto, que me den el cuerpo para enterrarlo. Si está vivo, que me lo devuelvan. Pero esto de no saber es lo peor. Es como morirse todos los días.

Sara escribe todo en su libreta. Pero las palabras no capturan el dolor. Nada lo captura.

Mientras están en Guerrero, el gobierno federal presenta su versión oficial: los policías entregaron a los normalistas a Guerreros Unidos, el cártel los confundió con miembros de un grupo rival, los asesinaron, los quemaron en el basurero de Cocula, tiraron las cenizas en el río San Juan.

Es la "verdad histórica" del gobierno. Nadie la cree. Los peritos independientes dirán después que es imposible quemar 43 cuerpos en ese basurero. El gobierno está mintiendo.

En noviembre de 2014 Sara regresa a la Ciudad de México. Hay marchas masivas. Cientos de miles en las calles exigiendo que aparezcan los normalistas vivos. Exigiendo justicia. Exigiendo la renuncia de Peña Nieto.

Sara va a las marchas. Camina entre la multitud. Grita las consignas: FUE EL ESTADO. VIVOS SE LOS LLEVARON, VIVOS LOS QUEREMOS. AYOTZINAPA SOMOS TODOS.

Pero se siente desconectada. Como si estuviera viendo todo desde afuera. Como si fuera observadora más que participante.

En una de las marchas, Sara ve a sus antiguas compañeras de la UNAM. Daniela y Alejandra están ahí, con pancartas, gritando con furia. Están con Omar y otros del colectivo. Todos muy comprometidos, muy indignados, muy puros en su rabia.

Sara quiere acercarse. Decir algo. No sabe qué. Pero no puede quedarse callada viéndolas.

Camina hacia ellas. Daniela la ve primero. Su expresión se endurece.

—Sara.

—Hola.

Silencio incómodo. Alejandra no la saluda. Omar las mira con curiosidad.

—¿Sigues con el militar? —pregunta Daniela directamente.

—Sí.

—Entonces no tienes nada que hacer aquí.

—Vengo a marchar por Ayotzinapa. Como todos.

—No como todos. Tú te acuestas con alguien que sostiene el gobierno que desapareció a los normalistas.

Sara siente la rabia subir. Rabia contenida de dos años.

—Rodrigo no desapareció a nadie. Él no tiene nada que ver con Guerrero.

—Es parte del mismo Estado. El Estado que desapareció a 43 estudiantes.

—Y tú usas iPhone —responde Sara con más veneno del que pretendía—. Hecho por trabajadores explotados en China. ¿Eso te hace responsable de esa explotación?

—No es lo mismo.

—Claro que es lo mismo. Todos estamos comprometidos con sistemas que causan daño. Todos tenemos contradicciones. La diferencia es que yo admito las mías.

Omar interviene:

—Las contradicciones individuales no importan cuando hay lucha colectiva. O estás con el pueblo o estás contra él.

—¿Y quién decide quién es el pueblo? —pregunta Sara—. ¿Tú? ¿El colectivo? ¿Los que tienen la línea ideológica correcta?

—El pueblo son los oprimidos. Los 43 normalistas. Sus familias. Los que sufren la violencia del Estado.

—Rodrigo también viene del pueblo. Creció en Neza. Su papá era mecánico. Su mamá limpia casas. Entró al ejército porque no tenía opciones. ¿Él no es el pueblo?

—Es un traidor del pueblo —dice Omar con desprecio—. Como tú.

Daniela toca el brazo de Omar.

—Ya. Vámonos.

Se van. Alejandra no voltea. Daniela sí, por un segundo. Sara ve en sus ojos no odio, sino tristeza. Como despedida final.

Sara se queda parada en medio de la marcha. Miles de personas fluyendo a su alrededor. Gritando. Exigiendo justicia. Unidos en indignación.

Y ella completamente sola.

Porque no cree completamente en el movimiento (vio demasiada hipocresía, demasiada ortodoxia, demasiada búsqueda de pureza ideológica imposible).

Pero tampoco puede defender al Estado (Ayotzinapa es indefendible, el Estado mexicano desapareció a 43 estudiantes en complicidad con el crimen organizado).

Está atrapada en medio. Sin casa ideológica. Sin tribu.

Esa noche, Sara regresa al departamento llorando. Rodrigo está esperándola.

—¿Qué pasó?

—Vi a mis ex amigas. Me dijeron traidora. Me dijeron que no tengo derecho a marchar mientras esté contigo.

Rodrigo la abraza mientras solloza.

—Lo siento.

—No es tu culpa.

—Sí lo es. Si no estuvieras conmigo, tendrías tu vida de antes. Tus amigas. Tu movimiento.

Sara se separa para mirarlo.

—No Rodrigo...no quiero mi vida de antes. He visto claramente que esa vida era una mentira. Solo jugaba a ser revolucionaria mientras vivía del dinero de mi papá. Predicaba pureza ideológica mientras dependía del sistema que criticaba. Al menos ahora soy honesta con mis contradicciones.

—¿Pero eres feliz?

La pregunta la desarma porque no lo sabe. ¿Es feliz? Tiene a Rodrigo a quien ama y eso la hace feliz. Tiene trabajo que le importa, y eso la satisface. Tiene un lugar donde vivir que le gusta... pero perdió su identidad política. Perdió su red de apoyo. Perdió su sentido de pertenencia.

—Ya no sé qué es ser feliz —responde finalmente—. Solo sé que esto es real. Tú eres real. Nuestro amor es real. Todo lo demás son performances de identidad.

Rodrigo la besa. Hacen el amor con ternura desesperada. Como si trataran de consolarse mutuamente de un mundo que no tiene sentido.

A finales de 2014, el gobierno sigue sosteniendo su "verdad histórica". Las familias siguen buscando a sus hijos. Las marchas continúan pero van perdiendo fuerza. La indignación se diluye con el tiempo, como siempre.

Sara escribe el reporte de la ONG sobre Ayotzinapa. Documenta las inconsistencias de la versión oficial. Entrevista a peritos independientes. Cita testimonios. Es un trabajo sólido, bien investigado.

Mariana, su jefa, lo revisa.

—Excelente trabajo, Sara. Pero tenemos que suavizar algunas partes.

—¿Qué partes?

—Las acusaciones directas contra el gobierno federal. Podemos decir que hay inconsistencias, pero no podemos afirmar categóricamente que mintieron.

—Pero sí mintieron. Los peritos lo demostraron.

—Lo sé. Pero la ONG recibe financiamiento de fundaciones que tienen relaciones con el gobierno. No podemos ser tan frontales.

Sara siente que algo se rompe dentro de ella... ahora también es presa de límites que no le dan libertad para decir la verdad...o lo que ella cree que es la verdad...su verdad.

—¿Entonces qué hacemos? ¿Escribimos versiones edulcoradas de la verdad para no incomodar a nuestros donantes?

—Escribimos versiones estratégicas. Que nos permitan seguir operando, seguir documentando, seguir ayudando.

—Eso es exactamente lo que le pasó a mi padre. Él también tenía que ser "estratégico". Él también tenía que suavizar las cosas para mantener su puesto.

Mariana la mira con paciencia.

—Todos hacemos compromisos, Sara. O trabajamos dentro del sistema con sus limitaciones, o no trabajamos y nos volvemos parias de una sociedad que tiene que vivir dentro de un marco normativo.

Sara sale de la oficina. Baja las escaleras. Sale al Paseo de la Reforma. Camina sin rumbo.

Y comprende, con una claridad brutal, lo que ha estado evitando durante años:

No hay salida. No hay forma de estar completamente afuera del sistema. No hay pureza ideológica posible. Todos están comprometidos, todos

dependen de estructuras que no controlan, todos hacen concesiones para sobrevivir.

Su padre tenía razón. Daniela y Alejandra están equivocadas al pensar que pueden mantenerse puras. Omar vive en una fantasía de que existe lucha sin contradicciones.

La libertad absoluta no existe. Nunca existió.

Solo existe aprender a vivir con tus compromisos. A elegir qué compromisos puedes tolerar y cuáles no.

Esa noche, Sara se encuentra con su padre. Lo llama ella. Primera vez en años que ella lo busca.

Se ven en un Sanborns de la Condesa. Roberto llega con su traje caro. Sara con jeans y sudadera de la ONG. Dos mundos en una mesa.

—Gracias por venir, papá.

—¿Está todo bien?

Sara toma aire.

—Quiero que sepas que “ya lo entendí”. Ahora entiendo por qué hiciste lo que hiciste. Por qué aceptaste hacer cosas que yo solo interpreté como un “te vendiste”, como yo tercamente te dije muchas veces...

Sara calló y Roberto dejó su taza de café para preguntarle:

—¿Qué pasó?

—Ayotzinapa pasó. Y descubrí que mi ONG también hace concesiones para mantener su financiamiento. Que yo también estoy comprometida con sistemas que no me gustan. Que todos estamos atrapados.

Roberto asiente lentamente.

—¿Y Rodrigo?

Sara se sorprende.

—¿Cómo sabes de Rodrigo?

—Tu mamá me contó. Que estás con alguien del ejército. Que perdiste a tus amigas por eso.

—¿Y qué piensas?

Roberto sonríe con tristeza.

—Pienso que el amor siempre es inconveniente. Que nunca llega en el momento correcto con la persona correcta políticamente. Y que elegir amor sobre ideología es lo más humano que puedes hacer.

Sara siente las lágrimas venir.

—Pero me siento traidora. A mis ideales. A mis amigas. A los 43 normalistas.

—No eres traidora por amar a alguien. Eres humana. Y ser humano es lo que nos hace vivir en contradicción permanente con nosotros mismos y con todos...

Lloran juntos en el Sanborns. Padre e hija. Dos generaciones que creyeron ser libres. Dos generaciones que descubrieron la misma verdad amarga.

La libertad es el mito que nos permite seguir adelante. Pero es solo eso: un mito.

Y ahora tienen que aprender a vivir con esa verdad. Sin ilusiones. Sin esperanzas ingenuas y solo con la pequeña consolación de no estar completamente solos. De tener a alguien que entiende porque también cayó, también se rompió y a pesar de ello sigue adelante de todas formas porque no hay alternativa.

Sara ahora sabe a la perfección que así es la vida cuando finalmente aceptas que nunca fuiste realmente libre. Debes seguir adelante sin el consuelo de las certezas y solo con el amor imperfecto de las personas imperfectas que viven contigo en un mundo roto...

Y tal vez eso es suficiente...o tal vez es lo único que hay.

CAPÍTULO 10

EL ESPEJO

2015

Sara llega a la misma revelación que tuvo su padre: nunca fue libre y solo cambió de jaula. La diferencia es que ella lo descubre a los 29 años, no a los 40. Y que tiene a alguien con quien compartir esa verdad amarga.

Para marzo de 2015 Sara cumple veintinueve años y Rodrigo le prepara una cena en el departamento de la Nápoles. Nada elaborado: pasta con salsa de tomate, ensalada, vino barato. Pero es el gesto lo que importa. El hecho de que alguien la obsequie con esa sencilla cena, sin exigirle pureza ideológica es suficiente.

—¿Eres feliz? —le pregunta nuevamente Rodrigo mientras brindan.

Es la segunda vez que le hace esa pregunta. La primera vez fue hace meses, Sara no supo qué responder. Ahora piensa antes de hablar.

—No soy feliz en el sentido ingenuo. No creo que vaya a cambiar el mundo. No creo que México tenga solución. No creo en revoluciones ni en que el sistema pueda transformarse desde dentro. —Pausa—. Pero estoy contigo. Y eso me da algo parecido a la paz. Así que sí, supongo que soy feliz. De una forma pequeña y humana.

Rodrigo sonrío.

—Yo tampoco soy feliz en el sentido “grande”, pero contigo soy menos infeliz si entiendes lo que quiero decir... y eso es suficiente para mí.

Brindan por eso: por la infelicidad atenuada. Por el amor que no salva pero acompaña. Por la verdad sin ilusiones.

En mayo de 2015 la directora de la ONG “Red de Defensa y Dignidad” convoca a Sara a su oficina. Laura Méndez, cincuenta y cinco años y ha sido activista de derechos humanos desde los ochenta. Ha visto de todo: el terremoto del 85, las reformas neoliberales, la alternancia del 2000, la guerra de Calderón, Ayotzinapa. Es una mujer cansada pero persistente.

—Sara, tenemos una oportunidad. Una plaza de tiempo completo como Coordinadora de Investigación con un salario de 15,000 pesos mensuales con prestaciones de ley, seguro médico y todas esas cosas...

Sara siente alivio inmediato. 15,000 pesos. Casi el doble de lo que gana ahora. Suficiente para que ella y Rodrigo vivan más cómodamente. Suficiente para dejar de depender de los 5,000 mensuales de Roberto.

—¿Qué tengo que hacer?

Laura se recarga en su escritorio.

—El puesto implica más trabajo administrativo. Presentaciones a donantes. Reportes trimestrales. Reuniones con fundaciones. Menos trabajo de campo, más gestión.

—¿Y tendré autonomía para las investigaciones?

—Dentro de los parámetros que establezcan los donantes. Ya sabes cómo es: ellos financian, ellos tienen opinión sobre lo qué investigamos y cómo lo presentamos.

Sara siente algo en el estómago. No es náusea. Es reconocimiento.

—¿Quiénes son los donantes principales?

Laura saca una carpeta.

—Fundación Ford. Open Society. Y tenemos un programa nuevo de “responsabilidad social corporativa” con tres empresas grandes: Coca-Cola México, GELMEX, y Grupo Salinas.

¡GELMEX! La empresa donde trabaja su padre. La empresa que despidió miles de trabajadores durante la crisis del 94. La empresa que Roberto Barraquer diseñó legalmente para maximizar ganancias y minimizar protección laboral.

—¿GELMEX financia la ONG?

—Es un programa piloto. Ellos ponen 500,000 pesos anuales para que documentemos violaciones a derechos humanos... siempre y cuando no sean violaciones cometidas por ellos.

—¿Y aceptamos eso?

Laura suspira y mira a Sara con simpatía franca.

—Sara, llevamos treinta años haciendo este trabajo. He visto a muchas organizaciones morir por purismo ideológico. Rechazaban cualquier dinero que no tuviera esa “limpieza ideológica” que muchas veces pensamos que lo es todo...y ¿Y sabes qué? Ese dinero no existe. Todo el dinero que financia las fundaciones como la nuestra...y todo el dinero que permite que haya grupos disidentes en todos los niveles, incluso el dinero que les permite a los colectivos como en el que me contaste que participabas durante tu vida universitaria... ¡TODO!... viene de algún lugar problemático. Las fundaciones gringas tienen vínculos con el Departamento de Estado. Las empresas con explotación laboral. Los gobiernos con corrupción. El dinero que ganan los padres de esos muchachos de tu colectivo... ¡TODO!... quien piense que existe el “dinero puro” y totalmente limpio...vive una ilusión y entonces las ONGs tendríamos que cerrar.

Sara todavía defendió un poco sus entrañas de convicción y dijo:

—Entonces nos vendemos.

—Nos comprometemos. Que es diferente. Elegimos qué compromisos podemos vivir con ellos y cuáles no. Aceptamos dinero de GELMEX pero no investigamos casos relacionados con GELMEX. Es una línea. Tú decides si la cruzas o no. La libertad de elección siempre será nuestra... Lo aceptamos... o no lo aceptamos.

Sara sale de la oficina aturdida. Camina por Paseo de la Reforma sin rumbo. Es media tarde. La ciudad está atascada de tráfico. El smog es visible. México sigue siendo México: caótica, contaminada, disfuncional, sobreviviente.

Y Sara entiende que está exactamente en el mismo lugar donde estuvo su padre hace veinticinco años. Le están ofreciendo más dinero, más estabilidad, más futuro. A cambio de, decidir racionalmente el compromiso de sus principios. No de traicionarlos completamente. Solo de... negociarlos. De ser estratégica. De aceptar que no hay pureza posible...de matizar sus convicciones.

Esa noche le cuenta a Rodrigo. Están en el balcón fumando. Rodrigo dejó de fumar hace un año pero Sara sigue haciéndolo. Él fuma uno ocasionalmente cuando ella fuma.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Rodrigo.

—No lo sé. Si acepto, me convierto en lo que siempre critiqué. Si no acepto, sigo ganando 8,000 pesos y dependiendo de mi papá para sobrevivir.

—¿Cuál es peor?

Sara piensa y sonríe porque es una buena pregunta.

—Ambas opciones son iguales de patéticas. Solo que una es patética con más dinero.

Rodrigo ríe sin humor.

—Bienvenida a la vida adulta. Donde todas las opciones son malas y solo eliges cuál mala es más tolerable.

—¿Tú qué harías?

—Yo ya lo hice. Me quedé en el ejército sabiendo que sostengo un gobierno corrupto. Porque mi familia necesita comer. Tú haz lo que necesites para estar bien. Nunca te diré lo que yo creo que tienes que hacer porque eso solo lo decides tú misma... siquiera esa libertad si nos debe quedar.

Sara apaga el cigarro.

—Lo voy a aceptar.

—¿Estás segura?

—No... nunca estaré segura tal vez...pero lo voy a hacer de todas formas.

En junio de 2015 Sara acepta la plaza de Coordinadora de Investigación con 15,000 pesos mensuales, prestaciones, seguro médico y “esas cosas” como le dijo Laura.

En su primer día en el nuevo puesto, Laura la sienta para explicarle sus responsabilidades. Una de ellas es presentar el informe trimestral ante los donantes corporativos.

—La primera presentación es en dos semanas. Van a venir representantes de las tres empresas aportantes. Tendrás que mostrarles qué hemos investigado, qué impacto hemos tenido y cómo estamos usando su dinero.

—¿Y si me preguntan por qué no investigamos violaciones laborales en sus empresas?

—Les dices que nuestro enfoque actual es la violencia del Estado, no derechos laborales. Que hay otras organizaciones especializadas en eso. Básicamente, les dices lo que quieren escuchar sin que tengas que mentir. Eso mi querida niña, es madurez conceptual y ejercicio pleno de la libertad...cuando menos de la que podemos gozar.

Sara asiente. Ya aprendió el lenguaje: hay verdad, verdad estratégica, y mentiras piadosas. Todas se mezclan en la gestión de ONGs.

En julio de 2015, el día de la presentación ante donantes, Sara tenía preparada la presentación que tardó una semana en hacer. Tenía gráficas de casos documentados, testimonios (anonimizados), cobertura mediática generada, impacto medible...y todo lo que los aportantes querían escuchar que se hace con su dinero.

Llegó temprano al salón de juntas de la ONG. Un espacio pequeño pero digno. Sillas de plástico, mesa de madera, proyector viejo pero funcional. Café instantáneo en la esquina.

Van llegando los representantes corporativos. Dos mujeres de Coca-Cola México. Un hombre de Grupo Salinas. Y de GELMEX...

Roberto Barraquer entró al salón. Es Director Legal de GELMEX. Cincuenta y seis años. Traje impecable. Portafolio de piel.

Sus ojos se encuentran. Hay un momento de shock mutuo. Ninguno esperaba ver al otro aquí.

—Sara —dice Roberto con voz neutra.

—Papá.

Los otros representantes los miran con curiosidad. Laura interviene rápidamente:

—¿Se conocen?

—Es mi hija —dice Roberto.

—No sabía —dice Laura, incómoda.

—Yo tampoco sabía que GELMEX financiaba esta ONG —dice Sara.

—Es un programa nuevo —explica Roberto—. De responsabilidad social corporativa. La empresa está tratando de mejorar su imagen.

Hay silencio tenso. Finalmente Laura dice:

—¿Hay conflicto de interés? ¿Deberíamos posponer la presentación?

Sara mira a su padre. Roberto la mira de vuelta. Ambos saben lo que está pasando. Ambos están parados en el mismo lugar. Del mismo lado de la línea que juraron no cruzar.

—No hay conflicto —dice Sara—. Hagamos la presentación.

Sara hace su presentación durante cuarenta minutos. Habla de los casos que documentaron. De las víctimas que entrevistaron. Del trabajo que hicieron después de Ayotzinapa. De su compromiso con los derechos humanos.

Y mientras habla, consciente de que su padre está sentado al frente, Sara se da cuenta de algo: está usando exactamente las mismas técnicas que Roberto usó durante años. Está presentando la verdad de forma estratégica. Está omitiendo las partes incómodas. Está vendiendo el producto (su ONG) a los clientes (los donantes corporativos).

Es buena en eso, piensa Roberta cuando la escucha con atención. Resulta que Sara Barraquer tiene talento para gestionar la distancia entre ideales y realidad. Entre lo que se dice y lo que se hace. Entre la performance y la práctica.

Es genéticamente buena para la traición civilizada, si se dice en sus propias palabras que flotan en su pensamiento y que nunca más tienen por qué salir a flote.

Después de la presentación, los donantes hacen preguntas. Están satisfechos. La representante de Coca-Cola pregunta si pueden usar algunas fotos de la presentación para su reporte de sustentabilidad. El de Grupo Salinas quiere saber si pueden publicitar su donación. Roberto no pregunta nada. Solo escucha.

Cuando todos se van, Sara y Roberto se quedan solos en el salón de juntas. Laura salió discretamente.

Roberto habla primero:

—Hiciste una muy buena presentación.

—Aprendí del mejor.

—No sé si eso es cumplido o insulto.

—Ambos.

Roberto sonrío con tristeza.

—Entonces en verdad ¿Ahora entiendes?

Sara asiente.

—Ahora entiendo.

—¿Qué es exactamente lo que entiendes?

—Que no somos libres. Que nunca lo fuimos. Que cada generación cree que será diferente pero las estructuras son más fuertes que las personas. Que todos terminamos haciendo concesiones. Que la diferencia entre venderse y comprometerse es solo semántica.

Roberto se sienta. De repente parece viejo. Cansado. Pero dice desde el fondo de su corazón:

—Yo esperaba que tú pudieras llegar a ser diferente.

—¿Por qué?

—Porque eres más inteligente que yo. Porque viste mis errores. Porque tenías la oportunidad de no repetirlos.

—Pero los repetí.

—Sí.

Sara se sienta junto a él.

—¿Sabes qué es lo peor? Que lo hice conscientemente. No me autoengañé como tú lo hiciste. Yo sabía exactamente qué estaba haciendo. Y lo hice de todas formas. Porque necesito pagar renta. Porque quiero dejar de depender de tu dinero. Porque quiero vivir dignamente con Rodrigo. ¡Vaya! por las mismas razones patéticas que tú tenías y sigues teniendo.

Roberto pone su mano sobre la mano de Sara. Es la primera vez en años que se tocan con ternura.

—No son razones patéticas hija. Son razones humanas. Elegimos sobrevivir. Elegimos cuidar a las personas que amamos. Elegimos tener techo y comida. Eso no es traición. Es simplemente... vida.

—Pero yo te llamé traidor durante años.

—Y siempre has tenido razón. Yo soy un traidor. Pero también soy un padre que eligió libremente serlo para poder darte educación. Soy un

hombre que mantuvo a su familia. Soy alguien que eligió entre opciones malas y tomó la menos mala. No soy héroe. Pero tampoco soy villano. Solo soy... humano.

Sara llora. Roberto llora. Dos generaciones llorando por las mismas cosas: por los ideales perdidos, por las concesiones hechas, por la libertad que nunca existió.

—¿Entonces qué hacemos? —pregunta Sara—. ¿Nos rendimos?

—No. Hacemos lo que podemos dentro de nuestras limitaciones. Yo sigo siendo abogado pero trato de no ser más cruel de lo necesario. Tú seguirás documentando abusos aunque no puedas documentar todos. Hacemos el bien que podemos hacer con las herramientas que tenemos. No es heroico. Pero es algo.

Sara limpia sus lágrimas.

—¿Y la libertad?

—Tal vez la libertad no es lo que creíamos. Tal vez no es ser completamente autónomos. Tal vez es entender las fuerzas que nos condicionan y elegir conscientemente dentro de esos límites. Con honestidad. Sin autoengaño.

—Eso suena a racionalización.

—Probablemente lo es. Pero es la única racionalización que me permite dormir por las noches.

Se quedan sentados en silencio. Padre e hija. Del mismo lado finalmente. No del lado de los héroes ni de los villanos. Solo del lado de los humanos que hacen lo que pueden con lo que tienen.

Afuera del salón de juntas, la ciudad sigue su caos. Los coches tocan el claxon. La gente camina con prisa. El smog cuelga sobre todo como nube gris. México siendo México.

Y Sara piensa en su hijo hipotético. El que algún día tendrá con Rodrigo. El que crecerá en este país roto. El que tal vez, en veinte años, llegará a las mismas conclusiones amargas.

¿Le dirá la verdad desde el principio? ¿O lo dejará descubrirla por sí mismo como ella tuvo que hacerlo?

No lo sabe. Pero al menos no lo juzgará cuando haga sus propias concesiones. Porque ahora entiende que todos las hacen. Absolutamente todos.

La libertad es el mito más cruel que nos contamos, pero seguimos contándolo de todas formas porque sin ese mito, sin esa ilusión, sería imposible levantarse cada mañana... y hay que levantarse para seguir aunque sepas la verdad de que nunca fuiste libre.

Porque al final, eso es lo único que nos queda: seguir adelante con honestidad, con amor imperfecto, con pequeños actos de bondad en un mundo que no tiene solución.

No es mucho pero es suficiente...o al menos es lo único que hay.

Y Sara, finalmente, puede aceptar eso. Puede vivir con esa verdad y está lista para seguir adelante sin las ilusiones que la protegieron durante veintinueve años.

Es doloroso. Es desilusionante. Es amargo...pero es real, y después de años de performance revolucionaria, después de años de fingir pureza ideológica, después de años de juzgar a su padre desde una superioridad moral inexistente...

La realidad es un alivio.

Terrible, pero alivio al fin.

TERCERA PARTE

"DAVID"

2018-2024

CAPÍTULO 11

LA PROMESA Y LA TRAMPA

2018-2019

David no cree en libertad absoluta ni en revoluciones. Cree en soluciones concretas dentro de márgenes posibles. Pero pronto descubrirá que el nuevo régimen no tolera márgenes de maniobra autónomos. Descubrirá que incluso los espacios técnicos, incluso el trabajo profesional, todo debe alinearse con la narrativa del poder.

En julio de 2018 David Barraquer Osorio tiene veintiséis años y acaba de votar por primera vez por un candidato que ganará. Andrés Manuel López Obrador arrasa con treinta millones de votos. Es una victoria histórica, aparentemente indiscutible y abrumadora. México, cansado de doce años de gobiernos panistas y seis de priismo restaurado, apuesta por el cambio radical que ha prometido durante 15 años el macuspano.

David vota por él sin fanatismo. No cree en mesías. No cree que un presidente pueda cambiar el país. Pero piensa, pragmáticamente, que ya era momento de intentar algo diferente. Fox decepcionó. Calderón militarizó. Peña fue un desastre de corrupción. ¿Qué peor podría ser López Obrador? Se pregunta con pragmatismo.

David estudió Arquitectura en el Tec de Monterrey. Su padre, el hermano de Roberto nunca lo perdonó completamente: "¿Por qué no la UNAM?" Pero David quería educación técnica sólida, no ideología. Quería aprender a construir cosas, a resolver problemas espaciales, a mejorar ciudades. No quería pasar cinco años discutiendo teoría crítica en asambleas estudiantiles.

Creció viendo a sus padres destrozarse debatiendo política con la familia. Vio a su prima Sara pasar de activista radical a empleada de ONG que dependía de financiamiento corporativo. Vio a su tío Roberto envejecer con su culpa de haber traicionado ideales juveniles. Aprendió que las grandes causas solo generan grandes desilusiones.

Por eso David eligió ser pragmático. Construir cosas pequeñas que funcionen. Mejorar un parque, diseñar una escuela, hacer que un espacio público sea más habitable. No cambiar el mundo. Solo mejorarlo un metro cuadrado a la vez.

En septiembre de 2018. David consigue trabajo en la Secretaría de Desarrollo Urbano de la Ciudad de México. Claudia Sheinbaum acaba de tomar posesión como jefa de gobierno. Es la primera mujer en el puesto. Viene de MORENA, el partido de AMLO, y en consonancia con él promete transformar la ciudad.

A David le asignan un proyecto: rediseñar un espacio público abandonado en Iztapalapa. Tres hectáreas de terreno baldío usado como tiradero de basura. La tarea es convertirlo en parque comunitario: áreas verdes, juegos infantiles, canchas deportivas, espacios de convivencia.

El presupuesto es ridículo: dos millones de pesos para tres hectáreas. David hace cuentas: alcanza para lo básico si optimiza materiales, negocia con proveedores, diseña inteligentemente. Es un reto técnico interesante.

Su jefe, el arquitecto Germán Salazar, de cincuenta y dos años, tiene treinta en la administración pública y lo recibe el primer día.

—Bienvenido, David. Este proyecto es importante. Iztapalapa es la alcaldía más poblada de la ciudad. Mostrar resultados aquí es prioritario para el gobierno de Claudia.

—Entiendo. Tengo algunas ideas para maximizar el presupuesto.

—Perfecto. Pero antes que nada, necesitas entender el enfoque. Este no es un proyecto técnico nada más. Es un proyecto con la perspectiva y la imagen de la cuarta transformación.

David parpadea.

—¿Perspectiva de cuarta transformación?

—Sí...cuarta Transformación. Todo lo que hacemos debe alinearse con la narrativa del presidente. Primero los pobres. Austeridad republicana. Transformación desde abajo. ¿Entiendes?

—¿Cómo se traduce eso arquitectónicamente?

Germán sonríe con cansancio.

—Ahí está el reto para ti. Pero ya lo irás descubriendo.

En octubre de 2018 David trabaja en el diseño del parque. Hace estudios de suelo, análisis de asoleamiento, propuestas de vegetación nativa que requiera poco mantenimiento. Diseña juegos infantiles con materiales

reciclados. Plantea canchas deportivas multiuso. Crea espacios de sombra con estructuras ligeras de bajo costo.

Es un buen diseño. Funcional, económico, sustentable.

Presenta su propuesta en reunión con Germán y otros directores de la secretaría. Proyecta sus modelos tridimensionales en pantalla. Explica cada decisión técnica. Los costos. Los beneficios. El cronograma de obra.

Germán asiente.

—Está bien el trabajo técnico, David. Pero falta algo.

—¿Qué falta?

—Falta la narrativa. ¿Cómo comunicamos que esto es parte de la transformación? ¿Cómo dejamos claro que este parque es gracias al gobierno de la 4T?

—Pues... ¿con una placa conmemorativa?

Uno de los directores, Fernando Gutiérrez, responde con impaciencia:

—No es solo una placa. Es todo. Los materiales deben ser "austeros pero dignos". El diseño debe ser "funcional sin lujos innecesarios". La vegetación debe ser "del pueblo, para el pueblo". Todo tiene que contar la historia correcta.

David no entiende.

—Pero yo elegí los materiales por criterios técnicos: durabilidad, costo, mantenimiento. ¿Ahora tengo que elegirlos por cómo se ven políticamente?

—Exacto —dice Fernando—. La política es lo primero. La técnica es secundaria.

Germán interviene más suavemente:

—Mira, David, entiendo tu punto. Pero así son las cosas ahora. El presidente ha dejado claro que cada peso público debe comunicar claramente "su" proyecto de transformación. No basta con hacer bien tu trabajo. Tu trabajo debe decir lo que el régimen necesita que diga.

David sale de la reunión confundido. Pensó que estar en el gobierno era resolver problemas técnicos. Diseñar bien. Construir eficientemente. Ahora resulta que cada decisión arquitectónica debe tener significado político predeterminado.

Para noviembre de 2018 David rediseña el proyecto incorporando "la narrativa". Cambia materiales por otros más "austeros" (aunque sean menos durables). Simplifica el diseño hasta hacerlo casi espartano (aunque pierda funcionalidad). Agrega elementos simbólicos que no sirven de nada pero "comunican transformación".

Es un diseño peor que el original. Pero parece políticamente "correcto".

Lo presenta de nuevo. Esta vez todos asienten satisfechos.

—Así está perfecto —dice Fernando—. Ahora sí parece un proyecto de la 4T.

David quiere preguntar qué diferencia hay entre un parque de la 4T y un parque normal, pero se contiene. Ya aprendió que algunas preguntas es mejor no hacerlas.

En diciembre López Obrador toma posesión. La ceremonia es austera, sin los lujos de gobiernos anteriores. AMLO promete transformar a México. Acabar con la corrupción. Gobernar con el pueblo y para el pueblo. Su lema “Primero los pobres” resuena en el Congreso prometiendo una especie de “justicia” para los desposeídos.

David ve la ceremonia en la televisión del departamento que comparte con dos compañeros arquitectos. Los tres recién graduados, los tres trabajando en gobierno.

—¿Ustedes creen que sí va a cambiar algo? —pregunta Andrés, uno de sus compañeros de departamento.

—No sé —responde David—. Pero al menos tiene mayoría en el Congreso. Puede hacer reformas reales si quiere.

—O puede hacer lo que quiera sin contrapesos —dice Daniel, el otro conviviente—Eso también es posible.

Resulta que Daniel tenía razón.

En enero de 2019 David está en su oficina cuando le llega la notificación de una reunión urgente. Todos los arquitectos y urbanistas de la secretaría deben presentarse al auditorio a las 10 AM.

Llegan confundidos. Nadie sabe de qué trata. Germán sube al estrado.

—Tengo un anuncio que hacer. El presidente ha decidido cancelar el Nuevo Aeropuerto Internacional de la ciudad de México.

Silencio atónito. El NAIM llevaba cuatro años en construcción. 30% avanzado. Inversión de miles de millones de dólares. Contratos firmados. Empleos generados.

—¿Por qué? —pregunta alguien.

—Porque el pueblo lo decidió en una consulta.

—¿Qué consulta?

—El presidente organizó una consulta ciudadana. Y aunque participó menos del 2% del padrón electoral, ganó la opción de cancelar el aeropuerto.

David no puede creer lo que escucha. ¿Van a cancelar una obra de esa magnitud basándose en una consulta donde votaron menos de un millón de personas?

—¿Y qué vamos a construir en su lugar? —pregunta otro arquitecto.

—El presidente propone rehabilitar el aeropuerto actual de la Ciudad de México y construir uno nuevo en la base militar de Santa Lucía.

Alguien ríe pensando que es broma. Pero Germán no ríe.

—Es en serio. Ya tomaron la decisión.

Después de la reunión, David habla con sus compañeros. Todos están en shock. La cancelación del NAIM es una franca catástrofe económica. Las indemnizaciones a constructoras costarán más que terminar la obra. El nuevo aeropuerto en Santa Lucía está en una zona inadecuada, y todos lo saben: niebla frecuente, suelo blando, demasiado cerca del aeropuerto actual no compatible con la ingeniería del espacio aéreo.

Pero nadie dice nada públicamente. Porque el mensaje es claro: el presidente decidió. El pueblo (1.2% del padrón) respaldó. Quien critique esa decisión se considera que está contra el pueblo.

En febrero de 2019 el proyecto del parque en Iztapalapa avanza lentamente. Hay retrasos burocráticos absurdos. Firmas que tardan semanas. Aprobaciones que requieren diez niveles jerárquicos. David descubre que la "austeridad republicana" no simplificó la burocracia: solo cambió quién tiene poder para aprobar cosas.

En una junta de seguimiento, David plantea una modificación técnica: cambiar la ubicación de una cancha para aprovechar mejor el espacio y reducir costos.

Fernando rechaza la propuesta inmediatamente.

—Ya aprobamos el proyecto. No podemos cambiarlo.

—Pero esta modificación mejora el diseño y ahorra 100,000 pesos.

—No importa. El presidente dice que la 4T no es de improvisaciones. Que planificamos bien desde el principio y ejecutamos según lo planeado.

—Pero todos los proyectos arquitectónicos requieren ajustes durante la obra. Es normal.

Fernando se inclina hacia adelante con expresión dura.

—David, necesitas entender algo: aquí ya no se trata de hacer bien tu trabajo. Se trata de que tu trabajo diga lo que el régimen necesita que diga. Y lo que necesita decir es que la 4T planifica perfectamente y ejecuta sin errores. El tener que admitir que necesitamos modificar, es admitir que planeamos mal. Y eso no lo vamos a hacer.

David sale de la junta sintiendo algo nuevo: no es frustración técnica. Es miedo. Miedo de estar en un sistema donde la realidad debe ajustarse a la narrativa política, no al revés.

En marzo de 2019 David está en la cafetería de la secretaría con Mariana, una urbanista de treinta y cinco años que lleva diez en el gobierno.

—¿Siempre fue así? —pregunta David.

—¿Qué cosa?

—Esto de que todo tenga que alinearse políticamente. Que no puedas hacer cambios técnicos porque contradice la narrativa.

Mariana piensa antes de responder.

—Siempre ha habido influencia del componente político en el trabajo de gobierno. Obviamente. Pero siempre había habido espacio para el criterio técnico. Había respeto por la expertise y se valoraban opciones. Ahora es diferente. Ahora todo es político. Y cualquier desviación de la línea se interpreta como traición. El presidente ha afirmado que prefiere 90% de lealtad a él y su proyecto, aunque solo haya un 10% de capacidad en sus colaboradores.

—¿Tú votaste por AMLO?

—Sí. Estaba cansada de la corrupción del PRI y del PAN. Creí que AMLO haría las cosas diferente. —Pausa—. Y si las está haciendo diferentes. Pero no de la forma que yo esperaba.

—¿Qué esperabas?

—Esperaba menos corrupción, más honestidad, mejor gobierno. Lo que estoy viendo es concentración de poder, intolerancia a la crítica, culto a la personalidad del presidente. Es como un PRI invertido: misma concentración presidencial de poder, pero justificada con retórica de izquierda en lugar de revolución institucional.

David baja la voz.

—¿No te da miedo decir eso?

—Me aterroriza. Por eso solo lo digo contigo y con muy pocos. Aquí ya se está instalando el miedo. No como en el PRI viejo donde todos sabían que vivían en una dictadura blanda. Aquí es peor: es el miedo de estar en un régimen que se dice democrático pero que en la práctica no tolera disidencia cayendo en un autoritarismo extremo...y lo peor aún... con disfraz de libertad.

En abril de 2019 David empieza a notar el lenguaje omnipresente: "o estás con la 4T o estás con la mafia del poder". No hay matices. No hay grises. O apoyas todo o eres enemigo... Un sentimiento de polarización empieza a cundir en todos los espacios mediáticos, en toda la estructura de gobierno y en toda la población en general.

Quién no está con la 4T, es porque está a favor del conservadurismo y se convierte automáticamente en enemigo del Estado.

Ve con pavor cómo empiezan a dismantelar instituciones autónomas. AMLO ataca constantemente al INE, acusándolo de antidemocrático. Ataca al Poder Judicial, llamándolos cómplices de corrupción. Ataca a organismos de transparencia, diciendo que son nidos de privilegios.

Y cada mañana, las conferencias presidenciales: tres horas de AMLO respondiendo preguntas cómodas de periodistas que fueron escogidos a modo, y que aprovecha para atacar sistemáticamente a las voces

críticas, exhibiendo adversarios, construyendo narrativa de que él representa al pueblo y que todos los demás son traidores.

David ve fragmentos en YouTube. Le fascinan por su eficiencia creciente y le horrorizan al mismo tiempo, por su perversidad. Es un mecanismo de control perfecto: el presidente habla directamente al pueblo cada día, sin intermediarios, construyendo una realidad paralela donde él siempre tiene razón y sus críticos siempre mienten.

Ve con interés como se empiezan a documentar las mentiras del presidente por parte de alguna empresa seria de marketing, y ve con horror que se dicen más de 100 mentiras diarias, y con más horror porque nadie parece querer...o poder... desmentir sin caer en el bote de traidores a la patria que el ejecutivo ha puesto en su púlpito para estigmatizar a quienes disienten de su enfoque corto y francamente estúpido.

En mayo de 2019. El proyecto del parque está por iniciar su construcción. David debe hacer la presentación final ante los vecinos de Iztapalapa. Preparó su presentación técnica: planos, imágenes tridimensionales, cronograma de obra, beneficios del parque.

Germán revisa su presentación y niega con la cabeza.

—Falta algo, David.

—¿Qué falta?

—Necesito que en tu presentación digas que esto es gracias a la visión del presidente López Obrador.

David parpadea.

—Pero... el presidente no tiene nada que ver con el diseño. El presupuesto venía desde el gobierno anterior. Yo diseñé el parque basándome en criterios técnicos.

—Especialmente si técnicamente no es cierto, necesitas decirlo.

—¿Me estás pidiendo que mienta?

Germán suspira. Se ve cansado. Derrotado.

—Te estoy pidiendo que sobrevivas. Que mantengas tu trabajo. Que entiendas cómo funcionan las cosas ahora. El presidente quiere crédito por todo lo bueno. Si no se lo das voluntariamente, te lo quitan y además te exhiben como traidor. Así que sí, David... tienes que decir que el parque es gracias a la visión de AMLO, aunque no sea cierto. Di que la 4T está transformando Iztapalapa. Di lo que te piden que digas. O búscate otro trabajo.

David se queda solo en su cubículo. Mira la presentación en su computadora. Parque de tres hectáreas en Iztapalapa. Diseño funcional. Presupuesto optimizado. Trabajo honesto...y ni siquiera tiene la libertad de decir la verdad acerca de algo que no debiera tener que ver con la política, teniendo que mentir sobre él. Tiene que atribuirle mérito a

quien no lo tiene. Tiene que convertir un trabajo técnico en propaganda política.

¿Esto es por lo que votó en julio? ¿Un régimen donde incluso construir un parque requiere mentir sobre quién lo diseñó?

David piensa en su tío Roberto, que se vendió al sistema corporativo traicionando trabajadores. Piensa en su prima Sara, que terminó trabajando para una ONG financiada por las empresas que criticaba.

Y ahora él, David Barraquer Osorio, arquitecto pragmático que solo quería construir cosas pequeñas que funcionaran, descubre que el nuevo régimen no tolera espacios autónomos. Que incluso el trabajo técnico, incluso la arquitectura, todo debe alinearse con la narrativa del poder.

Que la libertad de hacer bien tu trabajo ya no existe.

Que cambiaron de jaula pero siguen enjaulados.

Y que tal vez esta jaula es peor que las anteriores, porque al menos en las anteriores sabías que estabas preso y en esta te dicen que eres libre sonriéndote mientras te encadenan con grilletes más lesivos porque te quieren convencer de que obedecer es liberarte. Que pretende enseñarte a fingir que tiene alas cuando estás más enjaulado que nunca.

David modifica su presentación agregando una diapositiva que dice: "Gracias a la visión del presidente López Obrador y a la 4T, Iztapalapa se transforma".

Guarda el archivo y siente que algo empieza a romperse dentro de él... siente una gran desilusión por haber dado su voto a un régimen que es peor que los anteriores y eso, lamenta reconocerlo, es el principio de un miedo como no había conocido antes.

CAPÍTULO 12

LA MILITARIZACIÓN DEL ESPACIO

2019-2020

David descubre que hay una diferencia brutal entre límites creativos (regulaciones técnicas, presupuestos, necesidades comunitarias) y límites autoritarios (imposiciones políticas que anulan el criterio profesional y la participación real). Los primeros posibilitan el trabajo. Los segundos lo destruyen.

En junio de 2019 David convoca a la primera asamblea vecinal para el proyecto del parque. Es un requisito legal: toda obra pública debe consultar a la comunidad afectada. David preparó la reunión cuidadosamente: presentará opciones de diseño, preguntará prioridades, escuchará necesidades específicas. Así debe funcionar la participación ciudadana.

Llega al salón comunitario de Iztapalapa un sábado por la mañana. Esperaba encontrar vecinos pero lo que encuentra son "representantes comunitarios del Partido" enviados por la alcaldía. Son quince personas con playeras de MORENA, credenciales de "comités de participación ciudadana", celulares idénticos (probablemente proporcionados por el partido).

Germán, su jefe, llega con ellos. Le advierte en voz baja:

—Estos son los voceros de la comunidad. Ellos hablarán por los vecinos.

—¿Y los vecinos reales?

—Están invitados. Pueden venir. Pero los voceros coordinan la participación.

David comienza la presentación. Proyecta imágenes del parque. Explica opciones. Pregunta qué necesitan.

Uno de los "representantes", Héctor, treinta y tantos años, líder local de MORENA, toma el micrófono sin que nadie se lo ofrezca:

—Compañeros, este parque es un logro histórico de la cuarta transformación. Gracias al presidente López Obrador, Iztapalapa tendrá espacios dignos que el neoliberalismo nos negó durante décadas.

David intenta interrumpir:

—Sí, pero necesito saber qué actividades...

Héctor continúa ignorándolo:

—Lo que necesitamos es que el parque refleje los valores de la 4T. Primero los pobres. Austeridad republicana. Espacios para el pueblo bueno.

Una señora mayor al fondo levanta la mano tímidamente. No trae playera de MORENA. Es vecina real. David le da la palabra rápidamente:

—Disculpe, joven, yo quería preguntar si puede haber espacios para personas mayores. Aquí somos muchos adultos mayores y no tenemos dónde sentarnos.

Héctor la interrumpe:

—Ya tendrás tu espacio, doña. Primero dejemos que el arquitecto nos explique la visión de la transformación.

La señora se calla. David nota su expresión: humillación, miedo de haberse atrevido a hablar.

David intenta rescatar la pregunta:

—Es excelente punto. Puedo incluir más bancas accesibles, con respaldos altos, sombra...

Héctor vuelve a interrumpir:

—Lo que necesitamos es que quede claro que esto es gracias al gobierno de MORENA. Tendrás que poner letreros grandes para que se sepa quién hizo esto.

Así transcurre la "asamblea": los representantes de MORENA monopolizando la palabra, dictando qué debe incluir el proyecto (principalmente elementos de propaganda), ignorando o callando a vecinos genuinos que tienen necesidades reales.

David sale frustrado. Germán lo intercepta en el estacionamiento:

—¿Viste? Así funciona ahora la participación ciudadana.

—Eso no es participación. Es un vergonzoso simulacro.

—Es la participación que el régimen permite. Aprende a trabajar con ella o renuncia...tienes libertad de escoger.

En julio de 2019 David hace recorridos independientes por la zona. Habla con vecinos que no fueron a la asamblea o que fueron callados. Descubre necesidades reales: comerciantes informales necesitan espacios dignos para sus puestos, madres solteras necesitan áreas infantiles seguras con buena visibilidad, jóvenes necesitan canchas deportivas, adultos mayores necesitan circuitos de caminata accesibles.

Diseña el parque incorporando estas necesidades. Es un buen diseño. Funcional. Responde a usuarios reales.

Presenta su propuesta en reunión interna. Germán la rechaza inmediatamente:

—No cuenta la historia correcta.

—¿Qué historia?

—La historia de que rescatamos un espacio que el neoliberalismo abandonó. Tu diseño se ve... normal. Necesitamos que se vea que priorizamos a los más vulnerables.

—Pero...es que Sí estoy priorizando a los más vulnerables. Por eso incluyo áreas accesibles, espacios para comercio informal, zonas seguras...

—No se NOTA que priorizas. Tiene que ser obvio. Exagerado. Performático.

Fernando interviene:

—Pon más elementos simbólicos. Una escultura que diga "Primero los pobres". Murales con consignas de la 4T. Letreros explicando que antes esto era un basurero neoliberal.

—Pero eso es propaganda, no arquitectura.

—Exacto. Queremos propaganda que se vea como arquitectura.

David ajusta el diseño. Lo empeora técnicamente pero lo mejora propagandísticamente. Es un ejercicio de cinismo profesional que lo enferma.

Para agosto de 2019 AMLO anuncia la creación de la Guardia Nacional. Es militarización disfrazada de seguridad pública. Toma elementos del Ejército y la Marina, les da funciones policiales, los despliega permanentemente en las calles.

David ve tropas llegando a Iztapalapa en camiones militares con uniformes y armas largas. Los despliegan en esquinas, en mercados, en parques.

—Es para proteger al pueblo —dice la narrativa oficial.

Pero los vecinos le confiesan otra cosa cuando habla con ellos:

Doña Esperanza, la señora que preguntó por las bancas le dice: "Me da miedo verlos armados así. Antes teníamos policías, que también daban miedo pero eran policías. Ahora son soldados. ¿Por qué soldados?"

Don Julio, comerciante de tortas opina: "No sé si están para protegernos o para vigilarnos. Todo el tiempo me siento observado."

Mariana, madre soltera afirma: "Mi hijo de trece años les tiene pavor. Se pone nervioso cuando pasa cerca de ellos. No es normal que un niño crezca así."

David documenta estas conversaciones mentalmente. Pero no puede incluirlas en ningún reporte oficial. Porque la narrativa es clara: la Guardia Nacional protege al pueblo. Punto. No hay matices.

En septiembre de 2019 David regresa a otra reunión comunitaria. Esta vez hay más vecinos reales. Y hay mucha tensión.

Un líder comunitario, Don Raúl de sesenta y dos años y con treinta años viviendo en la colonia, se atreve a criticar la gestión de la alcaldesa:

—El parque está bien, pero necesitamos que también arreglen el drenaje. Llevamos años pidiéndolo. Cada temporada de lluvias se inunda todo.

Héctor, el representante de MORENA, responde agresivamente:

—¿Estás criticando al gobierno de la transformación?

—Estoy pidiendo que arreglen el drenaje. Es una necesidad básica.

—El presidente está transformando el país. Pero necesitamos tiempo. Los conservadores dejaron todo destruido.

—Llevo treinta años aquí. El drenaje ha estado mal con todos los gobiernos. No importa que sean del PRI, PAN, PRD, y ahora MORENA. Todos prometen y nadie cumple.

—¡Eres un malinchista. Un vendido a la oposición!

Don Raúl se levanta indignado. Está a punto de responder cuando dos de los "representantes" se paran amenazantes. Don Raúl se va de la reunión.

David queda helado. Acaba de presenciar cómo el régimen maneja la disidencia: intimidación pública, acusación de traición, amenaza implícita de violencia.

Días después, Don Raúl recibe amenazas en su celular. Mensajes anónimos diciéndole que "los traidores al pueblo pagan caro". Deja de asistir a reuniones comunitarias.

En octubre de 2019 David está en su cubículo cuando Mariana, la urbanista que votó por AMLO, se sienta junto a él con expresión de pánico.

—Me van a correr.

—¿Por qué?

—Porque critiqué el Tren Maya en mi Facebook. Dije que estaba destruyendo selva y desplazando comunidades indígenas. Alguien capturó una pantalla y la mandó a Recursos Humanos. Me citaron mañana.

—¿Vas a ir?

—Tengo que ir. Pero voy a tener que retractarme públicamente o me despiden.

—Eso es censura directa.

—Es peor que censura. Es terror. Porque no es el gobierno quien me censura oficialmente. Son "ciudadanos comprometidos con la transformación" quienes me señalan. Y el gobierno solo "responde a la voluntad del pueblo".

Al día siguiente, Mariana se retracta en reunión de personal. Dice que estaba mal informada, que el Tren Maya es un proyecto noble, que ella apoya la transformación. Lo dice con lágrimas en los ojos. Todos saben que es mentira. Pero todos aplauden.

Ese es el mecanismo perfecto de control: no necesitas reprimir directamente. Solo necesitas que todos sepan que disentir tiene consecuencias. Y que las consecuencias vienen disfrazadas de "justicia popular".

Para diciembre de 2019 David presenta su diseño final del parque basado en consultas reales que hizo con vecinos. Incluye soluciones técnicas sólidas para sus necesidades genuinas.

Germán lo rechaza:

—Esto no cuenta la historia correcta. Necesitamos que se vea que rescatamos un espacio que el neoliberalismo abandonó.

—Pero técnicamente esta solución es mejor para los usuarios.

—Los usuarios aceptarán lo que les demos y van a estar agradecidos.

—Pero que no ¿Por eso les estamos preguntando qué necesitan?

—Les preguntamos lo que el formato de participación ciudadana requiere que preguntemos. Luego hacemos lo que el partido necesita que hagamos. Así funciona. Ajusta el diseño.

David ajusta. Incluye elementos propagandísticos que no sirven al diseño arquitectónico pero que "cuentan la historia correcta": murales con consignas, letrero gigante "Gobierno de la 4T", escultura alegórica de "Primero los pobres" (que bloquea la circulación pero "comunica el mensaje").

Es un parque peor que el que diseñó originalmente. Pero es un parque políticamente correcto...y entonces David empieza a comprender la diferencia brutal entre dos tipos de límites:

Límites creativos (los que siempre ha aceptado como arquitecto): presupuesto limitado que te obliga a ser ingenioso, regulaciones técnicas que protegen seguridad estructural, necesidades comunitarias que determinan el programa arquitectónico, clima y contexto que condicionan materiales. Estos límites no anulan tu libertad profesional. La enmarcan. Te obligan a ser creativo dentro de márgenes posibles. Son las reglas del juego que hacen posible el juego.

Límites autoritarios (los que está enfrentando ahora): imposiciones políticas que anulan criterio profesional, participación ciudadana simulada que ya tiene resultados predeterminados, narrativa obligatoria que sustituye soluciones técnicas, miedo a disentir que paraliza el trabajo honesto. Estos límites no enmarcan la libertad. La destruyen. No te obligan a ser creativo. Te obligan a ser propagandista.

A inicios de 2020 David está en junta de obra cuando su celular vibra. Mensaje de su prima Sara: "Prende las noticias. Hay algo preocupante en China. Un virus muy agresivo que está enfermando a miles."

David ignora el mensaje. Está ocupado explicando por qué cierta estructura no funcionará como la diseñaron.

Fernando lo interrumpe con irritación:

—¿Quién te crees para contradecir la política presidencial? Aquí se hace lo que el presidente ordena, punto.

David guarda silencio. Ha aprendido que disentir no sirve de nada y solo te marca como traidor.

Esa noche llama a su prima y le dice.

—Sara, ya no puedo más. Trabajo para un régimen que es peor que el PRI que combatió tu papá. Peor que el PAN neoliberal contra el que tú luchaste.

Sara responde con voz cansada:

—Lo sé, carnal. Pero renunciar tampoco soluciona nada. Necesitas comer. Pagar renta. El régimen gana si te vas, porque entonces ponen a alguien que aceptará todo lo que le pidan sin que tenga tus dudas.

—Entonces ¿qué hago?

—Lo único que siempre hemos podido... Construye el parque lo mejor que puedas dentro de las condiciones que te imponen. Y espera a que esto termine.

—¿Y si no termina?

Sara no responde. Porque ambos saben la respuesta: tal vez no termine pronto. Tal vez este sea el nuevo México que durará mucho tiempo. Tal vez sea un autoritarismo disfrazado de transformación. Una militarización disfrazada de seguridad. Una censura disfrazada de voluntad popular...pero como todo...alguna vez tendrá que acabar.

El mensaje que David ignoró sobre el virus en China resulta ser el principio de algo que cambiará todo. La pandemia llega a México. Y el régimen, que ya era autoritario, encontrará en la emergencia sanitaria la excusa perfecta para profundizar su control.

Pero eso David todavía no lo sabía.

Está en su departamento de la Portales esa última noche antes del confinamiento, mirando los planos del parque de Iztapalapa extendidos sobre su mesa.

Es un buen parque. No perfecto. No el que hubiera diseñado con total libertad. Pero dentro de los límites autoritarios que le impusieron, hizo lo mejor que pudo.

¿Es suficiente? No lo sabe.

¿Vale la pena construir espacios públicos bajo un régimen que convierte todo en propaganda? Tampoco lo sabe.

Solo sabe que mañana el país entrará en confinamiento. Que el proyecto se suspenderá. Que cuando termine la pandemia (si es que termina), el régimen habrá consolidado aún más su poder.

Y que él, David Barraquer Osorio, arquitecto pragmático que solo quería construir cosas pequeñas que funcionaran, está atrapado en un sistema que no tolera ni lo pequeño ni lo funcional.

Solo tolera lo grande, lo propagandístico, lo que sirve al poder, y eso comprende David con amargura, no es arquitectura, es militarización del espacio, es ocupación del territorio, es la conversión de cada metro cuadrado público en territorio del régimen.

Y la libertad, esa libertad de diseñar con criterio profesional basándote en necesidades reales de usuarios reales, ya no existe porque fue sustituida por una obediencia disfrazada de participación. Por un simulacro disfrazado de democracia. Por propaganda disfrazada de transformación.

David apaga la luz de su departamento.

Mañana comienza el confinamiento.

Y con él, el autoritarismo desnudo.

CAPÍTULO 13

LA PANDEMIA Y EL AUTORITARISMO DESNUDO

2020-2021

David vive la paradoja suprema del autoritarismo: un gobierno que dice defender la libertad del pueblo mientras niega la ciencia, desmantela instituciones de salud, y convierte una emergencia sanitaria en oportunidad para concentrar más poder. Descubre que no hay contradicción peor que la de un régimen que te mata mientras te dice que te protege.

En marzo de 2020 David lleva una semana en confinamiento en su departamento de la Portales. Dos habitaciones que comparte con sus dos convivientes arquitectos. Ahora los tres están ahí todo el día. Trabajando desde casa. O intentándolo.

La televisión está encendida permanentemente. Imágenes de Italia: hospitales colapsados, féretros en camiones militares, médicos llorando de agotamiento. Imágenes de España: morgues saturadas. De Nueva York: fosas comunes en Hart Island.

El mundo está enfrentando una pandemia devastadora. Y México tiene un presidente que sale en su conferencia matutina mostrando estampitas religiosas.

David ve la mañanera del 18 de marzo. AMLO saca de su cartera dos estampas: el Detente (una oración protectora católica) y la estampa del Sagrado Corazón.

—Tengo mis protecciones —dice el presidente—. No van a poder con nosotros. Tenemos un escudo protector.

David no puede creer lo que ve. Mientras países del mundo entran en emergencia sanitaria, cierran fronteras, movilizan hospitales, el presidente de México está hablando de amuletos religiosos.

Andrés, su amigo, ríe con nerviosismo:

—Tiene que ser broma. Tiene que estar siendo irónico.

Pero no es broma. AMLO de verdad parece creer que sus estampitas protegen. O peor aún: sabe que no protegen pero le sirven para proyectar el misticismo conveniente ante sus bases ignorantes y prejuiciosas.

En abril de 2020 el confinamiento se extiende. David intenta trabajar en el diseño del parque desde su casa. Piensa en espacios post pandemia: más ventilación natural, menos superficies de contacto, áreas abiertas que permitan el distanciamiento.

Le manda propuestas a Germán por email. La respuesta llega dos días después:

"David, el presidente dice que la pandemia está controlada. Que México está respondiendo mejor que otros países. Habla como si no hubiera pasado nada y que no debemos tener miedo para no crear pánico innecesario...así que diseña como si nada hubiera pasado."

David lee el email tres veces. ¿Diseñar como si no hubiera pasado nada? ¿Mientras Italia tiene mil muertos diarios? ¿Mientras Nueva York construye hospitales de campaña en Central Park?

Responde: "Pero arquitectónicamente tiene sentido pensar en mejor ventilación, espacios más higiénicos..."

La respuesta de Germán es inmediata: "La indicación viene de arriba. No insistas."

En mayo de 2020 AMLO se niega a usar cubrebocas. En cada mañanera aparece sin él. Mientras sus voceros recomiendan usarlo, él ostentosamente no lo hace. El mensaje es claro: el presidente está por encima de las recomendaciones científicas.

David ve una mañanera donde le preguntan por qué no usa cubrebocas.

—Los expertos dicen que no es necesario si guardas sana distancia — responde AMLO.

Pero los expertos reales, los de la OMS, los del sector salud mundial, dicen exactamente lo contrario. El cubrebocas es fundamental.

Daniel, el otro compañero de David, médico que quiso hacer la carrera de arquitectura para especializarse en diseño hospitalario, está furioso:

—Está mintiendo directamente. Los expertos no dicen eso. Está poniendo en riesgo a millones de personas con su puta soberbia.

En junio de 2020 López-Gatell, el subsecretario de salud que se convirtió en vocero de la pandemia, da conferencias diarias. Al principio parecía un técnico muy profesional y responsable. Pero conforme pasan las semanas, David nota algo: las cifras no cuadran.

El gobierno reporta 12,000 muertos. Pero los medios independientes, organizaciones civiles, están documentando un exceso de mortalidad mucho mayor. Hablan de 60,000, 80,000 muertos reales.

David empieza a seguir el trabajo de la Red de Defensa y Dignidad, la ONG donde trabaja su prima Sara. Están documentando el subregistro. Entrevistando familias de muertos no contabilizados. Mostrando actas de defunción que no coinciden con cifras oficiales.

Y el gobierno los ataca. En una mañanera, AMLO los llama "conservadores disfrazados de defensores de derechos humanos". Dice que están "haciendo el juego a la oposición". Que "quieren crear pánico para desestabilizar".

Sara llama a David esa noche, furiosa y asustada:

—Nos exhibió. Nos puso nombre. Ahora sus seguidores nos están amenazando en redes. Dicen que somos traidores. Que merecemos morir.

—¿Van a denunciar?

—¿A quién? ¿Al gobierno que nos está atacando?

En julio de 2020. Roberto, el tío de David, se enferma. Diabetes mal controlada. Necesita insulina urgentemente. Pero los hospitales públicos están colapsados. No por COVID principalmente, sino porque el gobierno desapareció el Seguro Popular en enero de 2020.

Justo cuando más se necesitaba un sistema de salud funcional, el régimen lo dismanteló. Lo sustituyó con el INSABI (Instituto de Salud para el Bienestar) que no funciona y nadie sabe para qué sirve. Los hospitales no tienen medicamentos. No tienen personal. No tienen presupuesto.

La mamá de Daniel lo llama desesperada:

—Hijo tu papá necesita insulina. En el hospital público no hay. Me dicen que lo compre en una farmacia privada pero cuesta 2,000 pesos la dosis y no tengo ese dinero.

—Yo tampoco tengo mamá...— le dice Daniel

—Tu padre ya vendió lo que pudo. Juntamos para dos dosis. Pero necesita tratamiento continuo.

David ve como Daniel siente una impotencia absoluta. Su padre de setenta y un años, puede morir no por su enfermedad sino porque el gobierno destruyó el sistema de salud en nombre de "la transformación".

Finalmente David le ayuda y consiguen insulina a través de una red solidaria de pacientes diabéticos. Pero el enfermo pasa semanas al borde de una crisis diabética. Adelgaza veinte kilos. Casi no sale de esa.

Cuando se recupera mínimamente, la madre de Daniel le dice por teléfono:

—Este régimen nos va a matar. No el virus. El régimen. Destruyeron hospitales. Desaparecieron medicamentos. Y mientras tanto construyen refinerías y trenes. Obras faraónicas mientras la gente se muere por falta de insulina.

En agosto de 2020. México rebasa los 60,000 muertos oficiales. Pero todos saben que la cifra real es mucho mayor. El exceso de mortalidad documentado por organismos independientes habla de más de 150,000 muertos.

David ve una mañanera donde AMLO dice:

—Vamos bien. México está manejando la pandemia mejor que otros países.

David está solo en su cuarto. Y llora. Lloro de impotencia. Porque las morgues de Iztapalapa, donde construirá su parque, están saturadas. Porque los vecinos de la colonia donde diseña esos espacios públicos están muriendo por miles. Porque el padre de su amigo casi muere. Porque su madre está siendo amenazada por documentar la verdad.

Y el presidente dice: "Vamos bien".

Llama a Sara:

—Mamá, ¿cómo pudimos votar por esto?

Sara tarda en responder. Su voz suena rota:

—Porque creímos que el "cambio" que ofreció significaría mejorar, pero ahora vemos que su significado era volver al autoritarismo pero acrecentado y cínico. Creímos que "transformación" era construir algo mejor. No destruir lo poco que funcionaba.

En septiembre de 2020 David recibe email de la Secretaría de Desarrollo Urbano: "Reinicio de actividades. Regresar a oficinas septiembre 14."

Los contagios siguen altísimos. Los hospitales siguen colapsados. Pero el gobierno necesita que la economía funcione, que las obras continúen, que la narrativa de "todo está controlado" se sostenga.

David regresa a la oficina con miedo. El transporte público va lleno. Nadie respeta distancia. Muchos sin cubrebocas. Es un riesgo masivo.

En la oficina implementan "protocolos sanitarios": gel antibacterial en la entrada, toma de temperatura, sana distancia entre escritorios. Pero son medidas para aparentar. Para poder decir que cumplieron.

Germán convoca a reunión de reinicio de proyectos. Están todos con cubrebocas (menos Fernando, que dice que "solo los miedosos usan cubrebocas").

—El proyecto del parque se retoma. Presupuesto aprobado para 2021. La construcción inicia en marzo.

David pregunta:

—¿Vamos a modificar el diseño considerando la pandemia? Espacios más abiertos, mejor ventilación, elementos higiénicos...

Fernando lo interrumpe:

—El presidente dice que la pandemia está controlada. Así que el diseño debe estar como siempre... como si no hubiera pasado nada.

—Pero no está controlada. México tiene una de las tasas de mortalidad más altas del mundo.

—Esa es propaganda de la oposición. Los datos oficiales dicen otra cosa.

David guarda silencio. Ha aprendido que argumentar no sirve. Solo te marca.

Para octubre de 2020 Daniel renuncia al gobierno porque ya no soporta las mentiras sobre el sistema de salud. Estaba en un equipo de diseño

de hospitales temporales. Pero le ordenaron hacer hospitales "de transformación": baratos, rápidos, que "se vean austeros".

—Me pidieron diseñar un hospital que técnicamente no funciona —le cuenta a David—. Sin ventilación adecuada. Sin espacio entre camas. Sin áreas de aislamiento. Todo para que se vea que "con menos dinero hacemos más". Pero va a matar gente. Me negué. Me dijeron que si no obedecía me fuera...y entonces me fui...o más bien...me corrieron.

Daniel consiguió trabajo en una consultoría privada. Gana mucho más. Pero está derrotado espiritualmente porque él creía en que las cosas irían mucho mejor. Le sigue contando a David:

—Estudié para salvar vidas. Y el gobierno me pide diseñar hospitales que van a matar pacientes. ¿Para qué sirve mi profesión si el régimen la convierte en propaganda?

En diciembre de 2020 México cierra el año con más de 125,000 muertos oficiales. La cifra real probablemente ronda los 300,000. Es uno de los peores manejos de pandemia del mundo.

Y AMLO sigue diciendo: "Vamos bien".

David pasa Navidad encerrado. No puede ver a su familia por el riesgo de contagio. Su tío Roberto tuvo COVID y apenas pudo salir adelante porque pudo conseguir el Remdezivir en el extranjero. Se recupera lentamente pero come solo en su cuarto. Ve películas. Trata de no pensar, pero no puede dejar de hacerlo ya que cree que si él también votó por este cambio ofrecido fue porque creyó que en verdad sería diferente. Ve con terror como un profesional como López Gatell afirma en público que el presidente no se enferma porque "tiene fuerza moral que le evita el contagio"...No puede creer que el país está siendo destruido sistemáticamente mientras el presidente habla de "escudos protectores" y obras faraónicas.

En enero de 2021 comienza la vacunación. Pero el gobierno la politiza inmediatamente. Prioriza estados gobernados por MORENA. Usa la vacunación como herramienta electoral. Organiza eventos propagandísticos en cada jornada.

David ve cómo convierten la vacunación en acto político: lonas de MORENA, discursos partidistas, "servidores de la nación" (estructura electoral del partido) administrando las brigadas.

Hasta la salud pública es propaganda, aunque la gente finalmente puede vacunarse. Los adultos mayores con comorbilidades tienen prioridad absoluta según los protocolos médicos, pero para vacunarse tienen que ir a un módulo donde les toman una foto frente a una lona que claramente dice "Gobierno de la 4T". Tienen que escuchar el discurso de un funcionario de MORENA agradeciendo al presidente y tienen que firmar un formato donde dice que "agradecen al presidente López Obrador por la vacuna".

Daniel llama a David furioso para contarle la experiencia de su padre:

—Lo obligaron a firmar que agradecía al presidente. Como si él hubiera inventado la vacuna. Como si no fuera obligación del gobierno proteger la salud. Me cuenta que lo trataron como beneficiario de limosna, no como ciudadano con derechos.

En mayo de 2021 David recibe las cifras finales de la pandemia de 2020: exceso de mortalidad documentado de 325,000 personas. El gobierno admite oficialmente 217,000. La diferencia: más de 100,000 muertos no contabilizados.

Y cuando las organizaciones civiles, incluyendo la ONG de Sara, publican reportes documentando el subregistro, el gobierno las ataca. Las llama "oposición disfrazada". Las acusa de "crear pánico". Usa la maquinaria propagandística para desacreditarlas.

Sara le cuenta:

—Nos quitaron el registro. Dicen que usamos recursos de forma irregular. Es mentira. Es persecución política. Pero sin registro no podemos operar. La ONG va a cerrar.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. Buscar otro trabajo. Sobrevivir.

En junio de 2021. David trabaja en los preparativos finales para la construcción del parque. Empieza en dos meses. Debería sentir emoción. Es su primer proyecto. Pero solo siente vacío.

Está diseñando para un régimen que usó una pandemia como oportunidad de concentrar poder. Que destruyó el sistema de salud. Que negó la ciencia. Que mintió sobre los muertos. Que convirtió la vacunación en propaganda. Que persiguió a quienes documentaron la verdad.

Una noche, solo en su departamento, David escribe en su libreta personal (nunca en digital, porque ya no confía):

"No es construir dentro de límites. Es vivir bajo un régimen que destruye instituciones, niega la realidad, y castiga a quien disiente. El PRI de antes era autoritario pero al menos mantenía instituciones funcionales. La democracia del Panismo era imperfecta pero al menos había contrapesos. Esto es autoritarismo puro. Sin instituciones. Sin contrapesos. Sin realidad compartida. Solo el líder y su narrativa contra el mundo."

Cierra la libreta.

Afuera, en las calles de la Portales, México sigue como puede. Gente que trabaja porque no tiene opción. Comerciantes que abren aunque el riesgo sea alto. Familias que se reúnen porque la soledad duele más que el miedo.

Y arriba de todo, el presidente en su mañanera diaria diciéndoles que viven en el mejor momento de la historia. Que la transformación va avanzando y que México es un país donde la gente vive feliz. Que los conservadores mienten. Que él, solo él, representa al pueblo verdadero.

David piensa en su parque. En esas tres hectáreas de Iztapalapa donde construirá espacios públicos bajo un régimen que destruyó todo lo público que no controla directamente.

¿Vale la pena? No lo sabe porque en ese momento solo puede saber que mañana seguirá yendo a la oficina. Que seguirá diseñando. Que el parque se construirá y que rendirse tampoco es opción porque el régimen gana si te paraliza completamente. Porque tal vez, solo tal vez, cuando este autoritarismo termine (si es que termina), el parque seguirá ahí. Para las personas reales. No para el régimen que lo usó como propaganda.

Esa pequeña esperanza es lo único que lo sostiene...esa y el amor imperfecto de una familia rota que aprendió, generación tras generación, que la libertad se pierde más fácil de lo que se construye y que recuperarla, si es posible recuperarla, tomará décadas... generaciones... además de sangre y memoria.

Como siempre... Como México siempre ha tenido que hacerlo.

Una vez más.

CAPÍTULO 14

LA DEMOLICIÓN CONSTITUCIONAL

2022-2023

David enfrenta la contradicción máxima: intenta construir un espacio de libertad pública mientras el régimen destruye sistemáticamente las libertades democráticas, los contrapesos institucionales y el estado de derecho. Descubre que no puedes construir espacios libres bajo un régimen que aniquila toda libertad.

Ve con tristeza y coraje que todos los proyectos que emprende el gobierno fracasan estrepitosamente mientras los voceros y el propio ejecutivo proclaman que están funcionando. La voracidad del gobierno para acopiar dinero para cubrir los gastos de los programas sociales que mantienen su estructura y las lealtades de los pobres fundamentalmente, no tiene límite. Ya extinguieron todos los fideicomisos que tenían presupuesto asegurado. Ya no hay Seguro Popular, Ya no hay fondo para desastres, ya no hay fondos para la cultura y las artes, para el deporte, para la ciencia y la tecnología... ya no hay presupuesto asegurado para nada... hasta teme que no pueda llegar a construir su parque.

Sin embargo para marzo de 2022 finalmente se aprueba el presupuesto para construir el parque de Iztapalapa. Dos años de retrasos por la

pandemia. Pero ahora sí la obra iniciará en mayo, terminará en diciembre de 2023. David debería estar emocionado. Pero el contexto lo asfixia.

En abril de 2022 AMLO convoca a la "revocación de mandato" que ofreció que haría porque él "si es un demócrata" que escucha la voz del pueblo. Es un ejercicio absurdo porque en la Ley está claramente expresado, que la revocación de mandato es un derecho del pueblo cuando piensa que su gobernante no ha cumplido con las expectativas. Pero en este caso es el gobierno...el propio presidente quien solicita el proceso sabiendo que ha estado diciendo que tiene el 60% de aprobación, sabe que convencerá a su pueblo bueno de que es él quien "decidirá que siga su mandato". Aunque todo estará amañado y será propaganda pura. Nadie serio cree que podría perder y además se gastarán 500 millones de pesos en una maniobra absurda y perversa.

El proceso se ejecuta y la participación popular es ridícula: Menos del 10% del padrón electoral por lo que legalmente no resulta vinculante. Pero AMLO lo declara "victoria apoteósica" porque ha sido "el pueblo quien ha refrendado su confianza en la transformación".

David ve la transmisión. AMLO en el Zócalo ante miles de acarreados. Banderas de MORENA. Lonas del partido. Autobuses que trajeron gente de todo el país (pagados con recursos públicos, aunque oficialmente declaran que son "donaciones voluntarias"...como siempre).

El presidente habla durante dos horas. Dice que es el día más importante de la democracia mexicana. Que el pueblo ejerció su soberanía. Que los conservadores querían boicotear la consulta pero fracasaron.

Es mentira. Nadie boicoteó nada. Simplemente nadie fue porque era un ejercicio sin sentido. Pero la narrativa oficial construye enemigos imaginarios.

En mayo de 2022 inicia la construcción del parque. David va al sitio el primer día de obra para ver la maquinaria removiendo escombros, los obreros empezando las excavaciones y los ayudantes revisando trazos.

Debería sentir satisfacción. Pero solo siente que está construyendo bajo un régimen cada vez más autoritario.

Germán lo acompaña en el recorrido:

—¿Estás bien? Te ves mal.

—Estoy cansado.

—Todos estamos cansados. Pero el proyecto avanza. Eso es lo que importa.

David quiere decir: "No importa si construimos parques mientras destruyen la democracia". Pero se calla. Germán es buena persona atrapada en el mismo sistema. Decirlo solo lo lastimaría sin cambiar nada.

En julio de 2022 AMLO impulsa una pretendida reforma eléctrica que busca revertir la apertura del sector energético de 2013. Quiere que el Estado controle el 54% de la generación eléctrica, limitando a las empresas privadas y especialmente las de energías renovables.

El argumento oficial es: "rescatar la soberanía energética del neoliberalismo". La realidad: favorecer plantas de CFE (de combustóleo, altamente contaminantes) sobre energías limpias.

David había propuesto incluir paneles solares en el parque para reducir costos operativos y huella ambiental. Germán lo rechazó meses atrás:

—El presidente dice que los paneles solares son de la agenda neoliberal. Que la energía debe venir de CFE.

—Pero técnicamente tiene sentido usar energía solar para espacios públicos...

—Técnicamente sí. Políticamente no. Usa lo que CFE provea.

David ajustó el diseño. Iluminación eléctrica convencional. Más cara. Menos sustentable. Pero políticamente correcta.

En septiembre de 2022 la reforma eléctrica fracasa en el Congreso. No alcanza los votos necesarios. AMLO enfurece y culpa a "traidores a la patria" exhibiendo a los diputados que votaron en contra y llamándolos "vendidos a empresas extranjeras".

La retórica es francamente fascista: o estás con el proyecto del presidente o eres traidor a México. No hay espacio para desacuerdo legítimo. No hay espacio para argumentos técnicos. Solo lealtad o traición.

En octubre de 2022 David debe contratar empresas constructoras para elementos del parque. Por ello hace una licitación pequeña e invita a tres empresas locales que conoce. Revisa sus propuestas técnicas y económicas y elige la mejor.

Fernando rechaza su elección y le dice:

—Esta empresa no está en el padrón de contratistas aprobados por la federación.

—¿Qué padrón?

—El gobierno federal tiene un padrón de empresas "comprometidas con la transformación". Solo podemos contratar a esas.

—Pero eso limita las opciones y probablemente suba los costos.

—El presidente prefiere pagar más a empresas leales que pagar menos a empresas fífis que no lo apoyan.

David revisa el "padrón de contratistas aprobados". Son todas empresas vinculadas a MORENA. Son empresarios que donaron al partido, que fueron a mítines y colaboraron para hacerlos, constructoras que trabajaron en Dos Bocas o el Tren Maya o bien pertenecen al grupo de

amigos de los hijos del presidente, a los cuales se les ha asignado una cantidad de dinero insultante, sobre todo al ver que se hace en forma directa sin atender la Ley de adquisiciones y obra pública vigente. Todo al margen de la Ley.

Es corrupción enorme, disfrazada de lealtad política. Exactamente lo que el régimen decía combatir.

En diciembre de 2022 el gobierno impulsa reformas constitucionales devastadoras. Una para desaparecer los organismos autónomos: INAI (transparencia), CRE (energía), Cofece (competencia económica), IFT (telecomunicaciones).

El argumento es que: "son nidos de corrupción neoliberal que cuestan mucho dinero".

La realidad: son contrapesos institucionales que fiscalizan al gobierno. El régimen los destruye porque limitan su poder.

David ve las noticias. Analistas explicando que eliminar estos organismos concentraría poder absoluto en el Ejecutivo. Que sin INAI no habrá transparencia. Que sin CRE y Cofece no habrá regulación de mercados. Que sin IFT el gobierno controlará telecomunicaciones.

Es regreso al PRI autoritario pero sin sus instituciones funcionales. Es concentración de poder sin límites...y sin contrapesos...ya no es una "dictadura perfecta" como la llamó Vargas Llosa en los 90s. Sería una dictadura real como la de Cuba, Nicaragua o Venezuela.

En enero de 2023 aprueban las reformas que desaparecen organismos autónomos. MORENA tiene mayoría en Congreso. Pasan la reforma sin debate real. En mañana, AMLO celebra:

—Se acabaron los organismos que solo servían para robar. Ahora el pueblo, a través de su gobierno, controlará todo.

David piensa: "El pueblo no controla nada. El presidente controla todo en nombre del pueblo".

En febrero de 2023 impulsan reforma para destruir el INE. El argumento: "los consejeros electorales ganan demasiado y son conservadores".

La realidad: el INE (antes IFE) organizó elecciones limpias desde 1996. Fue la institución que permitió que AMLO ganara en 2018. Ahora el régimen quiere destruirlo porque fiscaliza irregularidades de MORENA.

La nueva propuesta: reducir consejeros electorales, quitarles autonomía, transferir funciones al gobierno. Es control total del proceso electoral.

David recuerda lo que Roberto le contó del PRI: las elecciones eran un teatro cívico con resultado conocido. Y ahora eso es exactamente lo que vuelve a pretender MORENA...y entonces...

David llega a la conclusión de por qué esto está sucediendo. La respuesta le brinca de la manera más elemental. Eso sucede porque comenzando con el líder y dueño de MORENA, y siguiendo con más de la

mitad de los políticos que conforman ese partido, pertenecieron al PRI... y esta situación es una respuesta devastadora: MORENA es igual...o peor que el PRI, porque está conformado de aquellos políticos que, no habiendo "calificado" para tener juego en el PRI, se fueron a otro partido hasta que terminaron en uno nuevo donde SI TIENEN LA OPORTUNIDAD que el PRI les negó...pero cargados de un resentimiento tan profundo que los ha hecho creer que ahora que ellos tienen el control del país, merecen lo que el PRI les negó...y aún más por haber "luchado" tanto tiempo por tenerlo.

Y también se explica por qué son tan incompetentes: los políticos que se salieron del PRI porque no tuvieron oportunidad, son los que resultaron ser incompetentes y por eso no tuvieron oportunidad alguna... lo que entonces parece una explicación sólida de sus fracasos.

Es aplastante y ominosa la conclusión: el PRI era corrupto, igual que MORENA. Solo que el PRI tenía gran experiencia en gobernar y siempre le dio al pueblo los servicios que requería y MORENA es tan incompetente que ni sabe gobernar, ni le da al pueblo los servicios que requiere... y la conclusión surge como un trozo de excremento en un albañal: MORENA está conformada por las excrescencias malolientes de un partido que de por sí ya era maloliente. ¡terrible situación!

En marzo de 2023 avanza la construcción del parque. Ya tiene la estructura básica: terracerías, drenajes, andadores. Pero David trabaja en contexto cada vez más opresivo.

Un colega, Mario, arquitecto de treinta y ocho años, sube a redes sociales crítica a la militarización del país. Cuestiona que militares controlen aeropuertos, aduanas, construcción de Tren Maya, Guardia Nacional permanente.

Al día siguiente lo citan en Recursos Humanos. David está presente en la reunión (convocaron a todo el equipo como "ejemplo").

El director de RH lee en voz alta los tweets de Mario. Luego dice:

—Aquí trabajamos para un gobierno de transformación. No toleramos traición.

Mario intenta defenderse:

—Solo expresé mi opinión técnica sobre la militarización de funciones que constitucionalmente deben ser civiles...

—Opinión que desacredita al presidente. Opinión que ayuda a la oposición. Opinión que traiciona al proyecto de nación.

—Tengo derecho a expresarme dentro del marco de la Ley, porque yo no pertenezco a ningún partido y trabajo para una institución del Estado mexicano que tampoco pertenece a ningún partido...

—Ahí es donde te equivocas...no perteneces a ningún partido a partir de este momento, porque cuando trabajas para este gobierno. O estás con la 4T o estás contra ella... por lo mismo a partir de este momento

respetamos que "tú no pertenezcas a ningún partido...y ahora no perteneces a ninguna institución del Estado al que estás traicionando"... así que esperamos hoy mismo tu renuncia.

A Mario lo obligan a renunciar sin que tengan que despedirlo, para que ni siquiera tenga el derecho de presentar una demanda laboral por despido injustificado. Sale de la oficina en silencio. Nadie dice nada. Todos entienden el mensaje: disentir públicamente tiene consecuencias.

David siente el miedo instalándose. No es miedo físico directo. Es miedo a perder su trabajo. Miedo a ser señalado. Miedo a quedar marcado como "traidor". Es el miedo que paraliza. El miedo que autocensura...y que en la mayoría de los trabajadores del gobierno es mayor que la rabia por presenciar injusticias como esa.

Ya en abril de 2023, México vivía el sexenio más violento de su historia. Más de 180,000 homicidios en cinco años. La estrategia de "abrazos, no balazos" fracasó completamente.

Pero AMLO no lo admite. En sus mañaneras dice que "la violencia ha disminuido" y muestra gráficas manipuladas. Cambia la metodología estadística para que los números digan lo que él quiere que digan.

Y cuando las organizaciones civiles y los medios independientes, documentan la violencia real, el presidente las ataca. Las acusa de querer "crear una percepción de inseguridad para desestabilizar al país".

La realidad se volvió enemiga del régimen. Entonces el régimen declaró la guerra a la realidad y continuó viviendo en un mundo ficticio.

Para mayo de 2023, se vota una reforma constitucional que transfiere más funciones civiles a militares. La Guardia Nacional pasa completamente a SEDENA. Los militares controlarán las aduanas permanentemente. El tren Maya se considera entonces una obra militar, el aeropuerto de Santa Lucía es militar y la refinería de Dos Bocas tiene participación militar y entonces reservan la información para que nadie la pueda revisar, sancionar y fiscalizar hasta 2030...todo por "seguridad nacional".

México está militariza aceleradamente. No por un golpe de estado sino por decisión del gobierno, supuestamente "de izquierda" y que pregonan a los cuatro vientos que fue electo democráticamente.

David piensa en la ironía: su prima Sara luchó contra la militarización de Calderón. Protestó contra soldados en las calles. Y ahora hay más militares que nunca, pero justificados con retórica de "pueblo uniformado".

En junio de 2023 David está en una junta de obra cuando propone una modificación para mejorar drenaje del parque por un problema técnico detectado en campo que generará encharcamientos si no se corrige.

Entonces su jefe, que ya no es Germán (lo transfirieron por "no mostrar suficiente compromiso con la transformación"), lo interrumpe agresivamente:

—¿Quién te crees para contradecir la política presidencial?

—No contradigo ninguna política. Es solo un ajuste técnico...

—Todo es político. Y aquí se hace lo que el presidente ordena, punto. Si hay problema con drenaje, lo arreglaremos después. Ahora ejecutamos según lo planeado.

David guarda silencio. Sabe que el parque tendrá problemas de encharcamiento. Sabe que podría evitarse con ese ajuste mínimo. Pero ya se dio cuenta que protestar solo lo marcará como "disidente".

Esa noche llama a Sara:

—Prima...yo ya no puedo. Trabajo para un régimen que es peor que el PRI contra el que luchó el tío Roberto. Peor que el PAN neoliberal contra el que tú protestaste.

Sara suspira:

—Lo sé, carnalito...lo sé.

—¿Entonces qué hago? ¿Renuncio?

—¿Y luego qué? ¿Quién te contrata si quedas marcado como "traidor a la 4T"? Este régimen tiene lista negra. Gente que disiente no consigue trabajo. Ni en el sector privado, porque los empresarios temen las represalias gubernamentales.

—Entonces me quedo y soy cómplice.

—Te quedas y sobrevives. Hay diferencia entre ser cómplice y sobreviviente

Pero David no está seguro de que haya diferencia. Sobrevivir siendo cómplice ¿no es otra forma de traición?

En julio de 2023, la Suprema Corte de Justicia de la Nación declara inconstitucionales varias reformas de AMLO cumpliendo con su función que es: defender la Constitución, revisando el impacto de las leyes que sean emitidas para evitar que sean violadas.

Entonces AMLO ataca furiosamente a los integrantes de la Suprema Corte en sus mañaneras. Los llama "golpistas". Los acusa de "defender privilegios". Exhibe sus nombres. Publica sus salarios. Los señala como "enemigos del pueblo".

Días después, algunos jueces reciben amenazas. Marchas organizadas (pagadas) frente a sus casas. Escraches digitales. Sus familias acosadas.

El mensaje es claro: el Poder Judicial no puede limitar al presidente. Si lo intenta, hay consecuencias...consecuencias que mas pronto que tarde se traducen en agosto de 2023, cuando el aparato legislativo, que ya pertenece a MORENA, impulsa una reforma para el Poder Judicial que

propone que tanto los Ministros, magistrados y jueces sean electos por voto popular.

Suena democrático. Pero es una vulgar trampa, porque: ¿quién tendrá dinero para que los aspirantes hagan campañas para ser jueces? Pues los partidos. Y sobre todo: ¿Quién controlará a jueces electos? Y la respuesta es fácil: Quien los financió.

Es la más perversa de las reformas que está dirigida a destruir la independencia judicial y convertir a todos los jueces de todas las instancias, en operadores políticos.

Juristas, académicos, organizaciones internacionales advierten del peligro. AMLO los ataca a todos: "Defienden sus privilegios". "Son parte de la mafia del poder". "Conservadores disfrazados".

En septiembre de 2023 el tren Maya avanza destruyendo la selva. Hay imágenes satelitales que muestran la devastación ecológica masiva. Comunidades indígenas desplazadas. Cenotes contaminados. Flora y fauna con terribles impactos...pero el gobierno niega todo y continúa caprichosamente. A pesar que hay evidencia gráfica de una entrevista de AMLO diciendo puntualmente que para construir ese tren "no derribarán ni un solo árbol"...y existiendo la evidencia que se derribaron alrededor de 10 millones de árboles...de todos modos siguen negando el ecocidio. El colmo del cinismo.

Cuando los activistas ambientales protestan, los acusan de "servir a intereses extranjeros". Cuando las comunidades mayas se oponen, las llaman "manipuladas por conservadores". El régimen no tolera disidencia de ningún tipo. Ni técnica, ni jurídica, ni ambiental, ni indígena. Solo acepta la obediencia ciega.

En octubre de 2023 David camina por la obra del parque. Ya tiene un 70% de avance y ya tiene forma: andadores, áreas verdes, juegos infantiles, canchas deportivas.

Es un buen parque técnicamente. Funcional. Cumple su propósito. Pero está lleno de propaganda: murales de la 4T, letrero gigante "Gobierno de MORENA", esculturas alegóricas insoportables.

Y tendrá problemas de drenaje que David quiso evitar pero no lo dejaron.

¿Vale la pena? David ya no sabe.

Se sienta en una banca recién instalada. Mira el espacio que diseñó. Y llora.

Llora porque está construyendo algo que quiso ser digno, y que se convirtió en un instrumento propagandístico bajo un régimen que destruye todo. Que dismanteló organismos autónomos. Que destruyó el INE. Que militarizó funciones civiles. Que atacó al Poder Judicial. Que concentró poder absoluto en un solo hombre y que para colmo ha dicho más de 100 mil mentiras documentadas públicamente sin ningún recato.

Llora porque el parque será inaugurado como propaganda. Porque lo usarán para decir "la transformación funciona" mientras destruyen la democracia.

Llora porque se siente cómplice. Porque su trabajo sirve a un régimen que ahora ya desprecia por corrupto, manipulador, corrupto y dictatorial.

Y llora porque renunciar tampoco soluciona nada. Porque el sistema es más grande que él. Porque una persona no puede detener un autoritarismo que treinta millones votaron y que se consolidó destruyendo todos los contrapesos institucionales.

En noviembre de 2023. AMLO anuncia que su sucesora será Claudia Sheinbaum. No hubo elección interna democrática. Él la escogió. Como sucedía en el PRI del viejo dedazo... y por qué esperar algo distinto si este mesías salió de ese PRI que lo relegó y ahora toma venganza destruyendo a ese partido y a un país que lo trajo 18 años esperando la oportunidad de dirigirlo... prometió tanto que tendríamos que haber visto que jamás podría cumplirlo...

Y MORENA tiene tal control del INE destruido, tales recursos del Estado, tal maquinaria propagandística, que su victoria en 2024 es casi inevitable...sobre todo con la complicidad que tiene con el crimen organizado, tal como asegura Donald Trump, que preside a los Estados Unidos por segunda vez.

David comprende: esto no terminará con AMLO. Continuará con Sheinbaum. Y quizá con quien venga después. El autoritarismo se institucionalizó. Se normalizó. Se volvió aceptable porque viene con retórica de izquierda.

Es la peor jaula de todas: la que te convence de que no es jaula sino nido. La que te enseña a llamar libertad a tu esclavitud. La que destruye todo lo que te protegía mientras te dice que te está liberando.

Y David, arquitecto de veintiocho años que solo quería construir espacios pequeños y útiles, está atrapado en esa jaula construyendo propaganda disfrazada de parques públicos.

Esa noche escribe en su libreta:

"El tío Roberto luchó contra el PRI autoritario que al menos mantenía instituciones funcionales. La prima Sara luchó contra el PAN neoliberal que al menos respetaba contrapesos democráticos. Yo trabajo para un régimen que destruyó instituciones y contrapesos mientras hablaba de transformación. Esto es lo peor de ambos mundos: autoritarismo priista + retórica revolucionaria = totalitarismo disfrazado de liberación popular."

Cierra la libreta.

El parque se inaugurará en la primavera de 2024.

Y David no sabe si tendrá fuerzas para estar ahí.

Pero sospecha que no tendrá opción.
Porque así funciona el autoritarismo: no te da opción.
Solo te da la ilusión de que elegiste libremente obedecer.

CAPÍTULO 15

LA INAUGURACIÓN AMARGA

2024

David articula la síntesis: la libertad Sí requiere límites, pero hay una diferencia brutal entre límites legítimos (leyes democráticas, regulaciones técnicas, acuerdos sociales) y límites autoritarios (imposiciones de un régimen que destruye contrapesos y anula disidencia). El primero posibilita libertad; el segundo la aniquila.

Para abril de 2024 el parque de Iztapalapa está terminado. Son tres hectáreas rescatadas del abandono con áreas infantiles, juegos accesibles, bancas bajo árboles de sombra, canchas deportivas multiuso, iluminación LED, andadores pavimentados y espacios para comerciantes informales.

Funciona...a pesar de todo, funciona. David lo recorre una mañana temprano, antes de que llegue la gente caminando por los andadores que diseñó y tocando las bancas que especificó. Ve los juegos infantiles que dibujó hace cuatro años.

Es un buen parque. No perfecto. Tiene los problemas de drenaje que predijo y no lo dejaron corregir. Tiene elementos propagandísticos que no sirven arquitectónicamente. Tiene un letrero gigante de MORENA que arruina la vista.

Pero funciona. Y eso, descubre David con sorpresa, si importa.

Las elecciones presidenciales son en junio. Claudia Sheinbaum, la candidata de MORENA impuesta por AMLO, domina las encuestas. Va a ganar por la aplanadora que significan los programas sociales con los cuales "compra" los votos de la gente que los necesita. El INE está desmantelado y no puede fiscalizar efectivamente. Los medios están comprados o intimidados. La oposición está fragmentada y desacreditada por 6 años de ataques despiadados desde la posición más poderosa del país...sin olvidar sus propios errores del pasado por supuesto.

Es una elección con resultado predeterminado. Como en el viejo PRI. Pero ahora justificado con retórica de transformación popular por el nuevo PRI que ahora se llama MORENA.

David vota en contra del régimen. Vota por la candidata de la oposición sabiendo que perderá. Lo hace como acto simbólico. Como para decirse a sí mismo: "Yo no estoy con este régimen corrupto. Que conste".

Pero Sheinbaum arrasa. 54% de los votos. MORENA no logra la mayoría calificada en las urnas pero la obtiene con artimañas legaloides y con amenazas tanto al INE como al Tribunal Federal Electoral que ya tiene cooptado desde hace casi 2 años...y por supuesto con esa mayoría calificada podrá cambiar la Constitución sin negociar con nadie. El autoritarismo se profundizará tanto que llegará a ser una franca dictadura como ya estaba pronosticado que sucedería.

Para el 15 de junio de 2024, programan la inauguración del parque. Dos semanas después de las elecciones. La coordinación no es coincidencia. Es propaganda electoral aunque las elecciones ya pasaron. Es mensaje: "Vean lo que logramos. Esto es la transformación".

David recibe el programa del evento. Lee con náusea creciente: Llegada de autoridades, palabras de la alcaldesa, Palabras del Secretario, Palabras del arquitecto responsable (previamente aprobado), corte de listón, recorrido con medios...

Adjunto viene su discurso. Dos cuartillas que no escribió. Que le ordenaron leer y que textualmente dice:

"Este parque es resultado de la visión transformadora del presidente Andrés Manuel López Obrador y de la Jefa de Gobierno Claudia Sheinbaum... Se puede ver claramente que donde antes había abandono neoliberal, ahora hay dignidad transformadora... Primero los pobres no es solo consigna, es realidad construida... Gracias a la Cuarta Transformación, Iztapalapa renace..."

David lee el discurso tres veces. Es pura propaganda. Ni siquiera menciona los criterios técnicos. Ni las necesidades vecinales. Ni el proceso de diseño. Solo observa clara narrativa política.

Debe leerlo o no habrá inauguración. O peor: habrá inauguración sin él, borrándolo del proyecto que diseñó.

El 12 de junio. David llama a Sara:

—Prima, no sé si puedo hacerlo.

—¿Hacer qué?

—Leer el discurso que me ordenaron. Decir que esto es gracias al presidente. Mentir frente a todos.

Sara guarda silencio largo. Luego:

—¿Y si no lo haces?

—Pierdo el crédito del proyecto. Me marcan como disidente. Probablemente me corren.

—¿Y si lo haces?

—Me odio a mí mismo. Me convierto en propagandista del régimen que desprecio.

—Entonces la pregunta es: ¿Con cuál odio puedes vivir mejor?

David no tiene respuesta.

Sara continúa con voz suave:

—Mira, primo, yo pasé por algo parecido. Tuve que presentar ante donantes corporativos. Tuve que decir cosas que no creía. Me sentí traicionada por mí misma. Pero también entendí algo: sobrevivir bajo autoritarismo requiere concesiones. La pregunta no es si harás concesiones. La pregunta es ¿cuáles puedes hacer sin destruirte completamente?

—¿Y este discurso?

—Solo tú puedes decidir. Pero te diré algo: el parque existirá después del discurso. Las palabras se las llevará el viento. El espacio permanecerá. Tal vez eso importe más.

El 15 de junio a las 8:30 a.m. David llega al parque. Ya hay lonas de MORENA colgadas en todo el perímetro. Sillas plegables acomodadas frente a un templete improvisado con una lona gigante que dice: "GOBIERNO DE LA TRANSFORMACIÓN".

Ve llegar autobuses. Bajan grupos de "beneficiarios" con playeras de MORENA. Acarreados. Pagados o presionados para asistir y aplaudir cuando les digan gritando consignas cuando les ordenen.

David siente náusea. Esto no es inauguración de un espacio público. Es una ópera bufa que en el fondo se convertirá en un mitin político.

A las 9:00 a.m. Llegan las autoridades. La alcaldesa de Iztapalapa. El secretario de Desarrollo Urbano. Los diputados locales de MORENA. Todos con sonrisas ensayadas. Todos saludando a cámaras.

David está sentado en primera fila con su familia: Sara, Rodrigo (quien dejó el Estado Mayor hace dos años y ahora trabaja en seguridad privada), y Roberto, su tío de setenta y dos años, caminando con bastón pero presente.

Roberto le aprieta el hombro:

—Respira, mijo. Ya casi termina.

A las 9:30 a.m. la alcaldesa habla. Dice exactamente lo que David esperaba: "Gracias al presidente López Obrador... Donde había abandono neoliberal... La transformación llegó a Iztapalapa... Primero los pobres..." etc.

Aplauden. Los acarreados gritan porras. Las cámaras capturan todo.

A las 9:45 a.m. el Secretario habla. Más de lo mismo. Elogia al presidente. Promete más parques. Dice que la 4T transformará cada metro de México.

David mira a Sara. Ella le devuelve una mirada de empatía. Sabe lo que viene. Sabe lo que le costará.

A las 10:00 a.m. Lllaman a David al templete. Sube con las piernas temblorosas. Se para frente al micrófono. Cien personas están mirándolo. Hay cámaras grabando. Su familia en primera fila.

Saca las dos cuartillas. Las mira. Lee el primer párrafo en su cabeza:

"Este parque es resultado de la visión transformadora del presidente Andrés Manuel López Obrador..."

Piensa: "Puedo no hacerlo. Puedo improvisar. Puedo decir la verdad".

Pero también piensa: "Y luego qué. Me corren. Quedo en lista negra. No trabajo más en gobierno. Probablemente tampoco en privado porque los empresarios temerán represalias. Y el parque igual se inaugurará, solo que sin mí".

Respira hondo.

Y lee el discurso. Palabra por palabra. Como se lo ordenaron.

Habla de visión transformadora. De abandono neoliberal. De primero los pobres. De la 4T que rescata espacios.

Mientras lee, se observa desde afuera. Ve al arquitecto de veintiocho años diciendo mentiras. Ve al hombre que traiciona sus principios. Ve al cómplice.

Termina. Aplauden. Le dan reconocimiento. Placa con su nombre: "Arquitecto responsable del Parque Transformación Iztapalapa".

Baja del templete. Vuelve a su asiento. Sara le toma la mano. No dice nada. Solo le aprieta la mano.

A las 10:15 a.m. cortan el listón. Toman fotos para los medios. Hacen un recorrido guiado donde las autoridades fingen descubrir elementos que ya conocían.

David participa mecánicamente. Señala juegos infantiles. Explica sistema de drenaje (omitiendo que tiene problemas que quiso corregir). Sonríe para fotos.

A las 11:30 a.m. las autoridades se van en camionetas blindadas. Los acarreados suben a los autobuses que los llevarán de regreso. Los medios empaacan sus cámaras. El show ha terminado y reinicia la vida real.

Quedan solo personas de verdad. Vecinos genuinos que vinieron por curiosidad. Madres con niños. Comerciantes explorando espacios que podrán usar. Jóvenes probando las canchas.

Y quedan David, Sara, Rodrigo y Roberto. Sentados en una banca bajo un fresno recién plantado.

Silencio largo. Doloroso. Necesario.

Finalmente David rompe:

—Esto no es lo que quise construir. Quise construir un espacio de libertad y lo convirtieron en propaganda.

Roberto habla con voz suave, cansada:

—No es tu culpa, mijo. El régimen coopta todo. Convierte todo en instrumento de poder. Eso hizo el PRI durante setenta años. Esto no es diferente.

Sara agrega:

—Pero el parque sigue ahí. Cuando estos hijos de puta se vayan, cuando el régimen caiga, el parque permanecerá. No será de MORENA. Será de la gente que lo use.

David quiere creer eso. Quiere creer que el espacio trasciende la propaganda. Pero duele.

—Tío —dice David—, tú creíste que la libertad era romper todas las reglas del PRI. Que cualquier cambio sería mejor. Y te encontraste con el neoliberalismo que también era jaula.

Roberto asiente con lágrimas en los ojos.

—Sara —continúa David—, tú creíste que la libertad era rebelarte contra todo. Que los movimientos sociales transformarían el país. Y te encontraste con que los movimientos también reproducían autoritarismo.

Sara asiente.

—Yo —dice David—, yo aprendí que la libertad requiere límites. Que no puedes hacer lo que quieras sin restricciones. Pero no ESTOS límites. Hay límites que te hacen libre y límites que te esclavizan.

Se detiene. Organiza sus pensamientos. Es la síntesis de cuatro años. De tres generaciones. De setenta años de historia mexicana.

—Hay límites legítimos —continúa—: leyes que todos acordamos democráticamente. Regulaciones técnicas que protegen a las personas. Acuerdos sociales que nos permiten convivir. Esos límites no anulan la libertad. La enmarcan. La hacen posible. Son las reglas del juego que permiten que haya juego.

Los tres lo escuchan.

—Y hay límites autoritarios: imposiciones de un régimen que no tolera disenso. Decisiones que no se pueden cuestionar. Narrativas que no se pueden contradecir. Miedo que paraliza el criterio profesional. Esos límites no enmarcan nada. Solo destruyen. Convierten a las personas en instrumentos. Convierten el trabajo en propaganda.

—Exacto —dice Roberto con voz quebrada—. Y me tomó cuarenta años aprenderlo. Creí que el problema era tener límites. Y lo que descubrí es que el problema es precisamente saber ¿QUÉ límites?. El PRI tenía límites autoritarios disfrazados de institucionalidad. La democracia imperfecta tuvo límites frágiles pero legítimos. Y esto... esto tiene los peores límites: autoritarios y sin instituciones que los moderen.

Sara continúa el pensamiento:

—Yo lo aprendí viendo cómo el movimiento social que amaba se volvió autoritario internamente. Exigía lealtad absoluta. No toleraba matices. Igual que este régimen. Creí que el problema era el sistema. Y lo que descubrí es que cualquier sistema puede volverse autoritario si concentra poder sin contrapesos.

David mira el parque. Ve niños jugando. Madres vigilándolos. Comerciantes instalando puestos. Jóvenes en las canchas. Ancianos caminando por el circuito de salud que diseñó.

—Ellos no saben —dice David— que juegan en un parque que se inauguró como propaganda de un régimen autoritario. Solo juegan. Y tal vez esa sea la libertad más pura: la que sobrevive a pesar de los tiranos. La libertad de usar un espacio público sin pedir permiso. De jugar sin ideología. De existir sin justificarse políticamente.

Roberto respira profundo:

—Y cuando este régimen caiga —dice con convicción que sorprende a David—, como todos caen, el parque seguirá siendo de ellos. No del partido que lo usó. Los espacios públicos reales sobreviven a los regímenes. Por eso vale la pena construirlos, incluso cuando te obligan a hacerlo bajo sus condiciones.

Sara pregunta la pregunta que todos necesitan responder:

—¿Caerá?

David responde sin dudar:

—Todos caen. La dictadura perfecta duró setenta años pero cayó. La democracia imperfecta duró dieciocho pero se erosionó. La Dictadura autoritaria y cínica también caerá. No sé cuándo. No sé cómo. Pero caerá. Porque los autoritarismos siempre caen. Dejan ruinas. Dejan heridas. Pero caen.

—¿Y mientras tanto? —pregunta Sara.

—Mientras tanto —responde David— construimos lo que podemos. Protegemos lo poco que queda. Resistimos sin destruirnos. Y esperamos a que las siguientes generaciones encuentren la forma de recuperar lo que perdimos.

Silencio. Un niño de unos ocho años se acerca corriendo. Los ve sentados en la banca. Pregunta sin timidez:

—¿Ustedes hicieron este parque?

David responde:

—Yo ayudé a diseñarlo.

—¿Puedo hacer lo que yo quiera aquí?

David lo mira seriamente. Es pregunta que condensa todo. Es la pregunta sobre libertad que tres generaciones han intentado responder.

—Puedes hacer lo que quieras siempre que respetes que los demás también puedan hacer lo que necesitan. Nadie puede hacer LO QUE SEA sin límites. Pero nadie debe obedecer ciegamente a quien dice tener todas las respuestas.

El niño lo mira confundido. Es muy joven para entender filosofía política.

David sonríe con ternura:

—Algún día lo entenderás. La libertad no es hacer lo que te dé la gana. Tampoco es obedecer a un líder que dice representarte. Es construir juntos reglas justas que nos protejan de los tiranos.

El niño asiente sin entender y sale corriendo a jugar.

David lo ve irse. Piensa: "Tres generaciones de Barraquer aprendiendo la misma lección de formas diferentes. Y probablemente ese niño tendrá que aprenderla también. Porque cada generación cree que será diferente. Y cada generación descubre que no lo es. Que los tiranos siempre regresan. Que las jaulas siempre se reconstruyen. Que la libertad siempre se pierde."

Se levantan. Sara, Rodrigo y Roberto también.

Caminan hacia la salida del parque. Detrás de ellos quedan las lonas de MORENA (que los vecinos arrancarán pronto). Queda el letrero propagandístico (que los grafiteros cubrirán en semanas). Queda la placa con nombres de políticos (que nadie leerá jamás).

Pero también quedan las bancas accesibles. Los juegos infantiles. Las canchas deportivas. Los árboles que darán sombra durante décadas. El espacio que permitirá la convivencia.

Y tal vez, solo tal vez, eso sea suficiente.

Tal vez la libertad no sea ese gran acto heroico de revolución total.

Tal vez sea solamente esos pequeños actos de resistencia: construir espacios útiles bajo regímenes que solo quieren propaganda. Defender el criterio profesional cuando te obligan a mentir. Mantener la honestidad interna aunque tengas que ceder externamente.

Tal vez la libertad sea simplemente no rendirse completamente. No traicionarte del todo. No olvidar que estás en una jaula aunque te obliguen a llamarla nido.

Y esperar, con paciencia histórica, a que la jaula se abra. Porque siempre se abre. Irremediabilmente aún a costa de sangre y el paso de las generaciones...Pero se abre.

Esa es la única esperanza que les queda.

Y tendrán que aprender a vivir con ella.

EPÍLOGO

DESPUÉS DEL RÉGIMEN

Para octubre de 2025 Claudia Sheinbaum lleva tres meses en el poder. MORENA tiene mayoría calificada en ambas cámaras. Ya aprobaron más reformas constitucionales. El autoritarismo se profundiza día a día. El régimen parece inamovible, eterno, como el PRI lo pareció durante setenta años.

Pero en el parque de Iztapalapa, una mañana ordinaria de martes, la vida sucede sin pedir permiso al poder.

Don Fermín, setenta y cuatro años, jubilado de la construcción, llega a las 7 AM. Se sienta en su banca favorita (la que tiene mejor sombra a esta hora). Saca su periódico. Lee las noticias horribles del país mientras toma café de su termo. Es su rutina desde que inauguraron el parque. Todos los días. Sin falta.

Las lonas de MORENA que colgaron en la inauguración duraron tres días. Las arrancaron de noche. Nadie sabe quién. Probablemente vecinos hartos. Aparecieron en un bote de basura hechas pedazos.

El letrero gigante "Gobierno de la 4T" aguantó dos semanas. Luego los grafiteros lo cubrieron con un mural de la Virgen de Guadalupe. Técnicamente vandalismo. Prácticamente mejora estética.

La placa conmemorativa con nombres de políticos sigue ahí. Pero tiene grafiti encima que dice: "EL PARQUE ES DEL BARRIO". La alcaldía mandó limpiarlo dos veces. Reapareció dos veces. Y se rindieron.

8 AM. Llega Lupita con sus tres hijos. Gemelos de cinco años, niña de tres. Los lleva al área infantil. Se sienta en una banca cerca mientras ellos juegan. Saca su celular. Busca trabajo en aplicaciones mientras vigila que no se caigan.

Lupita no sabe quién diseñó el parque. No le importa. Solo le importa que hay espacio seguro donde sus hijos pueden jugar mientras ella intenta sobrevivir como madre soltera en un país que se desmorona.

9 AM. Comerciantes llegan a instalar puestos. David diseñó espacios específicos para ellos: áreas techadas, acceso a electricidad, mesas de concreto resistentes. Venden tamales, fruta picada, elotes, jugos naturales.

Doña Rosario, sesenta y dos años, vende tamales desde hace cuarenta. Ha visto gobiernos ir y venir. PRI, PAN, PRD, PRI otra vez, ahora MORENA. Para ella todos son lo mismo: políticos prometiendo y nunca cumpliendo.

Pero este parque sí le sirve. Tiene techo donde protegerse del sol. Tiene una mesa donde acomodar su mercancía. Tiene espacio donde trabajar dignamente.

No le importa si lo hizo MORENA o el diablo. Le importa que funciona.

10 AM. Jóvenes llegan a las canchas de básquet. Equipos informales que se organizan por WhatsApp. Juegan partidos intensos. Gritan. Ríen. Compiten.

Entre ellos está Kevin, dieciséis años, estudiante de secundaria. Vive en una casa con ocho personas. Dos habitaciones para todos. El parque es su único espacio de escape. Su única libertad.

A él no le importa la política. No le importa quién gobierna. Solo le importa tener esa cancha donde jugar básquet con sus amigos. Donde ser adolescente sin que nadie le diga qué pensar.

11 AM. Doña Esperanza camina por el circuito de salud. Setenta y ocho años. Diabética. Hipertensa. Su doctor le dijo que caminara treinta minutos diarios. Antes no tenía dónde. Las calles son peligrosas, sin banquetas, llenas de hoyos.

Ahora tiene este parque. Andadores accesibles. Bancas cada cien metros por si se cansa. Sombra de árboles. Puede caminar sin miedo de caerse.

Es la libertad más simple: caminar sin obstáculos. Pero es libertad al fin.

12 PM. David pasa por el parque camino a su nuevo trabajo. Renunció al gobierno en agosto. No soportó más. Ahora trabaja en un despacho privado pequeño. Gana menos. Pero duerme mejor.

Se detiene en la entrada. Observa el espacio que diseñó hace cuatro años. Ya no se ve como en las imágenes tridimensionales. Los vecinos ya se lo apropiaron. Lo transformaron. Hay puestos que no estaban en el diseño. Hay jardines comunitarios que surgieron espontáneamente. Hay grafitis que cuentan historias del barrio.

Es mejor que en las maquetas. Porque es real. Porque es usado. Porque la gente lo hizo suyo.

Un niño de unos ocho años se le acerca corriendo. David lo reconoce: es el niño que le preguntó en la inauguración si podía hacer lo que quisiera.

—¡Oye! Tú eres el que hizo el parque, ¿no?

David sonríe:

—Ayudé a hacerlo.

—Pues está chido. Vengo todos los días. Gracias...y si puedo hacer lo que quiera...

Y se va sonriendo y corriendo antes de que David pueda responder.

David se queda parado ahí. Siente algo que no había sentido en meses: algo parecido a la satisfacción. No es orgullo exactamente. Es más sutil. Es la confirmación de que algo que hiciste sirve. De que sobrevivió a la propaganda. De que es más grande que el régimen que lo quiso apropiarse.

Se sienta en una banca. Saca su libreta. Escribe:

"La libertad es un mito cuando la entendemos como ausencia total de restricciones. Esa libertad no existe. Nunca existió. Es fantasía filosófica que ignora que somos seres sociales que necesitamos reglas compartidas para convivir.

Pero la libertad NO es un mito cuando la entendemos como construcción colectiva de límites legítimos que nos protegen del poder arbitrario. Esa libertad es frágil, imperfecta, constantemente amenazada. Pero es real.

El tío Roberto lo aprendió de forma amarga: combatió al PRI creyendo que romper todas sus reglas traería libertad. Y lo que vino fue un neoliberalismo que impuso sus propias jaulas económicas.

Sara lo aprendió también: luchó contra el sistema creyendo que la revolución total traería libertad. Y descubrió que los movimientos revolucionarios reproducen autoritarismo cuando concentran poder sin contrapesos.

Yo lo estoy aprendiendo ahora: no hay libertad sin límites. Pero hay límites que liberan y límites que esclavizan.

Unos son con base en leyes que acordamos democráticamente y que podemos cambiar democráticamente. Instituciones que fiscalizan el poder. Derechos que protegen a minorías. Espacios públicos donde puedes existir sin justificarte. Reglas técnicas que garantizan seguridad. Normas sociales que negociamos constantemente.

Las que esclavizan son imposiciones de un líder que se dice dueño de la verdad. Narrativas que no se pueden cuestionar. Miedo que paraliza el disenso. Instituciones destruidas. Contrapesos eliminados. Espacios públicos convertidos en propaganda. Reglas arbitrarias que cambian según conveniencia del poder.

La libertad no es ausencia de jaulas. Es tener jaulas que construimos colectivamente, que podemos modificar, de las que podemos salir si se vuelven opresivas.

La libertad es un proceso, no un estado final. Es una negociación constante entre la autonomía individual y la necesidad de convivencia. Es el equilibrio precario entre orden y cambio. Es la construcción frágil que cada generación debe defender.

Y sí, es un mito si la buscamos como algo absoluto. Pero es una realidad cotidiana si la practicamos como pequeños actos de resistencia contra quienes prometen liberarnos mientras nos encadenan."

David cierra la libreta. Mira el parque. Ve a Don Fermín leyendo su periódico. A Lupita vigilando a sus hijos. A Doña Rosario vendiendo tamales. A Kevin jugando básquet. A Doña Esperanza caminando.

Ninguno de ellos piensa en filosofía política. Ninguno se pregunta qué es la libertad. Solo la practican. En pequeño. En cotidiano. En ese espacio público que resiste al régimen simplemente siendo útil.

Tal vez esa sea la lección final: la libertad no se encuentra en grandes teorías ni en revoluciones totales. Se construye en espacios pequeños. En decisiones diarias. En actos mínimos de autonomía.

Don Fermín eligiendo leer el periódico que quiere, no el que el régimen le indica.

Lupita buscando trabajo mientras sus hijos juegan, sin pedir permiso a nadie.

Kevin jugando básquet con sus amigos sin importarle la ideología de ningún partido.

Doña Esperanza caminando para cuidar su salud, usando el espacio público como si le perteneciera...y así es...es suyo lo haya hecho quien lo haya hecho...

Cómo dijo aquél... "Aiga sido como aiga sido"...

Porque les pertenece. No al partido que lo inauguró. No al gobierno que lo financió.

Les pertenece a ellos. Al pueblo real. No al "pueblo bueno" como algo abstracto que los demagogos estúpidos invocan.

David se levanta. Debe irse. Tiene junta en el despacho. Vida que seguir. Pero se permite un último pensamiento:

"Tres generaciones de Barraquer buscamos la libertad y no la encontramos porque la buscábamos en el lugar equivocado. La buscábamos en revoluciones, en sistemas, en líderes, en ideologías.

Y la libertad nunca estuvo ahí. Estuvo siempre en lugares pequeños: en poder caminar sin que te detengan arbitrariamente, en poder hablar sin que te exhiban como traidor, en poder trabajar sin que te obliguen a mentir, en poder usar un parque sin que te digan cómo usarlo.

Es aburrida, la libertad real. No tiene nada de heroica. No inspira canciones revolucionarias. No genera consignas épicas.

Es simplemente... vivir sin miedo constante. Tener reglas claras que todos acordamos. Poder disentir sin ser destruido. Construir cosas útiles sin que te obliguen a convertirlas en propaganda.

Es poco. Pero es todo. Porque sin eso, todo lo demás es esclavitud disfrazada."

Se aleja del parque. Camina hacia el metro. La ciudad lo engulle. Iztapalapa siendo Iztapalapa: ruidosa, caótica, sobreviviente.

Y atrás, el parque permanece. Pequeño. Imperfecto. Lleno de gente que lo usa sin pensar en política. Que lo transformó en suyo arrancando propaganda. Que lo defiende día a día simplemente usándolo.

Esa es la resistencia que importa. No la épica. La cotidiana. La invisible. La que practican millones sin darse cuenta.

Desde lo alto de un edificio vecino, si alguien mirara, el parque no es más que un cuadrado verde en medio del gris urbano. Tres hectáreas insignificantes en una ciudad de veinte millones. Un proyecto construido bajo un régimen autoritario que destruyó libertades mientras hablaba del "pueblo bueno".

Pero allá abajo, en ese espacio pequeño e imperfecto, personas reales practican día a día, sin grandes discursos, la libertad verdadera: la de convivir dentro de límites justos que ellos mismos negocian, no los que un líder mesiánico les impone.

En esa práctica cotidiana, invisible, poco heroica, reside la única libertad posible. La que se construye en comunidad. La que resiste a los autoritarismos sean de izquierda o derecha...da lo mismo, porque es la que sobrevive cuando los tiranos, finalmente, caen.

Y caen siempre. Eventualmente. Después de décadas, generaciones, sangre y lágrimas. Pero caen.

El PRI con su burocratismo autoritario cayó después de setenta años.

La democracia imperfecta del siglo XXI se erosionó en dieciocho.

La "sobada y mentirosa Cuarta Transformación" caerá también.

No hoy. Tal vez no mañana. Tal vez el año que entra. Tal vez más tarde... Pero caerá.

Y cuando caiga, el parque seguirá ahí. No como monumento a MORENA sino como un espacio del barrio. Donde Don Fermín leerá su periódico. Donde Lupita vigilará a sus hijos. Donde Kevin jugará básquet. Donde Doña Esperanza caminará. Donde la siguiente generación practicará su propia versión imperfecta de libertad.

Hasta que llegue otro aspirante a tirano prometiendo liberarlos. Y el ciclo comience de nuevo. Porque esa es la lección que tres generaciones de Barraquer aprendieron demasiado tarde:

La libertad no se conquista una vez y para siempre.

Se pierde y se recupera y se vuelve a perder generación tras generación...y así eternamente mientras la educación del pueblo...de todo el pueblo...no de unos cuantos...sino de todo...se vuelva una realidad y tengamos manera de dilucidar cabalmente, con plena información real y no con consignas, qué es lo que más nos conviene para esa convivencia en sociedad con todas las normas, reglas y leyes que le dan legitimidad.

Cuando todo el país tenga un pueblo informado, educado y transformado en su cultura, no en las ideas estúpidas de una caterva de fanáticos, entonces el pueblo elegirá a los gobernantes que más le convengan y que trabajen por los intereses colectivos y no solamente por los de ellos mismos...Pero mientras tanto eso llega...

La libertad solo se vivirá en esos espacios pequeños, en los actos cotidianos, en las resistencias mínimas de personas ordinarias que solo quieren vivir sin que las aplasten...

Ahí, justo ahí, la libertad existe no como un absoluto. No como un mito sino como una práctica frágil que se construye diariamente como una posibilidad siempre amenazada y siempre renovada. Tal vez eso sea

suficiente porque tal vez eso sea todo lo que tenemos y tal vez eso sea lo que vale la pena defender hasta el último aliento...Generación tras generación. Sin ilusiones de triunfo final. Pero sin rendición tampoco.

Porque la alternativa a la libertad imperfecta no es la libertad perfecta... En todo caso sería la esclavitud perfecta.

Y eso, al menos tres generaciones de Barraquer ya lo saben con certeza amarga, es inaceptable...Absolutamente inaceptable pase lo que pase, cueste lo que cueste, tarde lo que tarde... porque es la libertad, pequeña y frágil, la que vale la pena...

¡Siempre!

Pero coinciden en algo... se dicen que ahora es la generación Z la que tiene la situación en sus manos. Si permite que este régimen autoritario instale una dictadura que, no tan solo los regrese 50 años al pasado, sino que destruya la posibilidad de un futuro. O deciden sacar a patadas a los nuevos dictadores y volver a tener la esperanza...esa que nunca muere.

La generación Z tiene la palabra para el 2027 y el 2030... y tendrán lo que ellos quieran tener.

Cualquier día al pasar el tiempo...

En el parque de Iztapalapa... mientras el sol de octubre calienta las bancas. Don Fermín pasa la página de su periódico. Los niños de Lupita gritan de alegría en los columpios. Doña Rosario vende su tamal número cuarenta y siete del día. Kevin anota una canasta. Doña Esperanza completa su circuito de caminata...

Porque...La vida continúa. Pequeña. Ordinaria. Libre...A pesar de todo.

Pero libre.

—FIN